

Eduardo de Ory

ANTOLOGÍA DE
POESÍA
MEXICANA



M. AGUILAR

1179498

DR 6640

A. Richmejo -
1939

ANTOLOGIA DE
POESIA MEXICANA

ES PROPIEDAD

EDUARDO DE ORY

ANTOLOGÍA DE
POESÍA
MEXICANA

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

6640



M. AGUILAR, EDITOR

MARQUES DE URQUIJO 43

MADRID · 1936

OBRAS COMPLETAS DE EDUARDO DE ORY

POESÍA

- Aires de Andalucía (Cádiz, 1904). Agotada.
Laureles Rosas (ídem, 1905). Idem.
El Pájaro Azul (París, 1906). Idem.
La Primavera canta (ídem, 1907). Idem.
Sonetos (Zaragoza, 1908). Idem.
Mariposas de oro (París, 1908). 6 ptas.
Alma de Luz (ídem, 1909). 6 ptas.
Lo que dicen las campanas (Cádiz, 1909). Agotada.
Mármoles Líricos (Madrid, 1909). Idem.
Caravana de Ensueños (Valencia, 1911). Idem.
Hacia las cumbres (Cádiz, 1917). Idem.
Cascabeles de Plata (ídem, 1923). 3 ptas.
Inquietudes (ídem, 1925). 3 ptas.

ANTOLOGÍA

- La Musa Nueva (Zaragoza, 1909). Agotada.
Parnaso Colombiano (Cádiz, 1914). 5 ptas.
Rarezas Literarias (ídem, 1925). 4 ptas.
Los Mejores Poetas de la Argentina (Madrid, 1927). 5 ptas.
Los Mejores Poetas de Costa Rica (ídem, 1929). 5 ptas.

PROSA

- Gómez Carrillo. Estudio Crítico (París, 1909). Agotado.
Desfile de Almas. Sensaciones (Madrid, 1909). Idem.
Manuel Reina. Estudio Biográfico (Cádiz, 1916). 2 ptas.
Rubén Darío. Estudio Biográfico (ídem, 1917.) 3 ptas.
Amado Nervo. Estudio Crítico (ídem 1918.) 3 ptas.
Aspectos. Pensamientos (ídem, 1921.) Agotado.
Luciérnagas. Pensamientos (Cádiz, 1930.) 3 ptas.

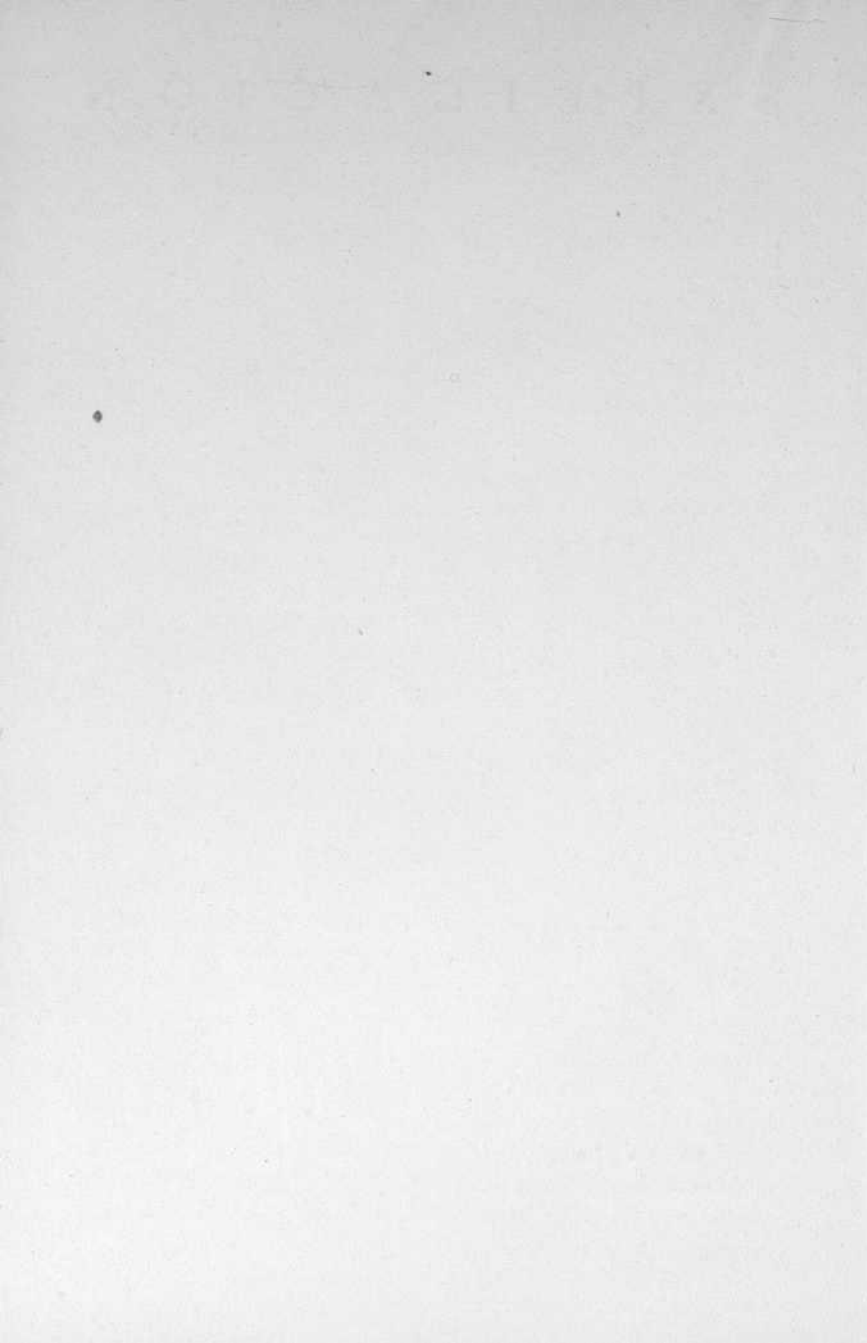
ADVERTENCIA.—Las obras no agotadas se encuentran a la venta en la Administración de la revista «España y América». Alameda de Apodaca, 17 y 18, Cádiz.

A
LA ME-
MORIA DEL
INMORTAL POETA
AMADO NERVO
MI INOLVIDABLE
Y GRAN
AMIGO

•

E. DE O.

E X P L I C A C I Ó N



Para la realización de una verdadera antología mexicana precisaría la confección de varios volúmenes y, aun así, dudo que se lograría el objeto, por ser México precisamente uno de los países de la América española donde existe mayor número de poetas notables.

Hago esta advertencia al lector culto, que pudiera notar la falta en este libro de algunos nombres apreciables y conocidos.

He incluido en esta colección a líricos de todos los tiempos: desde Sor Juana Inés de la Cruz, la tan justamente llamada "Décima Musa"—que no podía faltar en una antología donde figuren los mejores poetas de su país—, hasta los más modernos de la época actual.

Sé que, a pesar del buen deseo que pongo siempre en todas mis obras, ésta resultará defectuosa: no lo dudo. ¿Pero qué obra humana es perfecta?

Para hacer más fácil la consulta del índice he agrupado a los poetas por orden alfabético de apellidos, siguiendo así la costumbre seguida por otros muchos antologistas.

Para evitar suspicacias debo advertir que si algunos poetas importantes figuran con pocas composiciones, es únicamente por dificultades para conseguirlas.

Y para terminar. No creo que este florilegio sea el mejor de los publicados últimamente de México, pero sí que puede ser una importante aportación para la confección de una gran antología que, desde luego, como digo al principio, necesitaría varios volúmenes si habría de hacerse algo completo, en lo posible.

NOCTURNO

A ROSARIO

I

¡Pues bien! Yo necesito
decirte que te adoro,
decirte que te quiero
con todo el corazón;
que es mucho lo que sufro,
que es mucho lo que lloro,
que ya no puedo tanto,
y al grito en que te imploro,
te imploro y te hablo en nombre
de mi última ilusión.

II

Yo quiero que tú sepas
que ya hace muchos días
estoy enfermo y pálido
de tanto no dormir;
que ya se han muerto todas
las esperanzas mías,
que están mis noches negras,
tan negras y sombrías,
que ya no sé ni dónde
se alzaba el porvenir.

III

De noche, cuando pongo
mis sienes en la almohada,
y hacia otro mundo quiero
mi espíritu volver,
camino mucho, mucho,
y al fin de la jornada
las formas de mi madre
se pierden en la nada,
y tú de nuevo vuelves
en mi alma a aparecer.

IV

Comprendo que tus besos
jamás han de ser míos,
comprendo que en tus ojos
no me he de ver jamás,
y te amo, y en mis locos
y ardientes desvaríos
bendigo tus desdenes,
adoro tus desvíos,
y en vez de amarte menos,
te quiero mucho más.

V

A veces pienso en darte
mi eterna despedida,
borrarte en mis recuerdos
y hundirte en mi pasión;
mas si es en vano todo
y el alma no te olvida,
¿qué quieres tú que yo haga,
pedazo de mi vida?
¿qué quieres tú que yo haga
con este corazón?

VI

Y luego que ya estaba
 concluído su santuario,
la lámpara encendida,
 tu velo en el altar,
el sol de la mañana
 detrás del campanario,
chispeando las antorchas,
 humeando el incensario,
y abierta allá a lo lejos
 la puerta del hogar...

VII

¡Qué hermoso hubiera sido
 vivir bajo aquel techo
los dos unidos siempre,
 y amándonos los dos,
tu siempre enamorada,
 yo siempre satisfecho,
los dos una sola alma,
 los dos un solo pecho,
y en medio de nosotros
 mi madre como un Dios!

VIII

¡Figúrate qué hermosas
 las horas de esa vida!
¡Qué dulce y bello el viaje
 por una tierra así!
Y yo soñaba en eso,
 mi santa prometida;
y al delirar en ello,
 con la alma estremecida,
pensaba yo en ser bueno
 por ti, no más por ti.

IX

¡Bien sabe Dios que ese era
mi más hermoso sueño,
mi afán y mi esperanza,
mi dicha y mi placer;
bien sabe Dios que en nada
cifraba yo mi empeño,
sino en amarte mucho
bajo el hogar risueño,
que me envolvió en sus besos
cuando me vió nacer!

X

Esa era mi esperanza;
mas ya que a sus fulgores
se opone el hondo abismo
que existe entre los dos,
¡adiós por la vez última,
amor de mis amores,
la luz de mis tinieblas,
la esencia de mis flores,
la lira del poeta,
mi juventud, adiós!

MANUEL ACUÑA

ENTONCES Y HOY

Ese era el cuadro que, al romper la noche,
sus velos de crespón,
alumbró, atravesando las ventanas,
la tibia luz del sol:
un techo que acababa de entreabrirse
para que entrara Dios,
una lámpara pálida y humeante
brillando en un rincón,
y entre las almas de los dos esposos,
como un lazo de amor,
una cuna de mimbres con un niño
recién nacido... ¡yo!
Posadas sobre la áspera cornisa
todas de dos en dos,
las golondrinas junto al pardo nido
lanzaban su canción.
En tanto que a la puerta de sus jaulas,
temblando de dolor,
mezclaban la torcaza y los zentzontles
sus trinos y su voz.
La madre selva, alzando entre las rejas,
su tallo trepador,
enlazaba sus ramas y sus hojas
en grata confusión,

formando un cortinaje en el que había
por cada hoja una flor,
en cada flor una gotita de agua,
y en cada gota un sol,
reflejo del dulcísimo de entonces
y del doliente de hoy.
Mi madre, la que vive todavía,
puesto que vivo yo,
me arrullaba en sus brazos suspirando
de dicha y de emoción,
mientras mi padre, en el sencillo exceso
de su infinito amor,
me daba las caricias que más tarde
la ausencia me robó,
y que a la tumba en donde duerme ahora
a pagarle aún no voy...
Forma querida del amante ensueño
que embriagaba a los dos
yo era en aquel hogar y en aquel día
de encanto y bendición,
para mi cuna blanca, un inocente,
para el mundo, un dolor,
y para aquellos corazones buenos,
¡un tercer corazón!...
De aquellas horas bendecidas, hace
veintitrés años hoy...
y de aquella mañana a esta mañana,
de aquel sol a este sol,
mi hogar se ha retirado de mis ojos,
se ha hundido mi ilusión,
y la que tiene al cielo entre sus brazos,
la madre de mi amor,
ni viene a despertarme en las mañanas,
ni está donde yo estoy;

y en vano trato de que mi arpa rota
module una canción,
y en vano de que el llanto y sus sollozos
dejen de ahogar mi voz...,
que solo y frente a todos los recuerdos
de aquel tiempo que huyó,
mi alma es un santuario, en cuyas ruinas,
sin lámpara y sin Dios,
evoco a la esperanza, y la esperanza
penetra en su interior
como en el fondo de un sepulcro antiguo
las miradas del sol...
Bajo el cielo que extiende la existencia
de la cuna al panteón,
en cada corazón palpita un mundo,
y en cada amor un sol...
Bajo el cielo nublado de mi vida
donde esa luz murió,
¿qué hará este mundo de los sueños míos?
¿qué hará mi corazón?

MANUEL ACUÑA

FUERZA Y DOLOR

De los carros feroces,
de las llamas atroces,
de las violentas hoces,
de las rachas veloces,
surgen los predomnios de las glorias cimeras
en los abatimientos de obstáculos fatales;
derechos bien armados, águilas y banderas,
renacimientos sobre ruinas, lauros en eras,
en campiñas revueltas perfumes virginales.

En cobardes caídas,
en inercias heridas,
en cenizas perdidas,
en estériles vidas,
quedan restos inútiles de impotencias debajo
del triunfo de la fuerza justa e inteligente:
mal acero de arado roto a rudo trabajo,
músculo sin acción perdido en ruin andrajo,
canas sin aureola, precipicios sin puente.

¿Qué son los sufrimientos
más hondos y cruentos,
si callan y en los vientos
no se esparcen violentos?

Objeto de los látigos solamente; en la gasa
majestuosa de ilustres y poderosas clámides,
ignorada y vil púrpura; negra y oculta brasa
por la que los crisoles funden oro; argamasa
anónima en la eterna fama de las pirámides.

Los cóndores viriles,
los sabinos seniles,
los playeros cantiles,
los puños varoniles,
están hechos a salvo de contrarios azares;
por eso se alzan rudos encima de alboradas,
y se enfloran de rayos encinas seculares,
y se abaten coléricos frenesíes de mares,
y alumbran las antorchas y vencen las espadas.

La paz del alma llena
de flores, como amena
primavera serena;
pero es sabia y es buena
cuando se obtiene gracias a fatiga y acierto.
Para los pies que salvan las cimas será cumbre;
para el bajel que venza los oleajes, puerto;
para el ideal que huya vanidades, desierto;
para la ciega fe que quiera ver, deslumbre.

No se cierran las puertas
al dolor, y de ciertas
claridades cubiertas
estarán siempre abiertas.
El dolor es el sol del alma. Si se sabe
cómo dona el divino favor de su luz franca,
brotan rosas en tumbas, sus alas siente el ave,
se aclara el horizonte, pasa la sombra grave
y el abismo es azul, y la verdad es blanca.

Sobre propias desgracias,
sobre ajenas falacias,
fundan aristocracias
las místicas audacias.

Digno es de todo un hombre llevar en la contienda
el corazón a guisa de broquel de áureo brillo,
y ponerlo a que rompa dardos de saña horrenda,
y luego, como al fin de una heroica leyenda,
dejarlo de blasón al dintel del castillo.

No levante lejana
torre sola y ufana,
del infinito hermana
brahamánico nirvana;
la vida de la roca sólo es útil y bella
cuando, arrancada a siglos de quietud, se transforma
a golpe de cincel de concienzuda huella,
y, en virtud de tortura semejante, descuella
en ara o pedestal como adorable forma.

Reliquias con astillas,
iconos con arcillas
fragua el arte. ¡Oh sencillas
causas de maravillas!
Ya que Dios ha querido que fatalmente ejerza
con horrible eficacia su oficio la serpiente,
que enrosque sus maldades para dar a la fuerza
la poma de la ciencia, no para que retuerza
Laoconte su cuerpo musculoso y doliente.

Los negros nubarrones,
los cargados turbiones,
las desesperaciones
son magnificaciones.

¡Hay que regar la senda! ¡Hay que salvar la pura
intención! ¡Hay que alzarse a favor de sagrada,
a favor de gloriosa tempestad de amargura,
y tenderse en el viento, como una envergadura,
y agrandarse en el viento, como una llamarada!

ROBERTO ARGÜELLES BRINGAS

VOLUNTAD

Alcanzará mi corazón el alto
bien de una desolada y blanca cumbre,
donde no arda infinita incertidumbre,
ni queme misterioso sobresalto.

Lo alcanzará... creyendo que en asalto
heroico, será ciego en un deslumbre
glorioso... y callará su pesadumbre
como el más negro bloque de basalto.

Y allí sabrá tan sólo del hastío
sagrado de las santas soledades;
y sereno, y glacial, mudo y sombrío,

mirará frente a frente las verdades,
mientras soplen un frío cual mi frío,
tempestades como mis tempestades.

ROBERTO ARGÜELLES BRINGAS

ESTADOS SUBJETIVOS

A cumplir mi ideal en la vida
los rebeldes impulsos domino;
pero a veces mi ánima, herida,
llora sangre en mitad del camino.

Un incierto temor desintegra
la unidad de visión de mi empeño,
y en mi alma la noche es tan negra,
que no tiene una estrella ni un sueño.

Una duda inclemente me asalta
y una voz implacable me nombra...
Para el fin ¡cuánto tiempo me falta!
¡Tal vez antes me pierda en la sombra!

Y pensando en mis penas me agoto
(¡oh tortura fatal de la mente!):
mi ideal es el místico loto;
mi inquietud, por inútil, la fuente.

Pero luego mi fe se recobra
y una voz misteriosa me cita...
Para el fin ¡cuánta fuerza me sobra!
¡Y me embriaga una paz infinita!

Cumpliré el ideal a que aspiro,
cumpliré la misión que precisa...
Mi tristeza se vuelve suspiro,
mi contento se vuelve sonrisa.

JOSÉ L. ARMIDA

VE POR LA VIDA...

Ve por la vida
poniendo apenas
en ella el alma;

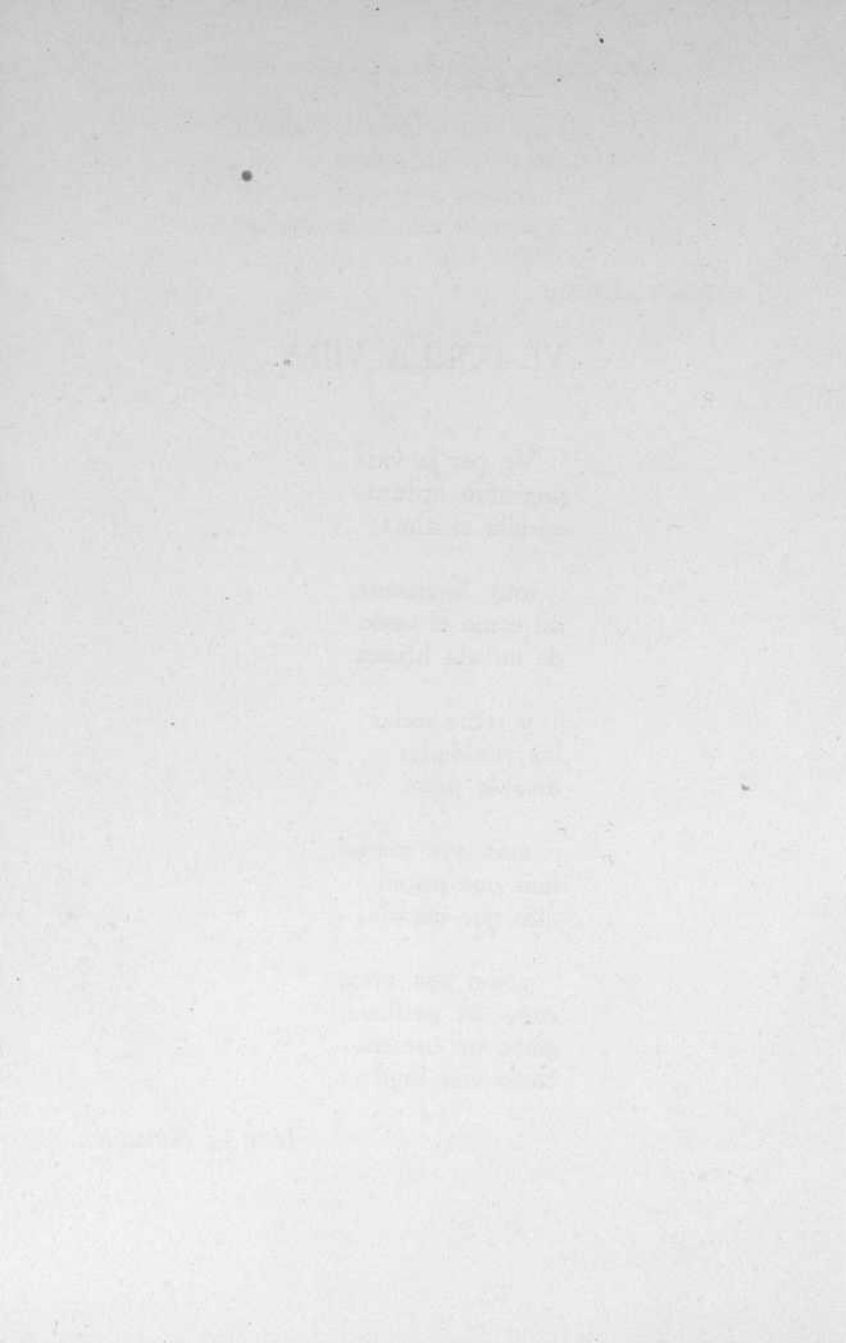
muy levemente,
tal como el vuelo
de un ala blanca;

y sobre todas
las vanidades
amable pasa,

más que sonrisa,
más que suspiro,
más que mirada,

como una nota,
como un perfume,
como un ensueño,
como una lágrima.

JOSÉ L. ARMIDA



DE CARA AL MAR

I

Vengo a ti, sonora canción, vengo impávido
a escuchar los tumbos de tu vendaval,
a rimar mis sonos con los tuyos, ávido
de bruñir mi rostro con tu hirviente sal.

Vengo de distintas y lueñas comarcas...
trémulo de odio, grávido de hiel:
a bañar mi espíritu con tus hondas zarcas
y a perder en ellas cuanto sobra en él.

El ambiente de las urbes, funesto,
oreó en mis labios un dejo febril
de supremo hastío, y ha quedado el gesto
para siempre inmoble: soberbio y hostil.

Habité cavernas, cuyas soledades
jamás acaricia la lumbre del sol,
y con los gemidos de sus oquedades
afiné las notas de mi caracol.

Una nave surge vespéral, remota;
rompe la armonía del diáfano tul,
despliega sus alas, y como gaviota,
se pierde a lo lejos en el manso azul.

II

Mar, ¡oh mar solemne!, palpitante lomo
de bruñida escama luminosa, gran
mar que tornas goces mis pesares, como
si oculto tuvieras raro talismán.

En mi predio exiguo cultivé un arbusto
que me dió las flores del mal y del bien;
aromó mi vida, me ha dejado el gusto
de las cosas rancias; me dejó también

la decepción de los arduos problemas
cuyo enigma nadie resuelve, botín
que guardé avariento, cual si raras gemas
fuese, y es tan sólo cargamento ruin.

¡Oh mar!, vacilante vengo con el fardo
de frutos podridos a la espalda; con
su olor se envenena mi sangre; si tardo
más aún, me ahoga la putrefacción.

Heme aquí, maternas olas: vuestra amarga
espuma me libre del mal; que ningún
residuo me deje de la innoble carga:
¡tal vez tiempo sea de salvarme aún!

CARLOS BARRERA

PAISAJE SUBJETIVO

El rosa vespertino se marchita...
En esta paz indiferente y justa
va revistiendo la montaña adusta
una espiritualidad infinita.

Algún trineo con su campanita
a los buhos nictálopes asusta,
y profanando la quietud angusta
un árbol esquelético tiritita.

Huye la claridad hacia levante
para la aurora próxima; el reguero
de estrellas prende su brillante broche;

y una fragilidad desconcertante
me paraliza junto al ventisquero
como interrogación ante la noche.

CARLOS BARRERA

CALENDARIO

Enero nos priva de todo el follaje,
por Febrero glisa la planta ligera,
Marzo hila en agua su gran cabellera,
con lilas se prende Abril su ropaje.

Mayo nos eleva con amores puros,
Junio los rosales frescos resucita,
al pie del balcón Julio nos da cita,
Agosto ya escala cerezos maduros.

Septiembre se aroma y despliega tules
para danzar sobre racimos azules.
Acorta los días, dilata la aurora...

Tiene miedo Octubre, y Noviembre frío.
Diciembre tiritita con escalofrío;
pero el Año todo mi alma te adora.

DOLORES BOLIO

TORNASOL

¿Serán dichosos en esa casa
como gardenia de Coatepec?
Forja relieves en su argamasa
la bugambilia color de brasa
donde sonríe Chapultepec.

En aquel muro vibran las hojas
estremecidas de tornasol,
y de un geranio de flores rojas
un balcón salta como congojas
que dan, si vemos al mismo Sol.

Por ahí sale una muchacha:
ojos de día primaveral,
dulces mejillas de remolacha,
y una cereza que se remacha
con dientecitos de algún maizal.

¡Qué piensan muchos de ver un mozo
todas las tardes sobre un corcel,
bravo de lumbres y de retozo
que se encabrita con alborozo
y que galopa de redondel!

¿Está tan bobo el bello charro
que no le brota ningún cantar?
¡Por entre el humo de su cigarro
—tal vez ardiendo por despilfarro—
muerde sus labios al suspirar!

¡Cómo se cruzan aquellos ojos
desde el caballo hasta el balcón!
Pero perfumen claveles rojos
y se derriten muchos arrojos
al fuego vivo del corazón.

El no se fija qué almidonada
lleva la enagua, ni qué color,
ni que la crencha luce trenzada,
y por la oreja brilla rizada
una roseta de tricolor.

Está tan bobo por la sonrisa,
por la cabeza, trigo garzul:
la ve tan frágil, tan indecisa,
que le parece que hasta la brisa
la sabe cielo del más azul.

Ella, el pañuelo vió, de escarlata,
vió del sarape todo el matiz;
que el traje bordan soles de plata
y hasta el sombrero que lo recata,
mide el contorno de la nariz.

Todas las tardes, sí, por un año,
la moza espera venir Aquél...
La mira el mozo, mas un extraño
día la moza sufre su daño:
¡No vuelve nunca más su doncel!

¿Serán dichosos en esa casa
como gardenia de Coatepec?
Forja relieves en su argamasa
la bugambilia color de brasa
donde sonríe Chapultepec.

SIN PALABRAS

Será como un efluvio el amor mío
que envolverá tu ser calladamente,
como niebla impalpable sobre un río
y como el aire, azul y transparente.

Será un halo en tu pálida cabeza,
un iris en tu llanto cristalino,
y una flor de tu vida en la maleza,
y un manso atardecer en tu camino.

Como ansia a todas horas renovada,
como una herida sin cesar abierta,
como una aspiración nunca saciada,
y como una inquietud siempre despierta...

De mezquinos afanes olvidado,
sólo lleno de ti, de ti suspenso,
en cada breña dejará un pecado
y en cada risco un desencanto inmenso;

despeñará en un tajo su amargura,
que hacia el abismo rodará perdida;
hundirá en la caverna más oscura
su desconsuelo enorme de la vida;

y si lágrima fué, será rocío;
será rayo de luna si es tiniebla;
algo, como una estrella en el vacío,
algo, como una luz entre la niebla...

Y hará que mires en el corto viaje,
a través del dolor que tu alma llena,
como a través del oro de un celaje,
que la vida es muy triste, pero es buena...

Y apacible, y profundo, y silencioso,
cuando inclines muy pálida la frente
para dormir el sueño misterioso,
él será como un surco luminoso
que prolongue tu vida eternamente...

RAFAEL CABRERA.

A UNA SOMBRA

Una voz en las noches me llama
por mi nombre... Parece un gemido...
¡Una voz!... ¿De quién es, que derrama
su amargura en mi pecho y lo inflama
con la luz de un amor que he perdido?...

A mí llega entre vagos rumores
a través del espacio sombrío.
¿Por qué me habla de tiempos mejores
si estoy sólo y hay tantos dolores
que no tengo quien piense en el mío?

Es la voz de una sombra querida
que me dió, en el calor de su seno,
este amargo placer de la vida,
y que ya para siempre dormida
aún me dice muy bajo: sé bueno...

¡Ojos bellos de unciosa mirada!:
seré bueno en mis torvos hastíos,
a pesar de la muerte enlutada
que apagó vuestra luz bien amada
y con ella la luz de los míos...

¡Boca breve de labios tan rojos!:
seré bueno en el mal que me abrasa,
y un perdón entre tantos enojos
y una flor entre tantos abrojos,
y un cariño muy hondo que pasa...

Seré bueno en mis noches inciertas,
manos blancas de seda y armiño
como dos azucenas abiertas,
que jugabais, en horas ya muertas,
con mis rubios cabellos de niño...

Sombra santa de un dulce pasado,
porque apenas te vi en mi sendero
y ya nunca he de verte a mi lado;
porque tanto esperé, que cansado,
en mi vida sin luz nada espero;

porque nunca sabrás que constante
guardé un verso de extrañas dulzuras
que soñó en tu mirada anhelante,
para ser como limpio diamante
y brillar con tus luces más puras,

seré bueno en la breve carrera...
y por qué he de morir sin tu abrigo,
¡Ojalá que mil vidas viviera
para amarte mil vidas siquiera
y llevarte más tiempo conmigo!

RAFAEL CABRERA.

EL ALMA DE LA FUENTE

Como símbolo fiel de la tristeza,
que llevo retratada en el semblante,
hay una vieja fuente que incesante
al pie de mi ventana llora y reza.

Tiene un caudal de insólita terneza
su oración de novicia claudicante,
y escucho en su lamento sollozante
el alma de un dolor todo flaqueza.

Por el pico de un cisne alabastrino,
rimando al aire lacrimoso canto,
lanza un chorro potente y cristalino.

Después, el agua cae en su quebranto
por las copas de bronce florentino,
hasta el tazón que se desborda en llanto.

LUIS CASTILLO LEDON

SUBLUNAR

Hoy tuve un sueño. Soñé
que iba caminando solo,
por un paisaje del Polo,
sin llevar ruta ni fe.

Se extendía la llanura
como velo funerario,
como un inmenso sudario
de inmaculada blancura.

La luna, como enfermiza
y triste faz pierrotesca,
se asomaba gigantesca
tras la zona quimeriza.

Yo, caminando al azar,
daba la espalda a la luna,
como si huyera de una
caricia de su rielar.

Tendiendo la vista en torno
de aquel páramo soñado,
vió mi espíritu asombrado
la blancura del contorno.

Blanco era el suelo aterido,
blanco el cenit deslumbrante,
blanca la luna gigante,
blanco mi cuerpo transido.

Y en la blancura que integra
ese paisaje del Polo,
he descubierto que sólo,
sólo mi sombra era negra...

LUIS CASTILLO LEDON

DESPUES DE LA LLUVIA

Junio, tarde lavada, tarde de lino,
Tarde después de lluvia, de olor a tierra,
Tarde de cristal claro, de viento fino,
Tarde que barre nublos sobre la sierra.

Tarde de raso nuevo, tarde joyante
En que el enjuto caño bulle y retoza,
Y que tiene salubres risas de infante
Y humedades de beso de fresca moza.

Tarde de frágil brisa, tarde ligera,
Que como impertinente rapaza hermana
Me grita cuchufletas tras la ventana
Por mi gesto de sabio y mi frente austera.

La lluvia, como fresco y untado aceite,
Hace ágil y lustrosa la alta arboleda
Que reluce y ondula como de seda
Con desperezamientos de gran deleite.

Tarde tras un largo, bochornoso hastío,
Tarde sedativa, tarde acariciante,
Que es como la menta de refrigerante
Y como ella pone delicias de frío.

Sobre toda cosa jovial y mojada,
El sol da de tizar su monda patena,
Su lisa medalla, luciente y serena,
Que incrusta en el cielo como alborozada.

¡Qué neto su disco! ¡Qué rubios sus oros!
¡Y cómo la tierra, que el agua satura,
Crepita en desmayos de inmensa frescura,
Suspira y se espasma por todos sus poros!

El agua es un gozo que por darse gira,
Se exhala, perfuma, rebrilla, resuena,
Desbanda en la fuente su rota melena
Y aventa sus iris de grácil chaquira.

Sutil tarde diáfana de enjugado ambiente,
¿Qué tienen de leve y alado tus horas,
Qué tienen de bálsamo, de soliviadoras,
Que me hacen ligero como adolescente?

¡Rasos tus contornos, tu olor a resinas,
Tu verde jugoso, tu limpio zafir,
Y ese algo que siento que tú me trasminas
Como si empezara de nuevo a vivir!

Mi ser es tu agua, tu viento liviano,
Tu esencia inconsútil, tu terso sabor,
Y dejo mi carga, de grave desgano,
Y soy animoso, cual tu surtidor.

Y aspiro en tus hierbas, y salto en tu suelo,
Y toco en tus linfas, quizá sin querer,
Y canto en tus aires, y sueño en tu cielo,
Y gozo, en ti toda, la ley de mi ser.

MI RETRATO

Este que ves, engaño colorido,
que del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;

éste en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores,
y venciendo del tiempo los rigores,
triunfa de la vejez y del olvido,

es un vano artificio del cuidado;
es una flor al viento dedicada;
es un resguardo inútil para el Hado;

es una necia diligencia errada;
es un afán caduco; y bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

REDONDILLAS

Hombres necios que acusáis
a la mujer, sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.

Si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia,
y luego con gravedad
decís que fué liviandad
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco,
al niño que pone el coco
y luego le tiene miedo.

Queréis con presunción necia
hallar a la que buscáis,
para pretendida, Thais,
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede haber más raro
que el que falto de consejo,
él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos si os trata mal,
burlándoos si os quiere bien.

Opinión ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite es ingrata,
y si os admite es liviana.

Siempre tan necios andáis,
que con desigual nivel,
a una culpáis por cruel,
y a otra por fácil culpáis.

Pues, ¿cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende
y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya lo que no os quiere,
y quejaos enhorabuena.

Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas;
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada:
la que cae de rogada
o el que rueda de caído?

¿O cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga;
la que peca por la paga,
o el que paga por pecar?

Pues ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis,
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar;
y después con más razón
acusaréis la afición.
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesa e instancia
juntáis diablo, carne y mundo.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

MIS VERSOS VAN SIENDO VIEJOS

Mis versos van siendo viejos,
y no han recorrido el mundo...
Cuántos otros jovenzuelos
les arrebatan el triunfo.

A más de un reciente engendro
he visto asomar el bulto,
bajo ropas de mi género,
aunque no del mismo gusto.

Ya el gabán les viene estrecho
o no les alcanza al muslo,
o a mis lazos de arte nuevo
les desfiguran el nudo.

Pero como, sin esfuerzo,
les perdono tales hurtos,
pueden tener con el tiempo
mis pobres bienes por suyos.

Bien poco importárame ello
si, de esos cuantos, alguno
tocárale a un pordiosero
que necesite un mendrugo;

mas muy de malas me avengo
a que valgan mis escudos
gratos disfraces de Febos
a conocidos eunucos.

Sigue, pues, humilde almendro
de mi heredad dando fruto;
lo guardaré en el acervo
para entregarlo por junto.

BALBINO DÁVALOS

ENTONCES

Si precede mi marcha a tu partida
para el mundo invisible del no ser,
y hay algo que a la muerte sobreviva
y queda una memoria del ayer;

si después de la efímera existencia
el espíritu flota en libertad,
y nuestra voluntad no se doblega
al dominio de extraña voluntad,

entonces, cuando empiece de la tarde
el crepúsculo vago a obscurecer,
cuando el último canto de las aves
se vaya entre las frondas a perder,

entonces bajará mi pensamiento
con la trémula luz crepuscular:
si me recuerdas sentirás un beso;
si me olvidaste, ¡escucharás llegar!...

BALBINO DÁVALOS

LA ROSA ENCANTADA

(Cuento para Rosibel.)

El sencillo cuento que mi numen fragua
habla en su relato, breve y baladí,
del encantamiento que ocurrió en Managua
a una flor que tanto se parece a ti.

Era una floresta cuajada de rosas,
y entre ellas había, surgiendo en las mil,
una perseguida por las mariposas
y que daba celos al Príncipe Abril.

Y sucedió que una mañana florida
de un orto entintado de vago zafir,
súbito la rosa transformó su vida
y de cara al cielo marchó al porvenir.

Se tornó princesa. Mientras la campiña
pétalos lloraba de vivo carmín,
teúrgico silfo signando a la niña
le asperjó de aljófara la sien de jazmín.

—*Dos nombres en uno tendrás en un nombre;
Rosibel encierra dos nombres en sí.
Te lo doy en nombre del futuro hombre
que en sueño risueño sueño para ti.*

Y así como tuvo su imperio en los prados
cuando era la rosa mimada de Abril,
tiene hoy la Princesa Donjuanes prendados
de los sus hechizos y aire señorial.

Pero entre el desfile de esas almas todas,
entre el masculino cortejo sinfín,
no escoge al amado que enfllore sus bodas
y heráldicamente pregone un clarín.

Es huerto cerrado de ubérrimas pomas
para el lobo artero de que habla el de Asís:
allí sólo plañen venustas palomas
y vuelan los versos del dulce Fray Luis.

Ve sin inquietudes, que la vida corre
y vive la suya con manso vivir,
mientras llega el día en que de su torre
mire al caballero que habrá de elegir.

Tal es el sencillo cuento en que se fragua
el relato breve, fútil, baladí,
del encantamiento que ocurrió en Managua
a una flor que tanto se parece a ti.

JUAN B. DELGADO

LA VISIÓN DE LOS CAMELLOS

En errante caravana
pasan tardos los camellos,
mientras suelta la mañana
el raudal de sus destellos.

Con sus patas—firmes sellos—
van timbrando la solana,
los gibosos, los camellos
de la mustia caravana.

La visión de una fontana
fija está en los ojos bellos
de la grave caravana
que han formado los camellos.

La sed hace presa en ellos
y acrecienta sus resuellos;
mas la fuente... ¡cuán lontana
a la ansiosa caravana
de los líricos camellos!

JUAN B. DELGADO

MÚSICA FÚNEBRE

Mi corazón percibe, sueña y presume.
Y como envuelta en oro tejido en gasa,
la tristeza de Verdi suspira y pasa
en la cadencia fina como un perfume.

Y frío de alta zona hiela y entume;
y luz de sol poniente colora y rasa,
y fe de gloria empírea pugna y fracasa,
¡como en ensayos torpes un ala implume!

El sublime concierto llena la casa;
y en medio de la sorda y estulta masa,
mi corazón percibe, sueña y presume.

Y como envuelta en oro tejido en gasa,
la tristeza de Verdi suspira y pasa
en la cadencia fina como un perfume.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

A ELLA

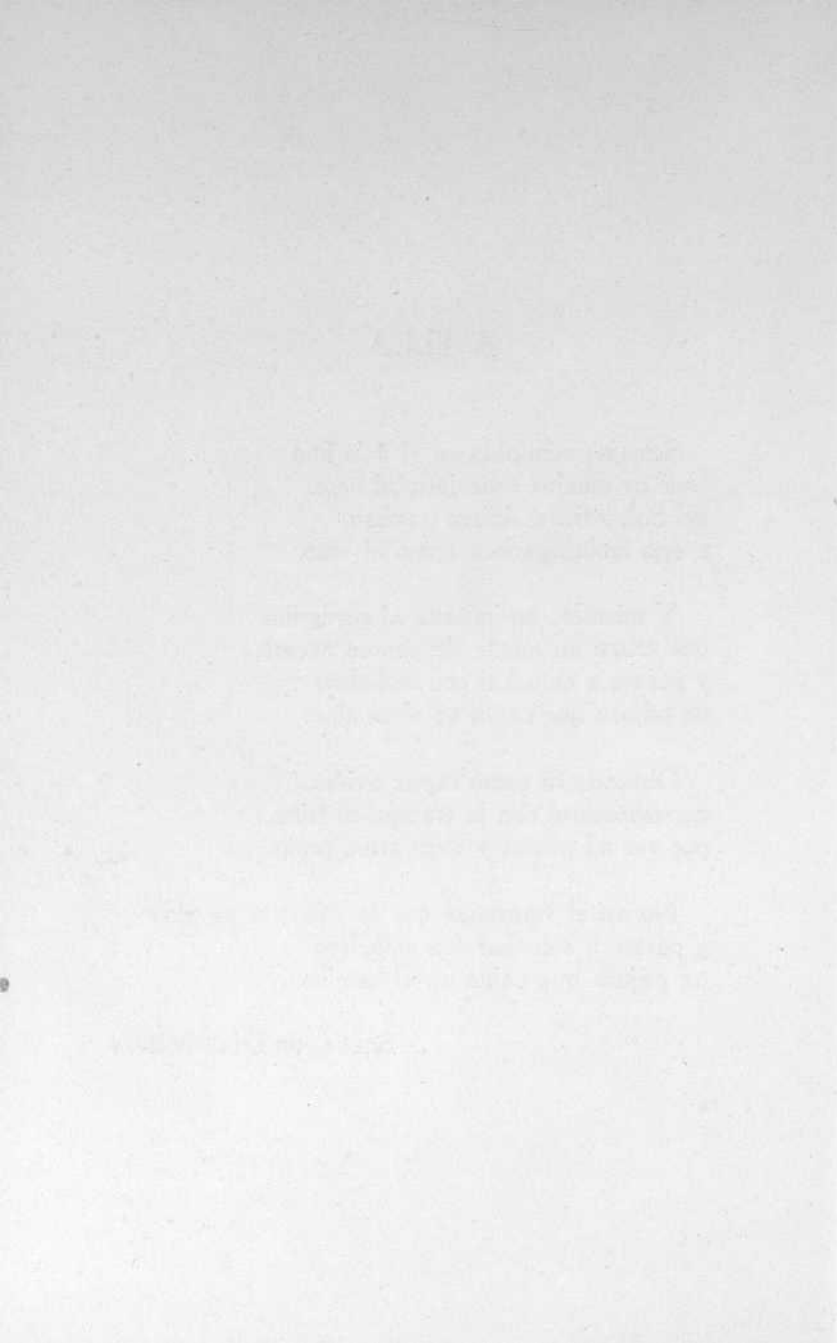
Semejas esculpida en el más fino
hielo de cumbre sonrojado al beso
del Sol, y tienes ánimo travieso,
y eres embriagadora como el vino.

Y mientes: no imitaste al peregrino
que cruza un monte de penoso acceso,
y párase a escuchar con embeleso
un pájaro que canta en el camino.

Obrando tú como rapaz avieso,
correspondiste con la trampa al trino,
por ver mi pluma y torturarme preso.

No así el viandante que se vuelve a un pino
y párase a escuchar con embeleso
un pájaro que canta en el camino.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN



LANCE

Es un viejo borracho que me provoca,
que me cierra el camino y al diablo evoca,
recio, locuaz, inmundo, descalzo y fiero,
con terribles ojazos de un gris de acero
y con una calvicie de yerma roca.
—La testa perdió greña, razón y toca.

Hasta el pecho la barba se le desliza,
como espuma de arroyo por cana y riza.
La diestra dura y fuerte, como una marra,
enseña entre uñas corvas, como de garra,
pipa roja con aire de cruenta triza.
—La mano es tan aleve como maciza.

Paro el corcel fogoso y alzo la fusta...
—Occiduo Sol corona cúspide augusta,
y el ebrio tiene al rubro y oblicuo rayo
sangre a linfas rebelde que aún pinta el sayo—.
Y me afirmo en el potro, y él se me asusta,
y al anciano derriba y en lodo incrusta.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

DESEOS

Yo quisiera salvar esa distancia,
ese abismo fatal que nos divide,
y embriagarme de amor con la fragancia
mística y pura que tu ser despide.

Yo quisiera ser uno de los lazos,
con que decora tus radiantes sienes;
yo quisiera en el cielo de tus brazos
beber la gloria que en tus labios tienes.

Yo quisiera ser agua y que en mis olas,
que en mis olas vinieras a bañarte,
para poder, como lo sueño, a solas,
al mismo tiempo por doquier besarte.

Yo quisiera ser lirio y en tu lecho
allá en las sombras con ardor cubrirte,
temblar con los temblores de tu pecho
y morir del placer de comprimirte.

Oh, ¡yo quisiera mucho más! ¡Quisiera
llevarte en mí como la nube al fuego,
mas no como la nube en su carrera
para estallar y separarse luego!

¡Yo quisiera en mí mismo confundirte,
confundirte en mí mismo y entrañarte!;
¡yo quisiera en perfume convertirte,
convertirte en perfume y aspirarte!

Aspirarte en un soplo como esencia,
y unir a mis latidos tus latidos
y unir a mi existencia tu existencia,
y unir a mis sentidos tus sentidos.

Aspirarte en un soplo del ambiente
y así verter sobre mi vida en calma
toda la llama de tu cuerpo ardiente...
¡y todo el aire del azul de tu alma!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

A GLORIA

No intentes convencerme de torpeza
con los delirios de tu mente loca:
mi razón es al par luz y firmeza,
¡firmeza y luz como el cristal de roca!

Semejante al nocturno peregrino,
mi esperanza inmortal no mira el suelo:
no viendo más que sombra en el camino,
sólo contempla el esplendor del cielo.

Vanas son las imágenes que entraña
tu espíritu infantil, santuario obscuro.
Tu nùmen, como el oro en la montaña,
es virginal, y por lo mismo, impuro.

A través de este vórtice que crispa,
y ávido de brillar, vuelo o me arrastro,
oruga enamorada de una chispa,
o águila seducida por un astro.

Inútil es que con tenaz murmullo
exageres el lance en que me enredo:
yo soy altivo, y el que alienta orgullo
lleva un broquel impenetrable al miedo.

Fiado en el instinto que me empuja,
desprecio los peligros que señalas.
"El ave canta aunque la rama cruja:
como que sabe lo que son sus alas."

Erguido bajo el golpe en la porfía,
me siento superior a la victoria.
Tengo fe en mí: la adversidad podría
quitarme el triunfo, pero no la gloria.

¡Deja que me persigan los abyectos!
¡Quiero atraer la envidia, aunque me abrume!
¡La flor en que se posan los insectos
es rica de matiz y de perfume!

El mal es el teatro en cuyo foro
la virtud, esa trágica, descuella;
es la sibila de palabra de oro,
la sombra que hace resaltar la estrella.

¡Alumbrar es arder! ¡Estro encendido
será el fuego voraz que me consuma!
La perla brota del molusco herido
y Venus nace de la amarga espuma.

Los claros timbres de que estoy ufano
han de salir de la calumnia ilesos.
Hay plumajes que cruzan el pantano
y no se manchan... ¡Mi plumaje es de esos!

¡Fuerza es que sufra mi pasión! La palma
crece en la orilla que el oleaje azota.
El mérito es el náufrago del alma:
vivo, se hunde; pero muerto flota!

¡Depón el ceño y que tu voz me arrulle!
¡Consuela el corazón del que te ama!
Dios dijo al agua del torrente: ¡bulle!
y al lirio de la margen: ¡embalsama!

¡Confórmate, mujer! —¡Hemos venido
a este valle de lágrimas que abate,
tú, como la paloma, para el nido,
y yo, como el león, para el combate!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

BALADA DE LA TARDE

Nubes sobre la montaña;
humo sobre la ciudad.

Mis nervios sienten extraña
la tarde en la vecindad.

Un fonógrafo lejano
raya, terco, el mismo disco;
y mi hermana toca al piano
no sé qué variable arisco.

La lentitud de la tarde
tiene el temblor de los viejos.
Hay una nube que arde,
roja de sol, a lo lejos.

Y hay un obscuro polvillo
de lejanías difusas
en el rubor de ladrillo
de las casas inconclusas.

Domingo mustio, beato,
pecador y medianero...
Sobre la azotea un gato
sueña en las noches de enero.

Mientras la loca de enfrente,
de vieja locura firme,
grita su frase demente:
"¡Quiero morirme, morirme!"

El pulmón de mi ventana
roba al aire callejero
una canción mexicana
que toca un organillero.

("Mi mujer y mi caballo
murieron al mismo tiempo:
mi mujer... Dios la perdone;
mi caballo es lo que siento.")

Organillero infeliz
que untas, en horas tempranas,
un color de barrio gris
en las calles mexicanas:

toca otra canción más triste
junto al poste de la esquina,
como esa frase en que insiste
la loca de mi vecina;

pues tengo, como esa loca,
mi vieja locura firme...
Toca, organillero, toca.
¿¡Quiero morirme, morirme!"

La tarde me da una extraña
sensación de insanidad...

Nubes sobre la montaña;
humo sobre la ciudad.

JOSÉ ESQUIVEL PREN

DEMASIADO SILENCIO

En esta noche hay cosas que de por sí son tristes
y hacen que nos sintamos más pálidas las manos.
En los oídos—sordos de silencio—el silencio,
y a veces... el ladrido de los perros lejanos.

Dan ganas de ponerse a leer a Terencio,
a Séneca o a Lucas o a algún autor latino.
Es una de esas horas en que se duerme uno
con la impresión exacta de haber tomado vino.

Queremos que amanezca y que ya el desayuno
humeando nos espere; mirar por la ventana,
al través de los vidrios que lloraron de frío,
y saber que ese día vino azul la mañana.

Pero esta noche tiene demasiado silencio,
demasiado poco aire, casi un aire vacío;
esta noche parecen los perros más lejanos
y más dormida el alma, porque algo que era mío
se me fué deshaciendo poco a poco en las manos...

JOSÉ ESQUIVEL PREN

SU ÚLTIMA CARTA

De mi mente su imagen no se aparta
y mucho al recordarla me conmuevo;
si es muy vieja la historia de esta carta,
mi amor, mi eterno amor, es siempre nuevo.

Sí, me voy a casar: es necesario;
soy ave y quiero remontar mi vuelo:
no puedes reprochar al incensario
que alce neblina de perfume al cielo.

¿Soy culpable? ¡No sé! Pero ¡qué quieres!,
endurecen el pecho los dolores;
lo que sufren a veces las mujeres,
sólo lo sabe el Dios de sus mayores.

Fuí tu bella ilusión de enamorado;
era una estatua, y me animó tu idea;
hoy que del pedestal me has derribado,
no llares a tu pobre Galatea.

Roto por ti el laúd, su dulce tono
se extinguió por tu mal y por el mío;
soy una seca flor, y te perdono,
trémula en una ráfaga de frío.

¿Volverán mis ensueños del pasado
con este nuevo amor a que me entrego?
Está mi corazón tan desangrado,
que apenas puedo reanimar su fuego.

Cuando recuerdo mi pasión intensa,
exhalo a mi pesar doliente grito:
¡es la fe del amor una ala inmensa
que aun herida se tiende al infinito!

Al casarme, tal vez negros pesares
cambien el néctar en mortal veneno,
que por buscar las perlas en los mares
suelen los buzos sumergirse en cieno.

De ti bien sé que el porvenir te espanta
y que vives incrédulo y sombrío;
sé que tienes un nudo en la garganta
y en los ojos dos gotas de rocío.

Se ha convertido tu alma en un desierto
en donde todo expira y se derrumba,
y es por desgracia nuestro amor un muerto
que no ha de levantarse de la tumba.

Muertas en flor las ilusiones todas,
de ti, sol de mi cielo, me despido:
las sombras de la noche de mis bodas
te hunden en los mares del olvido.

Quiero que al separarte de mi lado
no sepas maldecir nuestros amores;
como yo te he querido demasiado,
no puedo dar cabida a los rencores.

Busca tu redención de esta manera:
soporta mi rigor, y sufre y calla;
sucumbe siendo fiel a tu bandera,
como muere un soldado en la batalla.

No me debes odiar si me adoraste;
llega a ser de tu amada un buen amigo,
respeta un poco lo que tanto amaste,
¡ya que yo te perdono y te bendigo!

Así fué mi ilusión desvanecida;
desde entonces, vencido de la suerte,
me siento en el camino de la vida
¡a esperar al viajero de la muerte!

ADALBERTO A. ESTEVA

NOX

¡Oh noche de los trópicos! No hay nada
comparable a tu erótica delicia:
en tus templos selváticos oficia
misteriosa deidad enamorada.

Un lecho en toda gruta embalsamada
pródiga ofreces, al amor propicia:
en todo aire fugaz una caricia
y en todo resplandor una mirada.

Ocúltase en la sombra el caserío...
Duerme el bosque... Se pierde en la espesura
el rumor melancólico del río...

Mientras, la luna que en lo azul navega,
entre los picos de la sierra oscura,
como abanico de oro se despliega!

ADALBERTO A. ESTEVA

SILENCIO

En la mesa de la noche
está el vaso de los sueños
y para apagar la sed
las horas lo están bebiendo.
¿Qué haré por la madrugada
cuando despierte sediento,
si ya el agua de mi vaso
se la ha bebido el silencio?

La sábana de mis noches
está deshilando el sueño
y estaré desnudo y frío
cuando vuelva a estar despierto.
Para cobijar mis ansias
en la manta del silencio,
¡qué voy a hacer si se fuga
un hilo en cada momento!

Lámpara de mis viglias
con mechero de lamentos,
está agotando tu aceite
mi sueño de ojos abiertos.
Poco a poco tu llamita
de débil se está muriendo,
y para alumbrar mi noche
sólo se enciende el silencio.

GENARO ESTRADA.

EMPEÑO

A la escala que se fuga
al firmamento del sueño,
ángeles que van prendiendo
sus linternas de luceros,
violas de amor que sollozan
retórica de lamentos,
nubes que pasando cuelgan
de sus vapores los flecos,
tan pronto pongo pisada
como me la borra el viento.

Escalera de la noche
con sus peldaños de versos,
tiempo de la sinfonía
madurada en el scherzo,
arrebato de las horas
que se diluye en conceptos,
imprecisión de las cosas
concretada en un momento:
dejad afianzar la mano
antes de que os lleve el viento.

Monólogo de las quejas
busca de inútil remedio,
juegan pueriles palabras
azuzadoras del tiempo,

vuelan en alegoría
aves rapaces de empeños,
y persiguiendo las dudas
saltan veloces los perros.
Pero les borra la pista
el paso raudo del viento.

GENARO ESTRADA.

A HEBERTO

Pastor que a la hora de la urente siesta,
mientras vaga disperso tu rebaño,
te aduermes blandamente junto al baño
que asombra y cubre la enramada enhiesta:

A mi súplica oído amable presta
y enséñame en secreto el docto amaño
con que sueles—poeta al mundo extraño—
a Lálage cantar en la floresta.

Y así de Pan caprípedo la caña
pruebe tu labio, y tu divino acento
resuene dulce en la húmeda montaña.

Yo trocaré en ventura el sufrimiento,
cantando a Cloe, bella cuanto huraña,
este afán, este amor, esto que siento...

ENRIQUE FERNÁNDEZ GRANADOS

OCTUBRE

El purpurino atardecer de un día
nos halló solos en la estancia aquella,
donde a mi lado, blandamente bella,
Gloria incendió en amor el alma mía.

Sufríamos los dos; Gloria fingía
no abrir su corazón a mi querella,
cuando, de pronto, fulguró una estrella
en lo infinito, donde el sol moría.

Gloria los ojos levantó; resabios
aún quedaban del desdén; mas, preso
mirándome en sus ojos, sin agravios

inclinándolos fué, y al dulce peso
de su busto gentil, puse en sus labios
el alma... ¡el alma convertida en beso!

ENRIQUE FERNÁNDEZ GRANADOS

MIS OJOS VAN A TI

Este luto que llevas este día,
cálido de verano,
es un deleite para mis sentidos
y un tónico descanso
para mis ojos...

Por la calle ilustre
de la ciudad—paseo provinciano,
escaparate de las inocentes
locuras femeninas, y fracaso
de bulevar—pasan las señoritas
del pueblo: ojos de paz, rostros simpáticos,
siluetas lugareñas
sabidas de memoria; anhelos cándidos
de exhibición... Desfilan en un grupo
feliz, con un escándalo
de ropas albeantes de reflejos;
un oleaje claro
de encajes y de gasas
que reverbera al sol meridiano.

Y tú vas entre todas como un punto
negro que mancha el campo
detonante de sol, como un oscuro
guión esbelto y lejano...

Y tú entre todas, eres el refugio
de mis ojos cansados
de luz y de blancura y de reflejos;
tú, enlutada gentil; tú, frágil vaso
espiritual; inmarcesible búcaro
que perfumas mi sombra con tu sombra
enlutada y cordial; venero manso
de la palabra tímida y juiciosa;
hermética visión; fantasma diáfano
que enciendes una luz en mi capilla...

Mis ojos van a ti como buscando
una paz de penumbra
en el inmenso campo
de luz, en la blancura deslumbrante
de sol... Mis ojos ávidos
te buscan y se amparan a tu sombra
refrigerante, como en un remanso
de quietud y de ensueño.

Mis ojos van a ti... y encuentro un cálido
placer en repetir el estribillo:
"Mis ojos van a ti"... Y es un descanso
esta frase pueril, y es una música
que me embriaga el espíritu, y un lampo
fugaz, que me penetra jubiloso
al corazón...

Mis ojos van guardando
tus líneas, tu perfil,
tu euritmia de ese diáfano
cuerpo que se reviste con las telas
de luto, de tu luto, que es un marco
austero que aprisiona
toda tu claridad, como un arcano
signo de mansedumbre y de concordia...

Mis ojos van guardando
esta visión de paz, este sedante
capuz de luto, estos sedenos paños
que llevas con la gracia imponderable
de tu ciencia moderna; estos ingrátidos
pliegues, en que se ahueca vagamente
el minúsculo espacio
que tus manos dibujan al moverse
cuando caminas; este cuello blanco
y fino circundado por la gola
a lo Médicis; este gentil garbo
tan tuyo, con que empuñas la sombrilla
como cetro; este rastro
casi tangible, en el que abriste el aire
a tu paso...

Te pierdes a lo lejos,
y en el inmenso campo
de luz, eres un punto
lejano.

Cierro mis ojos, estos ojos ávidos
de ti, y en la penumbra deleitosa
que defienden mis párpados,
se arraiga tu visión... ¡Oh sombra lírica,
enlutada gentil; místico vaso
espiritual, que llevas mis ensueños
como un haz de destellos en tus manos!

Y los hombres me llaman, y yo sigo
con mis ojos cerrados ...

ENRIQUE FERNÁNDEZ LEDESMA

DE VIAJE

Vamos en pleno bosque. La máquina trepida.
Los pasajeros charlan con voces jubilosas,
y un viento de aventura pone sobre la vida
el anhelo de un cambio perenne de las cosas.

Un pueblo y otro pueblo, un monte y otro monte,
que apenas aparecen y se han desvanecido,
¡y el alma con el ojo siempre hacia el horizonte,
esperando el miraje nuevo y desconocido!

¡Oh, quién vivir pudiera en el milagro de una
renovación perpetua de sueños y visiones;
y así de la existencia cruzar por la pendiente,

sin que jamás alcance la sombra inoportuna
de un recuerdo sonámbulo a colgar sus crespones
en el orto divino del minuto presente.

ESTEBAN FLORES

AUSENCIA

¡Quién me diera tomar tus manos blancas
para apretarme el corazón con ellas,
y besarlas... besarlas, escuchando
de tu amor las dulcísimas querellas!

¡Quién me diera sentir sobre mi pecho
reclinada tu lánguida cabeza,
y escuchar, como enantes, tus suspiros,
tus suspiros de amor y de tristeza!

¡Quién me diera posar casta y suave
mi cariñoso labio en tus cabellos,
y que sintiera sollozar mi alma
en cada beso que dejara en ellos!

¡Quién me diera robar un solo rayo
de aquella luz de tu mirar en calma,
para tener al separarnos luego
con qué alumbrar la soledad del alma!

¡Oh!, quién me diera ser tu misma sombra,
el mismo ambiente que tu rostro baña,
y, por besar tus ojos celestiales,
la lágrima que tiembla en tu pestaña.

Y ser un corazón todo alegría,
nido de luz y de divinas flores,
en que durmiese tu alma de paloma
el sueño virginal de sus amores.

Pero en su triste soledad el alma
es sombra y nada más, sombras y enojos...
¿Cuándo esta noche de la negra ausencia
disipará la aurora de tus ojos?...

MANUEL M. FLORES

VISIÓN

He visto, de la noche,
entre la niebla oscura,
bajar como del cielo,
radiante de hermosura,
la sombra de una virgen
llegando junto a mí.
Eran sus ojos negros,
blanca su vestidura,
su cabellera de ángel...
Tú eras... te conocí.

Y te miré tan bella,
que delirante, ciego,
por detener tu paso,
espléndida visión,
ante tus plantas puse
mi corazón de fuego,
y—tómale—te dije,
y le tomaste... y luego
despierto... ¡Y te has llevado,
mujer, mi corazón!

MANUEL M. FLORES

MI SUEÑO

Anoche tuve un sueño. Al pie de negra palma
estaba yo sentado: la sombra me envolvía.
La soledad inmensa entristecía mi alma,
un ruiseñor cantaba... Mi corazón oía:

“Yo canto cuando abren,
jazmines de la noche,
las pálidas estrellas
su luminoso broche,
a la hora en que se llaman
los seres que se aman.
Yo soy entre la sombra
heraldo del amor.”

Después meció el follaje de la siniestra palma
del viento de la selva la ráfaga sombría.
Algo como el suspiro tristísimo del alma
alzóse sollozante... Mi corazón oía:

“Yo soy el alma errante
que en las tinieblas giro
por recoger del hombre
el tétrico suspiro.

Yo bebo en las corolas
 las lágrimas que a solas
 en hondo desamparo
 derrama el corazón."

La noche era muy negra. Las hojas de la palma
 de súbito temblaron... y vi que descendía
 algo como la sombra del ángel de mi alma;
 hablaba en las tinieblas... Mi corazón oía:

"Hombre de los dolores,
 yo traigo desde el cielo
 palabras inefables
 de paz y de consuelo.
 Herido de tristeza
 inclinas la cabeza;
 ¿acaso no conoces
 la vida del amor?"

—¿Qué, tú eres la esperanza?

—Yo doy las ilusiones.

—¿Eres Amor acaso? ¿La dicha que soñé?

—Se encienden a mi paso de amor los corazones.

Tribútanme su culto, conságranme su fe.

Quizá del cielo traje la voz de los amores,
 y me enseñó la dicha los himnos del placer.
 Encanto la existencia, ahuyento los dolores,
 y soy vida del alma... Me llamo la Mujer.

Y de la obscura noche iluminóse el cielo,
 gimió de amor el bosque, la palma retembló,
 y la visión celeste, tendiéndome su velo
 al irse, con sus besos mi frente acarició.

.....

Huyó también la noche. La blanca luz del día
la cumbre de los cielos iluminando va.
El mundo se despierta radiante de alegría,
¡ay!, pero el alma dulce, hermana de la mía,
en ángel de mi sueño, mi virgen... ¿dónde está?

MANUEL M. FLORES

UN SONREIR PROFUNDO

A veces en la vida nos amagan los vientos
de los mares terribles. Hay momentos
en que nos resucitan antiguos sentimientos,
y del bien y del mal somos exentos.

¿Es la plaza decrepita de un barrio solitario
que vale entre la noche? ¿Es el río
sonámbulo entre platas de estrellas y de ondas?

¿Es ese viejo armario?,

¿o ese follaje trémulo de frío?,

¿o aquel cabello rubio entre todas las blondas?

¿Cuál de todas las cosas del mundo te da el pío
gozo de navegar en la ribera
del mar de tus costumbres? ¿Y de cuál sementera
nació el grano que nadie podría llamarlo mío?...

Tú, viajero sin ruta,
peregrino sin rumbo ni destino,
marino hipnotizado, sofista sin cicuta,
no sabrás por qué el hombre a veces es divino.
Y sentirás nostalgias de cilicios
alma en cárcel, ¡y en trono!, de carne deleznable.
Y en medio de los vicios
esperarás en vano que la gran voz te hable.

Entonces, en la cálida tormenta,
en la tragedia noble de la afrenta
que soportas, sin decir nada al mundo,
en la grave alegría
de la fiesta que ahoga toda melancolía
¡que oculte tus sollozos un sonreír profundo!...

La vida tan efímera, tan múltiple y tan única
sería como una brisa que te besa la túnica.

JOSÉ D. FRÍAS

LA CIUDAD BÚCARO

Desde el balcón humilde de mi casa
el pensamiento una quimera fragua
ante el búcaro azul envuelto en gasa
de la ciudad dolor metida en agua.

A poco tú, con displicencia suma,
surges en el confín de mis antojos,
con tus mejillas de inviolada espuma,
con la mortal tristeza de tus ojos.

Te filtras, toda aroma, en la arboleda
del próximo jardín... Eres desmayo
de luz en las cornisas, brisa leda

en el mismo balcón en que me hallo...
Huye la tarde en féretro de seda,
y tan sólo es verdad que sufro y callo...

MARTÍN GÓMEZ PALACIO

LA ILUSIÓN DEL CAMINO

Siempre me la encontraba en mi camino,
en mi camino diario, triste y rudo.
Ella esperaba siempre, con divino
mirar; mas yo pasaba absorto y mudo.

Ya fuera el cielo azul o hubiera lluvia,
siempre me la encontraba en el trayecto
prosaico y vil, con su mirada rubia,
su mansedumbre y su perfil perfecto.

Ella esperaba, la esperanza hervía
siempre detrás de su pestaña de oro,
siempre detrás de su sonrisa pía,
siempre detrás del femenino decoro.

Mas yo pasaba extático y cobarde,
y murmuraba en mí siempre una vana
voz, al verla por último en la tarde:
"Hoy ya no pudo ser... será mañana."

Hasta que un día, en fin, dejé de verla.
La calle entera estaba como a punto
de ponerse a llorar... Brotó una perla
de luto en mi ilusión: débil barrunto

de la tormenta que cayó en mi alma,
tal como de la noche y sorda y negra
nace la estrella dúlcida y en calma
que los valles en éxtasis alegra.

Ora sigo mi ruta soledosa
como en un camposanto, con pausadas
emociones, por no ultrajar las losas
que hollaron, ¡ay!, sus rítmicas pisadas.

Mis recuerdos es un pájaro enjaulado:
aquí una vez la vi, otra más lejos,
por la mañana en esta acera, al lado
opuesto con los últimos reflejos

del sol que entre las casas descendía,
y se llevaba la última llamada
de su mirar opreso en la agonía
de una espera infecunda y resignada.

Me finge a veces femenil silueta,
un parecido que me martiriza;
es mi propio recuerdo que se aquieta,
es que un punto mi afán se inmoviliza.

Y sigo mi trayecto triste y rudo,
desnudo del halago de un celaje,
sin cuidar los perfiles de mi traje
al faltarme su encuentro y su saludo.

MARTÍN GÓMEZ PALACIO

A UN POETA

Has de ir con el alma honda de maravilla,
embriagado al continuo perfumar del sendero;
y segarán tus manos discretas, ¡oh romero!,
la alba flor de los tácitos augurios en la orilla.

Llevarás en asombro las pupilas, y en fiesta
inefable el espíritu... Y al corazón del día
mejor, hacia el ensueño, por la íntima floresta,
irás cantando un salmo con perfecta alegría.

Hacia la Vida atento el oído, las cosas
con su verbo infalible te hablarán; o un divino
silencio, cual remanso que sueña entre las rosas,
irá ampliando sus ondas cuando en él caiga un trino.

¿No ves la senda, al lejos, empapada en un lloro
estelar?... Tiemblan las hojas febles en una
exultación de nieve, y hasta el viento sonoro
pasa así como enfermo del blancor de la luna...

Las invisibles puertas del alma están untadas
de silencio... Abrelas hacia el huerto exterior,
y apacienta el oído y asombra las miradas,
porque en lo azul recóndito el alma es ruiñeñor.

Sigue después, romero—la lámpara tendida—,
deshilando las sombras que encapullan lo arcano,
y bajo de las frondas próceres de la Vida
reposa, al bello instante del soñar cotidiano.

Y será tu vida una suave y sola sonrisa,
y el esfuerzo, de tu sabia vida ornamento...
Pasará por tu alma un hálito de brisa,
y por tu frente un vasto temblor de pensamiento.

FRANCISCO GONZÁLEZ GUERRERO

VESPERTINA

La tarde, en una prórroga
azul, dilata el día
bajo las amplitudes
de su estival misterio.
Llena de mansedumbres
claustrales, se diría
que es una letanía
rezada en un beaterio.

Se llevan bien conmigo
la escena y el momento,
la vieja callejuela,
la hierba que allí crece,
la tarde religiosa,
y el alma, que parece
que espera algún capítulo
donde florezca un cuento.

Mas ¿qué podrán decirme
los viejos caserones?
¿Qué cuentos imposibles
podrían contarme? ¿Acaso
habrá tras las vidrieras
que exornan sus balcones,
alguna blanca mano
que me salude al paso?

La calle está desierta.
La calle es de esas mansas
ciudades provincianas
sahumadas de poesías,
en donde al transeúnte
le esperan acechanzas
de ensueño, recatadas
tras la melancolía.

En un vapor de lilas
se pierden las distancias;
la luna da al creciente
perfiles aguileños;
se funden en un halo
matices y fragancias,
y va la calle sola,
¡y solos van mis sueños!

Al acercarme, espantan
bandadas de gorriones
mis pasos, que repiten
los viejos caserones;
y enfrente a sus portadas
yo alcé la vista, para
mirar a las vidrieras
que exornan sus balcones...
¡Pero ninguna mano
vi que me saludara...!

FRANCISCO GONZÁLEZ LEÓN

¿DONDE?

¿Dónde estará aquel libro
de estampas viejas
en que halló mi pueril avidez
ensueños, despertares y consejos
que perduran aún en mi vejez?

Siestas de la casa paterna
en que todo dormía
dentro del caserón;
y en que yo encendía la linterna
de la imaginación
con los grabados viejos
de aquella "Ilustración"...

En su sillón de mimbres
dormía la abuela.
Era la hora de ir a la escuela.
Las tapias eran altas,
el patio era una sombra...
Un canario decía su repentina escala,
y de codos,
a lo largo tendido sobre la alfombra,
yo hojeaba el viejo libro
dentro a la vieja sala.

De entonces,
¡cuántas cosas pasaron por mi vida:
las unas de bajada,
las otras de subida!

De todas y de todo
ya llevo algún trasunto;
la vida y la candela
quemáronme las cejas,
y aunque la ciencia diga
no creer en las consejas,
con instinto pueril aún me pregunto:
“¿Dónde estará aquel libro
con sus estampas viejas?”

FRANCISCO GONZÁLEZ LEÓN

PARÁBOLA DEL HUESPED SIN NOMBRE

I

Han llamado a mi puerta,
que siempre está de par en par abierta,
y que esta vez la ráfaga nocturna
cerró de un golpe...

Sola y taciturna,
en el umbral detiénese la extraña
silueta del viador. Lívida baña
su faz la luna; tiene el peregrino
sangre en los pies, cansado del camino;
ojos en que retrátase y fulgura
una vasta visión que ha tiempo dura
en incesante asombro;
y con la gruesa alforja, la insegura
mano sustenta un báculo en el hombro.

“¿Quién eres tú? ¿De dónde
vienes y adónde vas?...”

Y me responde:

“Nunca supe quién soy, y no sé nada
del principio y el fin de mi jornada.

II

"Yo sólo sé que en la llanura incierta
de mi peregrinar llegué a tu puerta;
que mi cansancio pide tu hospedaje,
y que a la aurora seguiré mi viaje.
Destino, patria, nombre...
¿No te basta saber que soy un hombre?"

A sus palabras pienso que mi vida
es como una pregunta suspendida
en el arcano mudo, y digo:

"Pasa;
sea la paz contigo en esta casa."
Y entra el viador, y nos quedamos luego
al amparo del fuego.
Nuestro mutismo sobrecoge y pasma.
y cual doble fantasma
que evocara un conjuro,
se alargan nuestras sombras en el muro...

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

MAÑANA, LOS POETAS...

Mañana los poetas cantarán en divino
verso que no logramos entonar los de hoy;
nuevas constelaciones darán otro destino
a sus almas inquietas con un nuevo temblor.

Mañana los poetas seguirán su camino
absortos en ignota y extraña floración,
y al oír nuestro canto, con desdén repentino
echarán a los vientos nuestra vieja ilusión.

Y todo será inútil, y todo será en vano;
será el afán de siempre y el idéntico arcano
y la misma tiniebla dentro del corazón.

Y ante la eterna sombra que surge y se retira,
recogerán del polvo la abandonada lira
y cantarán con ella nuestra misma canción.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

LAS TRES COSAS DEL ROMERO

Sólo tres cosas tenía
para su viaje el Romero:
los ojos abiertos a la lejanía,
atento el oído y el paso ligero.

Cuando la noche ponía
sus sombras en el sendero,
él miraba cosas que nadie veía,
y en su lejanía
brotaba un lucero.

De la soledad que huía
bajo el silencio agorero,
¡qué canción tan honda la canción que oía
y que repetía
temblando el viajero!

En la noche y en el día,
por el llano y el otero,
aquel caminante no se detenía,
al aire la frente, y el ánimo entero
como el primer día...

Porque tres cosas tenía
para su viaje el Romero:
los ojos abiertos a la lejanía,
atento el oído y el paso ligero.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

BALADA DE LA LOCA FORTUNA

Con el sol, el mar, el viento y la luna
voy a amasar una loca fortuna.

Con el sol haré monedas de oro
(al reverso, manchas; al anverso, luz)
para jugarlas a cara o a cruz.

Cerraré en botellas las aguas del mar,
con lindos marbetes y expresivas notas,
y he de venderlas con un cuentagotas
a todo el que quiera llorar.

Robador del viento, domaré sus giros,
y en las noches calladas y quietas,
para los amantes venderé suspiros,
y bellas canciones para los poetas...

En cuanto a la luna,
la guardo, por una
sabia precaución
en la caja fuerte de mi corazón...

Con el sol, la luna, el viento y el mar
¡qué loca fortuna voy a improvisar!...

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

CAMPANA NEUMATICA

¿Dónde estará la espuma,
dónde la bella hermana
que hilaba noche y día
sobre profundas telas de esmeralda?

Del uniforme cielo gris
suspensa está la nube de ágata.
Se transparenta el mar como una sola
vidriera sin colores y sin alma.

¿Hay algo más que luz,
algo más que distancia?
¿Dónde estarán los vientos
y los hondos perfumes de las algas?

Ni un rumor, ni un suspiro:
nada se mueve, nada canta.
Murióse el aire de repente,
como al cerrarse una ventana.
Y se extingue la voz en la luz
como en una campana neumática...

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO

PRIMAVERA

Más que el viento era el sol,
que con certero
rayo de luz abría la ventana.
Rojo dardo lumínico del viento
que se clavó en la sombra
como en el alma se clavó el deseo.
¿Podíamos dejar de mirarlo
nosotros, que no éramos ciegos?

Horas después, la noche impura,
noche sensual de los jardines:
luna de mayo como perla
entre los astros rubíes;
rojos collares de la noche
reclinados sobre los jazmines
de este río de plata entre la sombra,
largo cuello de cisne...

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO

CAIDA RAPIDA DE ESTRELLAS

Cinco estrellas cayeron
detrás de la montaña.

En la verde laguna,
las cinco verdes ranas
enmudecieron de repente
y se quedaron extáticas.

El viejo sauce copudo
derramaba sus hojas como lágrimas.

Cinco líneas de asombro
rayaron veloces las aguas.

Cinco estrellas cayeron
detrás de la montaña.

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO.

LA ORILLA DEL MAR

No es agua ni arena
la orilla del mar.

El agua sonora
de espuma sencilla,
el agua no puede
formarse la orilla.

Y porque descanse
en muelle lugar,
no es agua ni arena
la orilla del mar.

Las cosas discretas,
amables, sencillas;
las cosas se juntan
como las orillas.

Lo mismo los labios
si quieren besar.
No es agua ni arena
la orilla del mar.

Yo sólo me miro
por cosa de muerto;
solo, desolado,
como en un desierto.

A mí venga el lloro,
pues debo penar.
No es agua ni arena
la orilla del mar.

JOSÉ GOROSTIZA

UNA POBRE CONCIENCIA

Un anciano consume su tabaco
en la vieja cachimba de nogal.
La tarde es solamente un cielo opaco
y el recuerdo amarillo de un rosal.

El anciano dormita...
¡Es tan triste la tarde para ver
un reloj descompuesto y la infinita
crueldad de un calendario con la fecha de ayer!

Y silencio... Un silencio propicio
para rememorar
cómo canta una boca la lectura
de la antigua conseja familiar.

En el hondo paisaje se depura
una tristeza del atardecer,
y el reloj descompuesto parece una dolida
conciencia de caoba en la pared.

Una pobre conciencia cuya charla
con la vieja cachimba de nogal
es el agrio murmullo de un postigo
y el recuerdo amarillo de un rosal...

JOSÉ GOROSTIZA

LA DUQUESA JOB

En dulce charla de sobremesa,
mientras devoro fresa tras fresa
y abajo ronca tu perro Bob,
te haré el retrato de la duquesa
que adora a veces el duque Job.

No es la condesa que Villasana
caricatura, ni la poblana
de enagua roja que Prieto amó;
no es la criadita de pies nudosos,
ni la que sueña con los gomosos
y con los gallos de Micoló.

Mi duquesita, la que me adora,
no tiene humos de gran señora:
es la griseta de Paul de Kock.
No baila boston, y desconoce
de las carreras el alto goce,
y los placeres del "five o'clock".

Pero ni el sueño de algún poeta,
ni los querubes que vió Jacob,
fueron tan bellos cual la coqueta
de ojitos verdes, rubia griseta
que adora a veces el duque Job.

Si pisa alfombras no es en su casa;
si por Plateros alegre pasa
y la saluda Madam Marnat,
No es, sin disputa, porque la vista:
sí porque a casa de otra modista
desde temprano rápida vá.

No tiene alhajas mi duquesita;
pero es tan guapa, y es tan bonita,
y tiene un cuerpo tan "v'lan tan pschutt",
de tal manera trasciende a Francia,
que no la igualan en elegancia
ni las clientes de Hélene Kossut.

Desde las puertas de la Sorpresa
hasta la esquina del Jockey Club,
no hay española, yankee o francesa
ni más bonita ni más traviesa
que la duquesa del duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo
en las baldosas! ¡Con qué meneo
luce su talle de tentación!
¡Con qué airecito de aristocracia
mira a los hombres, y con qué gracia
frunce los labios—¡Mimí Pinson!

Si alguien la alcanza, si la requiebra,
ella, ligera como una cebra,
sigue camino del almacén;
pero ¡ay del tuno si alarga el brazo!
¡Nadie le salva del sombrillazo
que le descarga sobre la sien!

¡No hay en el mundo mujer más linda!
Pie de andaluza, boca de guinda,
esprit rociado de Veuve Clieqot,
talle de avispa, cutis de ala,
ojos traviesos de colegiala,
como los ojos de Louise Theo.

Agil, nerviosa, blanca, delgada;
media de seda bien restirada,
gola de encaje, corsé de ¡crac!;
nariz pequeña, garbosa, cuca,
y palpitantes sobre la nuca
rizos tan rubios como el cognac.

Sus ojos verdes bailan el tango;
nada hay más bello que el arremango
provocativo de su nariz.
Por ser tan joven y tan bonita
cual mi sedosa, blanca gatita,
diera sus pajes la emperatriz.

¡Ah, tú no has visto cuando se peina,
sobre sus hombros de rosa reina,
caer los rizados en profusión!
¡Tú no has oído qué alegre canta,
mientras sus brazos y su garganta
de fresca espuma cubre el jabón!

¡Y los domingos!... ¡Con qué alegría
oye en su lecho bullir el día
y hasta las nueve quieta se está!
¡Cuál se acurruca la perezosa,
bajo la colcha color de rosa,
mientras a misa la criada va!

La breve cofia de blanco encaje
cubre sus rizos; el limpio traje
aguarda encima del canapé;
altas, lustrosas y pequeñas,
sus puntas muestran las dos botitas,
abandonadas del catre al pie.

Después, ligera, del lecho brinca.
¡Oh, quién la viera cuando se hinca
blanca y esbelta sobre el colchón!
¿Qué valen junto de tanta gracia
las niñas ricas, la aristocracia
ni mis amigas del cotillón?

Toco, se viste, me abre, almorzamos;
con apetito los dos tomamos
un par de huevos y un buen beefsteak,
media botella de rico vino,
y en coche juntos, vamos camino
del pintoresco Chapultepec.

.....
.....

Desde las puertas de la Sorpresa
hasta la esquina del Jockey Club,
no hay española, yankee o francesa
ni más bonita ni más traviesa
que la duquesa del duque Job.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

MIS ENLUTADAS

Descienden taciturnas las tristezas
al fondo de mi alma,
y entumecidas, haraposas brujas,
con uñas negras
mi vida escarban.

De sangre es el color de sus pupilas,
de nieve son sus lágrimas;
hondo pavor infunden... yo las amo
por ser las solas
que me acompañan.

Aguárdolas ansioso si el trabajo
de ellas me separa,
y búscolas en medio del bullicio,
y son constantes
y nunca tardan.

En las fiestas, a ratos se me pierden
o se ponen la máscara;
pero luego las hallo, y así dicen:
—¡Ven con nosotras!
¡Vamos a casa!

Suelen dejarme cuando, sonriendo
mis pobres esperanzas
como enfermitas ya convalecientes,
salen alegres
a la ventana.

Corridas, huyen, pero vuelven luego,
y por la puerta falsa
entran, trayendo como nuevo huésped
alguna triste,
lívida hermana.

Abrese a recibirlas la infinita
tiniebla de mi alma,
y van prendiendo en ella mis recuerdos
cual tristes cirios
de cera pálida.

Entre esas luces, rígido, tendido,
mi espíritu descansa;
y las tristezas, revolando en torno,
lentas salmodias
rezan y cantan.

Escudriñan del húmedo aposento
rincones y covachas,
el escondrijo do guardé cuitado
todas mis culpas,
todas mis faltas.

Y hurgando mudas, como hambrientas lobas,
las encuentran, las sacan,
y volviendo a mi lecho mortuario,
me las enseñan
y dicen: "Habla."

En lo profundo de mi ser bucean,
pescadoras de lágrimas,
y vuelven mudas con las negras conchas
en donde brillan
gotas heladas.

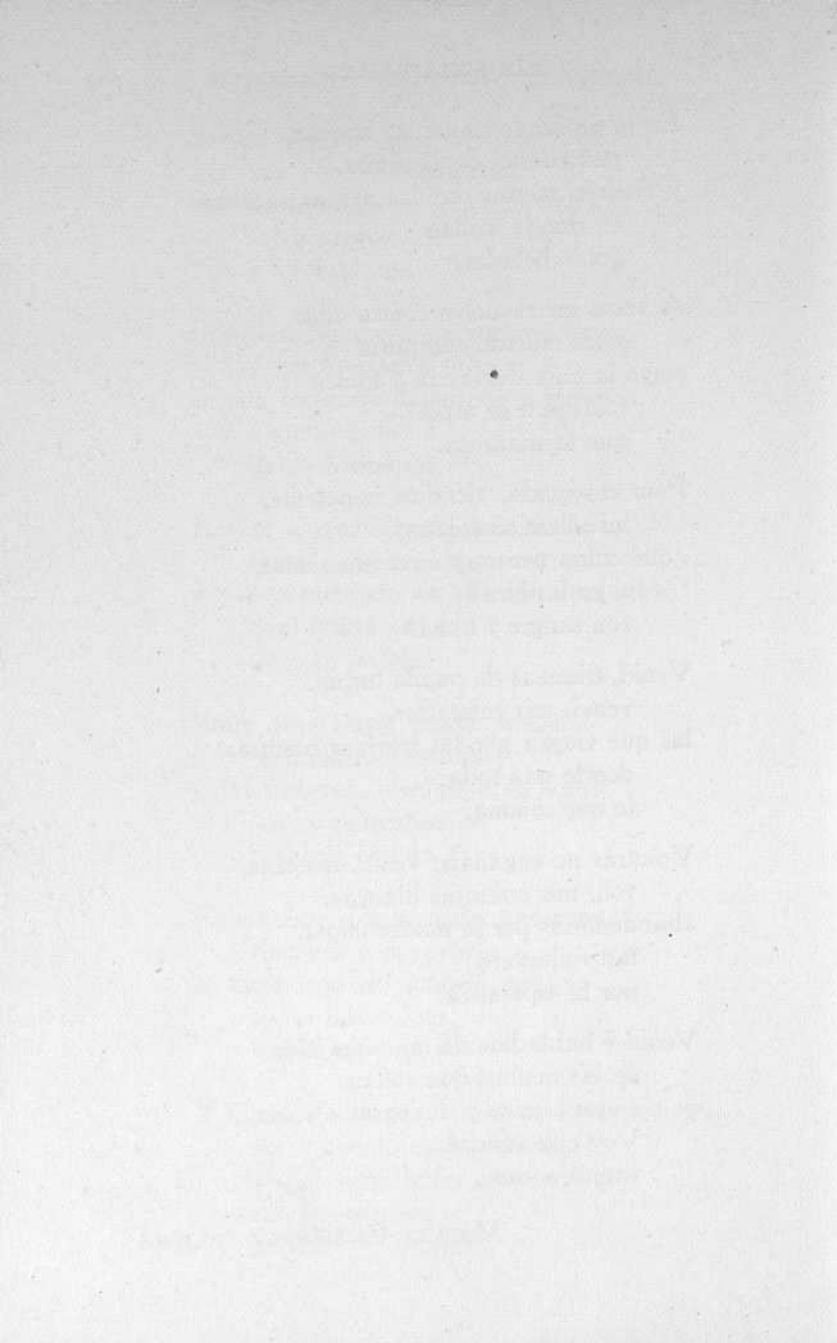
A veces me revuelvo contra ellas
y las muerdo con rabia
como la niña desvalida y mártir
muerde a la arpía
que la maltrata.

Pero enseguida, viéndose impotente,
mi cólera se aplaca;
¿qué culpa tienen, pobres hijas mías,
si yo las hice
con sangre y alma?

Venid, tristezas de pupila turbia,
venid, mis enlutadas,
las que viajáis por las infinitas sombras
donde está todo
lo que se ama.

Vosotras no engaños; venid, tristezas,
¡oh, mis criaturas blancas,
abandonadas por la madre impía,
tan embustera:
por la esperanza!

Venid y habladme de las cosas idas,
de las tumbas que callan,
de muertos buenos y de ingratos vivos...
Voy con vosotras,
vamos a casa.



A MI MADRE

¡Madre, madre, si supieras
Cuántas sombras de tristeza

Tengo aquí!

¡Si me oyeras, y si vieras
Esta lucha que ya empieza

Para mí!

¡Tú me has dicho que al que llora
Dios más ama; que es sublime

Consolar!

¡Ven entonces, madre y ora;
Si la fe siempre redime,

Ven a orar!

De tus hijos el que menos
Tu cariño merecía

Soy quizás;

Pero al ver cual sufro y peno
Has de amarme, madre mía,

Mucho más.

¡Te amo tanto! ¡Con tus manos
Quiero a veces estas sienes

Apretar!

Ya no quiero sueños vanos:

Ven, ¡oh, madre!, que si vienes

¡Vuelvo a amar!

¡Sólo, madre, tu cariño,
Nunca, nunca se ha apagado
Para mí!

Yo te amaba desde niño;
¡Hoy... la vida he conservado
Para ti!

Muchas veces, cuando alguna
Pena oculta me devora
Sin piedad,
Yo me acuerdo de la cuna
Que meciste en la aurora
De mi edad.

Cuando vuelvo silencioso
Inclinado bajo el peso
De mi cruz,
Tú me ves, me das un beso
¡Y en mi pecho tenebroso
Brotó luz!

Ya no quiero los honores;
¡Quiero sólo estar en calma
Donde estás!
Sólo busco tus amores;
¡Quiero darte toda mi alma
Mucho más!

Todo, todo, me ha dejado;
En mi pecho la amargura
Descansó;
Mis ensueños me han burlado,
¡Tu amor sólo, por ventura
Nunca huyó!

Tal vez madre, delirante,
Sin saber ni lo que hacía

Te ofendí.

¿Por qué, madre, en ese instante,
Por qué entonces, vida mía,

No morí?

Muchas penas te he causado
Madre santa, con mi loca

Juventud;

De rodillas a tu lado
Hoy mi labio sólo invoca *

La virtud.

Yo he de ser el que sostenga
Cariñoso tu cansada

Ancianidad.

Yo he de ser quien siempre venga
A beber en tu mirada

Claridad.

Si me muero—ya presiento
Que este mundo no muy tarde

Dejaré—.

En la lucha dame aliento,
Y a mi espíritu cobarde

Dale fe.

Nada tengo yo que darte;
Hasta el pecho se me salta

De pasión.

Sólo, madre, para amarte
Ya me falta, ya me falta

Corazón!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

EL HADA VERDE

¡En tus abismos, negros y rojos
Fiebre implacable, mi alma se pierde;
Y en los abismos miro los ojos
Los verdes ojos del hada verde!

Es nuestra musa glauca y sombría,
La copa rompe, la lira quiebra,
¡Y a nuestro cuello se enrosca impía
Como culebra!

Llega y nos dice: —¡Soy el Olvido!
Yo tus dolores aliviaré—;
Y entre sus brazos, siempre dormido,
Yace Musset!

¡Oh musa verde! Tú la que flotas
En nuestras venas enardecidas,
¡Tú la que absorbes, tú la que agotas,
Almas y vidas!

En las pupilas concupiscencia;
Juego en la mesa donde se pierde
Con el dinero, vida y conciencia,
En nuestras copas, eres demencia...
¡Oh musa verde!

Son ojos verdes los que buscamos,
Verde el tapete donde jugué,
Verdes absintios los que apuramos,
Y verde el sauce que colocamos
En tu sepulcro, pobre Musset.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

PARA UN MENU

Las novias pasadas son copas vacías;
En ellas pusimos un poco de amor;
El néctar tomamos..., huyeron los días...
¡Traed otras copas con nuevo licor!

Champagne son las rubias de cutis de azalia
Borgoña los labios de vino carmín;
Los ojos oscuros son vino de Italia,
¡Los verdes y claros son vino del Rhin!

Las bocas de grana son húmedas fresas;
Las negras pupilas escancian café,
Sus ojos azules las llamas traviesas
¡Que trémulas corren como almas del té!

La copa se apura, la dicha se agota;
De un sorbo tomamos mujer y licor...
Dejemos las copas... Si queda una gota
¡Que beba el lacayo las haces de amor!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

ALDEA ANDALUZA

De toda tu belleza en mí sólo perdura
entre el deslumbramiento de la intensa blancura
de la cal luminosa que tus muros enjarra,
la queja de una copla que los aires desgarran;

y en el calcinamiento de la estéril llanura,
aquel rincón de paz, oasis de frescura,
perdido en la planicie donde el sol achicharra
y sus crócalos roncós repica la cigarra.

Y allí, visto de paso, bajo el verde cancel
de las tupidas hojas que forman el dosel,
que lo entona y ajusta el marco del dintel,

aquel rostro moreno del mirador aquel,
con los ojos de pena y los labios de miel,
y toda Andalucía reconcentrada en él.

FRANCISCO A. DE ICAZA

CASTILLA

Son las fiestas de julio en tierra de Castilla:
al borde del camino está el mendigo hambriento,
cara al sol que le tuesta, hincada la rodilla,
y en medio del bullicio como remordimiento.

Sus ojos son dos brasas en la cara de arcilla
y en actitud estática prolongado tormento,
sólo el labio terroso en la faz amarilla
se mueve maquinal, acompasado y lento.

A veces el viandante se detiene un momento
ante el plato de cobre que entre las piernas brilla
y al sonar las monedas en la pobre escudilla,

unos dedos nudosos, cual rama de sarmiento
a la boca y al pecho llevan la calderilla,
sin cortar la oración en tono de lamento.

FRANCISCO A. DE ICAZA

ALEGRIA CASTELLANA

Domingo. Cielo azul. Las vetustas callejas
en la gloria del día parecen menos viejas.
Sobre el gris de los muros resaltan los colores
de cintas, gallardetes y guirnaldas de flores.

El júbilo estruendoso en los aires estalla
en repique y cohetes, y la ciudad que calla
largos meses se alegra un instante y se viste
el disfraz de alegría clamorosa del triste.

Un bullicio lejano. La procesión que llega:
el pífano gangoso de la gaita gallega,
el tamboril cansado, la chillona charanga,
a cuyo son grotesco brinca la mojiganga.

Y al pasar el tumulto de abigarradas notas
con lento caminar devotos y devotas;
en la torre voltea de nuevo la campana
y va entrando el cortejo en la iglesia lejana.

A la plaza—los mozos—emprenden el camino,
al hombro la alegría en la bota de vino.
¡Quién habla de pesares, quién habla de pobreza;
todo es luz en el alma y en la naturaleza!

Hoy las ropas de gala salieron de la arquilla,
y las peinas más altas y la mejor mantilla.
Un coche de toreros cruza la callejuela
y hay un sol diminuto en cada lentejuela.

Los que fueron gozosos ya retornan borrachos,
las madres fatigadas cargan a los muchachos,
ya volvió la tristeza. ¡Cuán fugaz la alegría!
¡Penitencia de un año por locuras de un día!

FRANCISCO A. DE ICAZA

ESTANCIAS

Este es el muro, y en la ventana,
que tiene un marco de enredadera,
dejé mis versos una mañana,
una mañana de primavera.

Dejé mis versos, en que decía
con frase ingenua, cuitas de amores;
dejé mis versos, que al otro día
su blanca mano pagó con flores.

Este es el huerto, y en la arboleda,
en el recodo de aquel sendero,
ella me dijo con voz muy queda:
“¡Tú no comprendes lo que te quiero!”

Junto a las tapias de aquel molino,
bajo la sombra de aquellas vides,
cuando el carruaje tomó el camino,
gritó llorando: “¡Que no me olvides!”

Todo es lo mismo: ventana y hiedra,
sitios umbrosos, fresco emparrado,
gala de un muro de tosca piedra;
y aunque es lo mismo, todo ha cambiado.

No hay en la casa seres queridos;
entre las ramas hay otras flores;
hay nuevas hojas y nuevos nidos,
y en nuestras almas nuevos amores.

FRANCISCO A. DE ICAZA

EL MADRIGAL DE LA AMADA

Erase un manojillo de violetas,
graciosamente inquietas,
prendidas con artísticos primores,
cerca de un corazón rítmico y suave,
que cautivo cantaba sus amores
como en su jaula un ave.

Era una blanca mano pudorosa,
con tembladora agilidad de espumas,
con efluvios románticos de rosa
y con sedeña tenuidad de plumas...

Y era un mustio poeta que tenía
el alma torturada,
buscando en vano, con tenaz porfía,
un dulce madrigal para su amada.

Y aquel mustio poeta
pidió tímidamente una violeta
de las que junto al corazón latían...
Hubo un silencio blando,
hubo un silencio intenso...
las flores con amor desfallecían,
la blanca mano se acercó temblando,
quebró su ritmo el corazón suspenso...
¡y vino una violeta
a coronar las ansias del poeta!

Entonces en la mente soñadora
revivieron cadencias virginales,
surgió la inspiración como una aurora,
y la melancolía
huyó con sus torturas ideales...
¡Ya estaba el madrigal! ¡Ella lo hacía!

ALFONSO JUNCO

EN TUS LLAGAS ESCONDEME

Vengo, Señor, cabe las ígneas huellas
de tus sacras heridas luminosas;
quíntuple abrir inmarcesibles rosas,
suma constelación de cinco estrellas.

Vengo a poblar sus oquedades bellas,
a estudiar en sus aulas silenciosas,
y a beber, con acucias fervorosas,
la miel de acíbar que pusiste en ellas.

Cuando zozobre mi valor, inerme,
y vaya en turbias ansias a abismarme
y llagado también llegue yo a verme,

deja a tus dulces llagas allegarme,
y en sus íntimos claustros esconderme,
y en su divina suavidad curarme.

ALFONSO JUNCO

LAS TRES GRACIAS

I

SABIA MAESTRA

¿En qué báquicas fiestas al dios propicias,
oh divina, aprendiste tu sacro ardor
y los deleites múltiples y las pericias
de tus insuperadas noches de amor?

Hábil y experta finges con tus malicias
supremas ignorancias, falso rubor...
Y de súbito pasa por tus caricias
el deseo, de un largo y hondo temblor.

Los poetas de antaño, por tus deliquios
te loarán con dáctilos y con pirriquios.
Y por los infinitos conocimientos

que atestan tu impecable sabiduría,
tu nombre demandara cinco talentos
en los muros gloriosos de Alejandría.

II

ERES MALIGNA

Paso a la obscura fuerza dominadora
latente en los revuelos de tu brial;
cúmplase tu destino de vengadora
que equilibra las leyes de la moral...

Eres maligna y bella y engañadora;
escancian tus pupilas filtro mortal,
y en tus labios florece la turbadora
púrpura de una ardiente rosa del mal.

Cuajada de diamantes y de zafiros
sigan tus fieras manos, cual dos vampiros,
exprimiendo sin tregua la sangre cínica

que se hincha en la carótida del burgués...
Hasta que sobre el lecho de alguna clínica
se junte al fin el ángulo de tus pies.

III

HUELEN TUS DIECIOCHO AÑOS...

Huelen tus dieciocho años a mejorana;
en las mejillas tienes rosas de abril,
y en tus labios untados de miel y grana
el engaño se oculta como un reptil.

Tus ojos, con la piedra de la obsidiana,
aguzan dos venablos en tu perfil.
Y eres blanda y jugosa como la anana,
y como el oro bella, preciosa y vil.

Al mirar el gusano tras de la vana
mariposa brillante de alas de añil,
más esclava que nunca, la bestia humana,

avanza su monstruoso belfo febril,
a tus años, que huelen a mejorana,
a tus mejillas: frescas rosas de abril.

RAFAEL LÓPEZ

LA VENDEDORA DE FLORES

I

Yo la veía todas las mañanas. Era una dulce muchacha, esbelta, ojos oscuros, gesto gracioso. Los quince años de su belleza bruna eran las quince rosas más frescas de su cesto.

El cual, pegado al muro de un templo, cuya piedra lloraba en su vejez estigmas y carcomas, exhibía su encanto floral, como la hiedra piadosa, que entre ruinas derrama sus aromas.

Aún veo allí los fuertes colores de su blusa de percal, los chillones dibujos de su enagua, el lampo fugitivo de la sonrisa ilusa, sus dedos enjoyados de claras gotas de agua.

Del cesto donde juega la luz, y en que se acopia de pródigos abriles y mayos la riqueza, sacaba la doncella—cual de una cornucopia una ninfa—los dones de la Naturaleza.

Sacaba flores reinas de fúlgidas corolas, dalias de unidos pétalos cual brillantes escamas, jazmines impolutos, mosquetas, amapolas que ardían en sus manos con un temblor de llamas.

Violetas mordoradas como las amatistas,
magnolias esculpidas en tersos corindones,
pensamientos orlados de caprichosas listas,
rojos mirtos bañados en sangre de pichones.

Y la gardenia pálida de nobles líneas puras,
subrayando el plebeyo color de la begonia,
mostraba aristocrática, divina de blancuras,
sus hojas cinceladas en mármoles de Jonia.

Daba el clavel la roja sensación de la risa,
junto a la margarita de estelares palores
y de cabellos de oro—la blanca pitonisa
que conoce el horóscopo fatal de los amores.

Y la dulce muchacha de ojos negros y huraños
ofrecía las joyas vegetales con gesto
graciosos, pero los jazmines de sus años
eran siempre el manojo más rico de su cesto.

II

A veces, atraído por su figura leda,
descubriendo en sus ojos no se qué resplandores,
entre sus manos húmedas dejaba una moneda
a cambio de un hermoso ramillete de flores.

Inclinaba la frente de cabellos castaños
en diademas como una gran corola sombría,
y yo, viendo la gaya floración de sus años,
mientras ella juntaba los haces, le decía:

“Vende, vende la rosas que te dan las praderas,
porque esas rosas tienen un renovar sinfín,
ya ves cómo resurgen cuando las primaveras
sacuden los polvosos rosales del jardín...

Mas defiende los brotes de tus propios pensiles
cidiciados. Ampara, con los buenos lebreles
del pudor, el tesoro de tus rientes abriles,
el aroma exquisito de tus pulcros vergeles,

cuyos lirios te dejan su pureza en la pálida
frente, cuyas violetas obscurecen tus ojos,
y cuyas amapolas gotean sangre cálida
en tu boca de labios sitibundos y rojos.

Si guardas esos dones que expían los deseos,
e inmunes se levantan de cualquier asechanza,
tendrás rosas de sueños para tus himeneos,
y rosas de ilusiones y de rosas de esperanza...”

Erguida la diadema de cabellos castaños,
me veía con su mirada pensativa,
y con raros fulgores en los ojos huraños
me alargaba las flores sin hablar... Yo me iba

ensoñador y un poco triste. Meditabundo
pensaba en el misterio del humano destino
en los alucinantes espejismos que el mundo
alza en el polvo negro y amargo del camino.

III

Después de algunos meses dejé de ver, al lado
de aquel muro ya huérfano del floral atavío,
su risueña figura junto al cesto colmado,
sacudiendo en el aire con su gesto agraciado
las manos y las rosas mojadas de rocío.

.....

IV

Ayer, en los dinteles de un bar, me entretenía
con el interminable desfile del paseo,
que dejaba en los ojos como una sinfonía
cuyo "leit-motiv" era la nota del deseo.

Al trote de los bayos de resonantes uñas,
pasaban las mujeres lejanas y divinas;
los pies ociosos bajo las cálidas vicuñas;
sobre los cuellos, cisneos las martas cibelinas.

Un oro de violeta sobre el bullicio urbano
de autos, landós, peatones, sobre todo rumor,
encendía en los aires la hora del Ticiano;
y colgaban los focos sus bolas de alcanfor.

De pronto, en un carruaje de equívoca librea,
echada en los mullidos cojines de peluche,
pasó una hierofanta de Venus Citerea,
como una rara perla dormida en un estuche.

Era como la sangre la seda de su traje,
llevaba en las orejas gruesas gotas de luz,
y sobre la cabeza, prendida en un follaje
de cintas, resaltaban dos plumas de avestruz.

Y aunque pasó violenta como encendida racha,
en el divino encanto crepuscular de la hora,
reconocí el gracioso perfil de la muchacha
del cesto, tras el lujo de aquella pecadora.

Reconocí las hondas violetas de sus ojos
y los rebeldes rizos de la obscura guedeja,
y los labios aquellos sitibundos y rojos,
semejantes a pétalos de una rosa bermeja.

(Eran las rosas puras de sus gayos abriles,
que la hendida pezuña de sátiros crueles
hollaba en los senderos de los pulcros pensiles
al fin desamparados de los buenos lebreles.)

Y retorné a los tiempos en que, sin otras sedas
que las de sus pupilas y sus labios florales,
yo dejaba en sus manos unas cuantas monedas
a trueque de sus rosas: las joyas vegetales.

De mis vanos consejos sonreí. Por la arteria
del bulevar luciente con su ruidoso enjambre,
otras purezas iban vestidas de miseria,
dilatados los ojos de deseo y de hambre.

A la eterna caída, al fatal holocausto,
que en el laboratorio donde Fausto medita,
escribe Mefistófeles en el libro de Fausto
el aria de las joyas que canta Margarita.

Como la vida efímera, caduca y transitoria,
pasó otra vez la abeja de todos los amores...
¡al hospital!... Acaso, que ya no sé la historia
final de la risueña vendedora de flores.

En medio del crepúsculo se fué muriendo el día,
y luego—torvo símbolo—las solares paletas
soltaron, como un pálido jardín en agonía,
en lagos de oro muerto deshojadas violetas.

Y cuando, de los cielos en paz, la noche bruna
cubrió con sus crespones las invisibles penas,
como una Celestina cruel, pasó la luna
tendiendo sobre el fango millares de azucenas.

RAFAEL LÓPEZ

VUELO DE GARZAS

Se desgrana la tarde en ópalos. Es la hora
de las ensoñaciones lilas. Del hojital
llega un eco armonioso, como si en la sonora
selva preludiara una siringa de cristal.

Ya ocaso en su deliquio tiene aspectos de aurora,
ya regresa el labriego al humilde jacal,
solamente el picacho más lejano se enflora
y el bosque asordina su enramada orquestal.

En el árbol más alto de las hondas barrancas
la paloma torcaz busca nido medrosa...

El cocuyo prepara sus linternas; y una
camándula de garzas, cansadas de ser blancas,
pasan rumbo a la noche, flotando perezosa-
mente, llenas de tisis y empapadas de luna.

GREGORIO LÓPEZ FUENTES

TU PALABRA MAS FUTIL

Magdalena, conozco que te amo
en que la más trivial de tus acciones
es pasto para mí, como la miga
es la felicidad de los gorriones.

Tu palabra más fútil
es combustible de mi fantasía
y pasa por mi espíritu feudal
como un rayo de sol por una umbría.

Una mañana (en que la misma prosa
del vivir se tornaba melodiosa)
te daban un periódico en el tren
y rehusaste, diciendo con voz cálida:
“¿Para qué me das esto?”, y estas cinco
breves palabras de tu boca pálida
fueron como un joyel que todo el día
en mi capilla estuvo manifiesto;
y en la noche sonaba tu pregunta:
“¿Para qué me das esto?”
Y la tarde fugaz que en el teatro
repasaban tus dedos, Magdalena,
la dorada melena
de un chiquillo... Y el prócer ademán
con que diste limosna a aquel anciano...

Y tus dientes que van,
en sonrisa ondulante, cual resúmenes
del sol, encandilando la insegura
pupila de los viejos y los párvulos...
Tus dientes, en que están la travesura
y el relámpago de un pueril espejo
que aprisiona del sol una saeta
y clava el rayo férvido en los ojos
del infante embobado
que en su cuna vegeta...

También yo, Magdalena, me deslumbro
en tu sonrisa férvida; y mis horas
van a tu zaga, hambrientas y canoras,
como va tras el alma, por la holgura
de un patio regional el cortesano
séquito de palomas que codicia
la gota de agua azul y el rubio grano.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

COMO EN LA SALVE

¡Oh bienaventuranza fértil de los que saben
ir gimiendo y llorando deprecativamente,
como en la Salve, que es un óleo y una fuente!

Yo también supe antaño de la bondad del cielo
que en mis acerbos pésames llovía.
y compuse una Salve, con la fe de un cruzado.
bajo los muros de Antioquía.

Mas hoy es un vinagre
mi alma, y mi ecuménico dolor un holocausto
que en el desierto humea.
Mi Cristo, ante la esponja de las hieles, jadea
con la árida agonía de un corazón exhausto.

Señor, Tú que colocas
resina en la corteza impenitente
y agua entrañable en las adustas rocas,
hazme casto y humilde para poder llorar
la bienaventuranza de aquel llanto deshecho
que fertiliza y lava el pecho,
y verás cómo mi alma se atavía
y trueca su congoja en alborozo
para escalar los muros de Antioquía.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

A LA GRACIA PRIMITIVA DE LAS ALDEANAS

Vasos de devoción, arcas piadosas
en que el amor jamás se contamina,
jarros cuyas paredes olorosas
dan al agua frescura campesina;
todo eso sois, muchachas cortijeras,
amigas del buen sol que os engalana,
que adivináis las cosas venideras
cual hacerlo pudiera una gitana.

Hambre y sed padezco. Siempre me he negado
a satisfacerlas en los turbadores
goces de ciudades—flores de pecado—.

Esta hambre de amores
y esta sed de ensueño
que se satisfagan en el ignorado
grupo de muchachas de un lugar pequeño.

Amo vuestros hechizos provincianos,
muchachas de los pueblos, y mi vida
gusta beber del agua contenida
en el hueco que forman vuestras manos.

Pláceme en los convites campesinos,
cuando la sombra juego en los manteles,
veros dar la locura de los vinos,
pan de alegría y ramos de claveles.

En el encanto de la humilde calle
sois a un tiempo, asomadas a la reja,
el son de esquilas, la alternada queja
de las palomas y el olor del valle.

Buenas mozas: no abrigo más empeños
que oír vuestras canciones vespertinas
llegando a confundirme a las esquinas
entre el grupo de novios lugareños.

Mi hambre de amores
y mi sed de ensueño,
que se satisfagan en el ignorado
grupos de muchachas de un lugar pequeño.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

MI CORAZÓN SE AMERITA

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.
Yo lo sacaré al día, como lengua de fuego
que se saca de un ínfimo purgatorio a la luz;
y al oírlo batir su cárcel, yo me anego
y me hundo en la ternura remordida de un padre
que siente, entre sus brazos, latir un hijo ciego.

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.
Placer, amor, dolor..., todo le es ultraje
y estimula su cruel carrera logarítmica,
sus ávidas mareas y su eterno oleaje.

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.
Es la mitra y la válvula... Yo me lo arrancaría
para llevarlo en triunfo a conocer el día,
la estola de violetas en los hombros del alba,
el cingulo morado de los atardeceres,
los astros y el perímetro jovial de las mujeres.

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.
Desde una cumbre enhiesta yo lo he de lanzar
como sangriento disco a la hoguera solar.
Así extirparé el cáncer de mi fatiga dura,
seré impacible por el Este y el Oeste,

asistiré con una sonrisa depravada
a las ineptitudes de la inepta cultura,
y habrá en mi corazón la llama que le preste
el incendio sinfónico de la esfera celeste.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

SE TRANSMUTA MI ALMA

Transmútase mi alma en tu presencia
como un florecimiento
que se vuelve cosecha.

Los amados espectros de mi rito
para siempre me dejan;
mi alma se desazona
como pobre chicuela
a quien prohíben en el mes de mayo
que vaya a ofrecer flores a la iglesia.

Mas contemplo en tu rostro
la redecilla de medrosas venas,
como una azul sospecha
de pasión, y camino en tu presencia
como en campo de trigo en que latiese
una misantropía de violetas.

Mis lirios van muriendo y me dan pena;
pero tu mano pródiga acumula
sobre mí sus bondades veraniegas,
y te respiro como a un ambiente
frutal; como en la fiesta
del Corpus, respiraba hasta embriagarme,
la fruta del mercado de mi tierra.

Yo desdoblé la facultad de amor
en liviana aspereza
y suave suspirar de monaguillo;
pero tú me revelas
el apetito indivisible, y cruzas
con tu antorcha inefable
incendiando mi pingüe sementera.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

MI PRIMA AGUEDA

Mi madrina invitaba a mi prima Agueda
a que pasara el día con nosotros,
y mi prima llegaba
con un contradictorio
prestigio de almidón y de temible
luto ceremonioso.

Agueda aparecía resonante
de almidón, y sus ojos
verdes y sus mejillas rubicundas
me protegían contra el pavoroso
luto...

Yo era rapaz
y conocía la *o* por lo redondo,
y Agueda, que tejía
mansa y perseverante en el sonoro
corredor, me causaba
Calosfríos ignotos...
(Creo que hasta la debo la costumbre,
heroicamente insana, de hablar solo.)

A la hora de comer, en la penumbra,
quieta del refectorio,
me iba embelesando un quebradizo
sonar intermitente de vajilla,

y el timbre caricioso
de la voz de mi prima.

Agueda era
(luto, pupilas verdes y mejillas
rubicundas) un cesto policromo
de manzanas y uvas
en el ébano de un armario añoso.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

EL FLAUTISTA AZTECA

Mi ser interior canta tristemente en su quena...
—Es un flautista azteca que ha hechizado la luna;
llora el mismo pecado que tentó a Magdalena,
e, igual que un monje, reza, canta salmos y ayuna—.

Como un faquir, encanta la sierpe de la pena,
cuyo ritmo de ajorcas con el canto se aduna;
el reptil, en sus giros febriles, se enajena
y, mordiendo el carrizo, sierpe y flauta son una.

Silba, tenaz, la víbora por la caña que toca;
sigue el flautista hilando la canción de su boca
—como, con hilos de oro, la espiral de una rueca—.

Desenvuelve de nuevo sus giros la serpiente...
De pronto, queda inmóvil, enroscada y silente,
sus ojos verdes fijos en el flautista azteca...

RAFAEL LOZANO J. R.

CUANDO PARTE EL AMOR

I

¿Dices que pronto nuestro amor ardiente
humo será no más de un incensario?...

Yo lo creí un eterno relicario
de nuestro firme corazón pendiente...

Yo juzgué nuestro amor como un breviario
que se reza y medita diariamente;
yo lo creí amuleto resistente,
siempre en el pecho, como escapulario...

Mas nada importa si su luz declina,
o si es no más viajera golondrina,
o sólo estrella que la noche trague...

En el castillo donde Amor se hospeda,
algún calor entre los muros queda,
aunque la lumbre de ese amor se apague...

II

¡Dejémosla partir, si así lo quiere,
y que levante el vuelo hacia el nublado!
¿No sabes que el *recuerdo* está indicado
como continuación de lo que muere?

Por eso cuando el tiempo despiadado
color y luz en mi cabello altere,
mi espíritu tendrá lo que prefiere
retejiendo la historia del pasado.

Y a solas, en mis días invernales,
gratamente estaré tras los cristales,
diciendo, como cuento de hilandera,
la vieja historia de fastuoso brillo:
“Hubo una vez en mi alma un gran castillo,
donde un rey fué a pasar la primavera...”

MARÍA ENRIQUETA.

PAISAJE

Por la polvosa calzada
va la carreta pesada
gimiendo con gran dolor.
Es tarde fría de enero,
y los bueyes van temblando...
Mas de amor
van hablando
la boyera y el boyero.

Yo voy sola por la orilla
donde la hoja difunta
que el viento en montones junta
pone una nota amarilla...
Mientras tanto, en el sendero,
bien unidos van la yunta,
la boyera y el boyero.

Acompañante no pido,
—alma huraña siempre he sido—.
En mi desdicha secreta,
en mi dolor escondido,
bien me acompaña el gemido
de la cansada carreta.

MARÍA ENRIQUETA.

ASPIRACION SENCILLA

Justo es que aspiren al laurel divino
los que al vaciar su estrofa en molde puro,
cíñense a él, como a la copa el vino.
Ganar ese laurel yo no procuro,

porque es otro, y opuesto, mi camino.
¡Siga el hábil, con ánimo seguro,
buscando honor para su verso o trino!
Yo me conformo con el nombre oscuro

del que entona, sin miras, su querella.
Bajo naves acordes con la acústica,
no pretende mi canto dejar huella:

quiero, alumbrada por alguna estrella,
tocar, como el pastor, mi flauta rústica,
¡sólo para alegrarme yo con ella!...

MARÍA ENRIQUETA.

A LAS DIEZ...

Al dar el reloj las diez,
ha llegado, al fin, mi amado...

¡Hoy, por la primera vez,
en mí oído han sonado
las diez!

¡Hoy por la primera vez
el reloj ha señalado
las diez!...

Con un lápiz encarnado,
suavemente he subrayado
en el gran reloj las diez.

¡Oh dulce significado
de ese número anotado!
Ved su leyenda: "A las diez,
a las diez volvió el amado..."

MARÍA ENRIQUETA.

CREPUSCULO

Cual dentro de una concha de nácar la bahía
parece que se duerme, la suave claridad
de un crepúsculo exangüe la envuelve, y se diría
que en el ambiente ledo sueña la Eternidad.

En ópalo de lácteos reflejos se estremecen
las olas coronadas de trémulo marfil,
y dos gaviotas blancas su frágil cuerpo mecen
bajo el opaco cielo de un desteñido añil.

Un barco zarpa; rompe la pana encarrujada
del mar, y lentamente, ya con el ancla izada,
navega con las velas abiertas. Como dos

ilusiones que espera el próximo regreso,
agitan tiernas manos, con candoroso exceso,
los líricos pañuelos, que riman un adiós.

SALVADOR MARTÍNEZ ALOMIA.

CANTO A ESPAÑA

Rompe en olas de fuego el mar de oro
desflorándose al golpe de la quilla,
y sopla un viento lírico y sonoro
bajo un sol de quimera y maravilla.

¿Adónde van las naos empavesadas
dando al aire los fúlgidos pendones
que despliegan sus sedas encantadas,
bordadas de castillos y leones?

Sobre agua de ilusión el rumbo guía
un misterio de gloria o de locura;
el león es desnudo y osadía,
y el castillo es ensueño y aventura.

¡Leones y castillos! La fiera
que tiene, con lo grande de una hazaña
para llenar un siglo de grandeza
(y quien dice grandeza dice España).

¡España! Suenan y fulge como acero
en la fragua este nombre. Y es un grito
triumfal que ha estremecido al mundo entero
y ha roto el velo azul del infinito
para clavarse en él como un lucero.

¡España!, dicen los espectros mudos,
que llenos de una trágica arrogancia
levantan destrozados sus escudos
del polvo de Sagunto y de Numancia.

¡España!, dicen los peñascos broncos
que se desgarran a la luz del rayo,
en un tumulto de hachas y de troncos,
desde la heroica cueva de Pelayo.

¡España! ¡España!, dicen, incrustadas
en fúlgida labor de oro y de acero,
las gestas, que, de estrellas recamadas,
pasan, como relámpagos de espadas,
sobre la inmensidad del Romancero.

¡España!, dice atónito en las velas
de la Pinta aquel grito sin segundo
que anuncia ante las blancas carabelas
el milagro triunfal del Nuevo Mundo.

¡España!, dice al tiempo todavía
el cielo que miró, lleno de espanto,
retumbar las bombardas en Pavía
y hundirse las galeras en Lepanto.

¡España!, dice el sol ardiente en Flandes,
y ¡España!, dicen los salvajes ríos
que reflejan la Cruz sobre los Andes,
y el mar que ante Cortés, grande entre grandes,
vió el incendio inmortal de los navíos.

Y los bosques de asombro en que camino
abrió la fe para su recio carro,
y atado contemplaron el destino
al puño de la espada de Pizarro.

Y la leyenda de oros y centellas
en que cruza por campos de amatista,
barriendo con las crines las estrellas,
el épico corcel de la Conquista.

¡España! ¡España! Y toda la bravía
fecundidad magnífica y ardiente
de tu sangre de amor y bazaría
que a regar generosa vino un día
la avidez virginal del Continente.

Por esa sangre tuya que nos diste,
España, en veinte pueblos reconoces
el don de eternidad que recibiste
de las manos sagradas de los dioses.

Por esa sangre fuerte y generosa,
que arde invencible en tu materna entraña,
América se abrió como una rosa
en tu seno inmortal, eterna España.

¡Sé con nosotros siempre, Madre nuestra,
que en tu hogar generoso cada día
el fuego de tu sol arde y se muestra
iluminando al orbe todavía!

Veinte banderas llevan encendida
la gloria de tus fúlgidos pendones;
pintados en su seda estremecida
tus castillos están y tus leones,
y como ola de luz sienten tu vida
en la suya latir veinte naciones.

¡En su nombre te juro con la mano
puesta sobre la cruz damasquinada
en que montó un armero toledano
la hoja resplandeciente de mi espada,

que a la luz de tus glorias redivivas
todos sabremos ser como tú eras,
y sabremos vivir para que vivas
y sabremos morir por que no mueras!

ANTONIO MEDIZ BOLIO

MANELICH

Como una cabra arisca bajó de su montaña;
de su montaña, que era salvajemente huraña,
como su espíritu, hecho a las bravas alturas,
como su cuerpo, en donde dejaron huellas duras
el sol de fuego, el soplo de las tormentas locas,
y mordidas de lobos y harañazos de rocas.
Bajó de sus picachos a la llanura un día;
allá dejó el rebaño, la choza, la jauría,
los agrios vericuetos, las claras soledades,
dominio de las águilas y de las tempestades.
Arriba dejó todo cuanto su vida era,
y, con un dulce sueño dentro del alma fiera,
vino a la tierra baja, la tierra misteriosa
que miraba de lo alto como una vaga cosa
que no le era dado conocer hasta cuando
bajase por la amada, que le estaba esperando.
¡La amada, la hembra llena de suavidad, aquella
que él miraba en las noches temblar en cada estrella,
a la que luego en sueño como una luz veía,
y que en el sol brillaba al despertar el día!
Aquella en que pensaba sin tregua, año tras año,
viendo cómo en los riscos se ayuntaba el rebaño
y cómo en el silencio del monte adormecido
las águilas buscaban el calor de su nido.

Y así, vibrante bajo las pieles de su sayo
su ser, quizás engendro de una cumbre y de un rayo,
ingenuo y primitivo, enamorado y fuerte,
el pastor bajó un día de cara hacia la suerte.
Y allí, en la tierra baja, en la tierra del amo,
Manelich halló cruda decepción al reclamo
de un amor que él quería nuevo, fértil y suyo,
suyo no más, alegre como temprano arrullo
de tórtola, como eco de canción: ¡un cariño
como un regazo en donde durmiera como un niño!
Y supo que allí, lejos de los hoscos rediles
que dejó en la montaña, los hombres eran viles,
¡más viles y traidores que las malas serpientes
que abajo se arrastraban, lo mismo que las gentes!
Y supo que su amo, el amo que le daba
la mujer que allá arriba como un cielo soñaba,
era más vil que todos y que también mentía,
y que era como un lobo que robaba y huía!
Supo algo más horrible: la mujer de su sueño
era del amo. ¡El amo era el único dueño
de todo: de las tierras, del amor, de la vida!...
El era sólo un siervo, la bestia escarnecida,
una cosa, un pedazo de carne esclavizada,
¡sin derechos, sin honra, sin amor y sin nada!
Y entonces, entre el asco de toda la mentira,
de toda la cruel befa del mundo, sintió ira,
ira trágica y noble de león provocado
que se ha dormido libre y despierta enjaulado.
Y oyó que de él reían como de simple y bobo,
¡de él, que igual que un hombre estrangulaba un lobo!
¡Y ya no pudo más! Un día se alzó contra el tirano
y le arrancó la vida. ¡Por su plebeya mano
se hizo justicia el siervo!... Todos enmudecieron

ante el soberbio triunfo, y estupefactos vieron
cómo el pastor hirsuto, la brava bestia huraña,
¡con su mujer en brazos se volvió a la montaña!

* * *

¡Oh Manelich! ¡Oh plebe que vives sin conciencia
de tu vida oprobiosa; que arrastras la existencia
dócil al yugo innoble que adormece tu alma
de hierro en el marasmo de ignominiosa calma!
¡Oh carne santa y pura del pueblo, carne abierta,
por el golpe del látigo infamador, ¡despierta!
Cuando entre la impudicia de los hombres te sientas;
cuando en tu pecho el odio desate sus tormentas;
cuando todos te nieguen y te insulte el orgullo,
¡levántante y exige que te den lo que es tuyo!
Si sientes la injusticia desgarrándote el pecho;
si te estrujan la vida; si te infaman el lecho;
si te pagan la honra con mezquino mendrugo,
¡no envilezcas de miedo soportando al verdugo!
¡No lamas como un perro la mano que te ata!
Haz pedazo los grillos, y, si te asedian, ¡mata!
¡Que la soberbia aleve halle tu brazo alerta!
¡A veces es justicia que la sangre se vierta!
No temas nada y hiere, porque Dios es tu amigo
¡y por tu brazo a veces desciende su castigo!
¡Oh Manelich, oh plebe, que sueñas en la altura!,
ven a la tierra baja, desciende a la llanura,
y cuando aquí te arranquen en miserable robo
tu ilusión, que tus manos estrangulen al lobo,
que lo fulmine el rayo que vibra en tus entrañas,
y después, con lo tuyo, ¡regresa a tus montañas!

ANTONIO MEDIZ BOLIO

EL CIEGO QUE CANTA

Prosaica la noche. No luce la luna.
Restaurant barato, bien oliente a fiambre,
y a pagar entramos el grito del hambre
después de la "tuna".

Oíd cómo vibra esa nota eufónica,
que surge, aterida, de una filarmónica,
al paso que el alma, súbito, desgarrá
el acorde triste que da la guitarra.

Al dúo me llego
y miro que es ciego.

Mientras el mesero los platos levanta,
un ciego es quien toca y el otro es quien canta.

Gente de camino, torpe y filisteo,
de alma de alcornoque, de baja ralea,
comenta ese canto, con bestial sonrisa,
masticando aprisa.

Es gente burguesa,
que tiene la panza redonda y obesa.

Pobre canto triste, copla peregrina,
que vas solitaria, como golondrina,
buscando tu nido

en el mesón viejo, y hosco y renegrido:
sólo yo te escucho cuando el ciego canta,
y mi fantasía su vuelo levanta...

Prosaica la vida. Noche sin estrellas,
huérfana de luna;
¡ruin mesón siniestro, hostal sin fortuna!
¡Afuera los odios, que rugen y espantan
las almas plebeyas!
¡No más los poetas son ciegos que cantan!

RICARDO MIMENZA CASTILLO.

LA VOZ DEL POETA

Suena en el silencio la voz del poeta,
y es como si fuese una evocación.
La juventud pasa, y hay una secreta
angustia de amores en el corazón.

Y aunque nos aturda con sus cascabeles,
y aunque nos divierta con sus alamares,
se ven en su rostro las huellas crueles
de siniestros, hondos y antiguos pesares.

Juventud, que pasas cantando, no ignoro
lo que ocultas bajo tu alegre vestido:
la canción es triste si es la voz de oro;
el refrán amargo si el grito es florido.

Revive las horas de mi primavera,
cuando mi bohemia destrencé a tu lado;
por eso yo adoro tu rostro de cera,
que enamora a todo poeta enlunado.

Sé de tus ensueños y de tus orgías,
de tus hiperdulias y de tus excesos,
cuando bajo un ramo de alegres peonías
robaba en las bocas racimos de besos.

Pero nunca olvido tus horas fatales,
tus horas menguadas del mal de Saturno,
cuando entre las tumbas y los cipresales
Ascalafo vierte su canto nocturno.

Por eso me angustio con las elegías
donde algún poeta planea su ideal,
donde por sus sueños y melancolías,
lude su salterio de leve cristal.

Cuando en el silencio la voz del poeta
se eleva, como una rara evocación,
yo siento en mis ansias la angustia secreta
de una larga y triste peregrinación.

Y es que cuando un mago los astros engarza
en el ónix firme de la noche bruna,
como una tediosa, doliente comparsa,
se van los poetas cantando a la luna.

RICARDO MIMENZA CASTILLO.

EL BORDADOR.

Recuerdo un símil de Pascal:
—“Es el poeta un bordador.”
Dulce palabra de cristal
que se deshoja como flor.

Borda el amor, borda el dolor,
en una trama muy sutil,
borda el dolor, borda el amor,
borda las rosas del abril.

Un cuervo borda con Edgardo
Poe—el que amara Baudeleraire—;
borda un ensueño de Leonardo
o una sonrisa de mujer.

Borda la vida y la convierte
en un poema. —¡Oh juventud!
Borda las horas de la muerte,
borda los cantos del laúd.

Bordar en oro es mi deseo,
tu rostro breve de marfil,
como, en divino camafeo,
en donde irradie tu perfil.

Que es el poeta un bordador,
y así lo dijo Blas Pascal.
Dulce palabra de cristal
que se deshoja como flor.

RICARDO MIMENZA CASTILLO.

SI ANDAS POR EL SENDERO

Si andas por el sendero que han surcado los otros,
serenamente sigue la peregrinación
por el mismo camino que dejó el peregrino,
que pasó ayer, o un año, o un siglo antes que tú.

Ve por la misma senda: es la ruta segura.
Solamente procura que tu pie no se asiente
en el mismo lugar en que tu antecesor
marcó, al pasar, su huella que persiste. Procura
ir paralelamente, grabar también tu huella,
y más profundamente—si es posible—que aquélla.

No sigas dócilmente los pasos de tu hermano.
En esa misma ruta, ve por otros senderos
desconocidos; traza con tu paso otra senda
y aparta las ortigas, tú, con tu propia mano,
para que no se hieran, al seguir tras de ti,
los que no tengan ojos o lleven una venda
que les impida ver. Facilita el camino
a los pobres de espíritu: a todo el que no pueda,
lo mismo que tú, abrírselo. No escoja la vereda
por ahorrar unos pasos: la vereda es más corta,
pero eso poco importa; la vereda extravía.

"Ars longa, vita brevis"; por mucho que te afanes,
la Muerte ha de llegar, antes que tú, a la Cima.

Eso tampoco importa: marcha sin detenerte
y haz que tu obra sea más fuerte que la Muerte.

FRANCISCO MONTERDE.

LA VIEJA LLAVE

Esta llave cincelada
que en un tiempo fué colgada,
(del estrado a la cancela,
de la despensa al granero)
del llavero de la abuela,
y en continuo repicar
inundaba de rumores
los vetustos corredores;
esta llave cincelada,
si no cierra ni abre nada,
¿para qué la he de guardar?

Ya no existe el gran ropero,
la gran arca se vendió;
sólo en un baúl de cuero,
desprendida del llavero
esta llave se quedó.

Herrumbosa, orinecida,
como el metal de mi vida,
como el hierro de mi fe,
como mi querer de acero,
esta llave sin llavero
¡nada es ya de lo que fué!

Me parece un amuleto
sin virtud y sin respeto;
nada abre, no resuena...
¡me parece un alma en pena!

Pobre llave sin fortuna
...y sin dientes, como una
vieja boca, si en mi hogar
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

Sin embargo, tu sabías
de las glorias de otros días:
del mantón de seda fina
que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera.
Tu sabías de tibores,
donde pájaros y flores
confundían sus colores;
tú, de lacas, de marfiles,
y de perfumes sutiles,
de otros tiempos; tu cautela
conservaba la canela,
el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales
y la miel de los panales,
tentación del paladar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa obscura,
(¡que un día de premura
fué preciso vender mal!)

Es la misma de la ufana
y luminosa ventana,
donde Inés, mi prima y yo
nos dijimos tantas cosas,
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó...

Me recuerdas mi morada,
me retratas mi solar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

AMADO NERVO.

TAN RUBIA ES LA NIÑA QUE...

Tan rubia es la niña, que
cuando hay sol no se la ve!

Parece que se difunde
en el rayo matinal,
que con la luz se confunde
su silueta de cristal
tinta en rosas y parece
que en la claridad del día
se desvanece
la niña mía.

Si se asoma mi Damiana
a la ventana y colora
la aurora su tez lozana
de albérchigo y terciopelo,
no se sabe si la aurora
ha salido a la ventana
antes que salir al cielo.

Damiana en el arrebol
de la mañanita se
diluye y si sale el sol,
por rubia... no se la ve!

AMADO NERVO.

EN PAZ

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida
ni trabajos injustos ni pena inmerecida;
porque veo al final de mi rudo camino
que yo fuí el arquitecto de mi propio destino;
que si extraje las mieles o la hiel de las cosas
fué porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:
cuando planté rosales coseché siempre rosas.

Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno,
¡más tú no me dijiste que mayo fuera eterno!

Hallé sin duda largas las noches de mis penas;
más no me prometiste tú sólo noches buenas,
y en cambio tuve algunas santamente serenas...

Amé, fuí amado, el sol acarició mi faz.
¡Vida, nada me debes! ¡Vida estamos en paz!

AMADO NERVO.

A KEMPIS

Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tú escribiste!

¡Oh Kempis!, antes de leerte amaba
la luz, las vegas, el mar Océano;
mas tú dijiste que todo acaba,
que todo muere, que todo es vano.

Antes, llevado de mis antojos,
besé los labios que al beso invitan,
las rubias trenzas, los grandes ojos,
¡sin acordarme que se marchitan!

Mas como afirman doctores graves,
que tú, maestro, citas y nombras,
que el hombre pasa como las naves,
como las nubes, como las sombras...

Huyo de todo terreno lazo,
ningún cariño mi mente alegra
y con tu libro bajo del brazo
voy recorriendo la noche negra...

¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,
pálido asceta, que mal me hiciste!
Ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tú escribiste!

AMADO NERVO.

PASAS POR EL ABISMO DE MIS TRISTEZAS

Pasas por el abismo de mis tristezas
como un rayo de luna sobre los mares,
ungiendo lo infinito de mis pesares
con el nardo y la mirra de tus ternezas.

Ya tramonta mi vida, la tuya empiezas;
mas, salvando del tiempo los valladares,
como un rayo de luna sobre los mares
pasas por el abismo de mis tristezas.

No más en la tesura de mis cantares
dejará el desencanto sus asperezas;
pues Dios, que dió a los cielos sus luminares,
quiso que atravesaras por mis tristezas
como un rayo de luna sobre los mares...

AMADO NERVO.

LA MONTAÑA

Desde que no persigo las dichas pasajeras,
muriendo van a mi alma temores y ansiedad;
la Vida se me muestra con amplias y severas
perpestivas y siento que estoy en las laderas
de la montaña augusta de la Serenidad...

Comprendo al fin el vasto sentido de las cosas;
se escuchar en silencio lo que en redor de mí
murmuran piedras, árboles, ondas, auras y rosas...
y advierto que me cercan mil formas misteriosas
que nunca presentí.

Distingo un santo sello sobre todas las frentes;
un divino me "fecit Deus", por dondequier
y noto que me hacen signos inteligentes
las estrellas, arcano de las noches fulgentes
y las flores, que ocultan enigmas de mujer.

La Esfinge, ayer adusta, tiene hoy ojos serenos;
en su boca de piedra florece un sonreír
cordial y hay en la comba potente de sus senos
blanduras de almohada para mis miembros, llenos
a veces de la honda laxitud del vivir.

Mis labios, antes pródigos de versos y canciones,
ahora experimentan el deseo de dar
ánimo a quien desmaya, de verter bendiciones,
de ser caudal perenne de aquellas expresiones
que saben consolar...

Finé mi humilde siembra; las mieses en las eras
empiezan a dar fruto de amor y caridad;
se cierne un gran sosiego sobre mis sementeras;
mi andar es firme...

Y siento que estoy en las laderas
de la montaña augusta de la Serenidad.

AMADO NERVO.

EXPECTACIÓN

Siento que algo solemne va a llegar en mi vida
¿Es acaso la muerte? ¿Por ventura el amor?
Palidece mi rostro... Mi alma está conmovida,
y sacude mis miembros un sagrado temblor.

Siento que algo sublime va a encarnar en mi barro,
en el mísero barro de mi pobre existir.
Una chispa celeste brotará del guijarro
y la púrpura augusta va el harapo a teñir.

Siento que algo solemne se aproxima, y me hallo
todo trémulo; mi alma de pavor llena está.
Que se cumpla el destino, que Dios dicte su fallo.
Mientras yo, de rodillas, oro, espero y me callo,
para oír la palabra que el *abismo* dirá...

AMADO NERVO.

A MI MADRE

Voluble Amor a su insidioso yugo
sometióme, señora, con engaño;
escuché sus promesas en mi daño
y aún hoy mi llanto silencioso enjugo.

Busqué Amistad, y a la traidora plugo
brindarme sus dulzuras con amaño:
pues cuando apenas con su miel restaño
mi herida cruel, se torna mi verdugo.

Hoy sin fe y sin amor vuelvo a tu lado:
¡vuelvo a ti como el pájaro a su nido
tras luengo errar sin rumbo, fatigado!

De la mundana lid llego vencido:
¡bésame con tu beso inmaculado
para implorar tu gracia, redimido!

JOSÉ J. NOVELO.

A .UN POETA

¿A qué gemir? La nota plañidera
del canto calle en tu dorada lira.
En plena primavera;
fulgor de aurora en los espacios gira;
un nectario pomposo es la pradera;
el sol alegre, gigantesca pira;
y en el vasto y risueño panorama
todo alienta, se agita, bulle y ama.

Era un capullo hermoso que encerraba
la esencia virginal de los amores...
Y el cielo la tronchó... ¡Cuando aún no daba
la flor de su beldad miel a las flores!

¡La vida! ¿Qué es la vida? ¡Nave rota,
que por vientos contrarios combatida
sobre un océano sin riberas flota...

Sin tregua sacudida,
en miserable escarnio se convierte,
de las revueltas olas,
y al fin zozobra en brazos de la muerte.

Mas ¿qué importa? Son nubes fugitivas
los humanos dolores.
Presto la luz en explosiones vivas
disipará los lúgubres negrores.

La flor lozana que rodó en el suelo
marchita, su perfume
purísimo dió al cielo...
Tu faz radiosa al cielo se levante,
y tu estrofa de mármol
el perfume inmortal celebre y cante.

JOSÉ J. NOVELO.

NAUFRAGIO

¡Qué me impregne
el vendaval de las horas!
Huyo de los hongos cúpulas
paraguas, paracaídas y caídos.
¡Viento, lluvia, azótame,
amásame un alma olorosa
agua que fuiste cenagosa
y te purificaste
en los azules tendaderos!

Sepúltame contigo,
no esperes de mí un impulso,
he sido siempre solamente un cajón
con un espejo y vidrios de colores.

¡Corramos a la lluvia!
Nunca ha estado tan orquestada,
es el Placer, que dura un instante,
y, además, ya inventaron los pararrayos.

Esta ola de viento
sabe a torsos y a hombros desnudos
y a labios y huele a miradas.

Mar, mar adentro,
y luego húndeme y desgájame,
no quiero nunca guardar nada más.

Romperé mis anteojos verdes,
el sol bailará para mí
como un niño idiota que busca
el juguete que naufragó.

SALVADOR NOVO.

VIAJE

Los nopales nos sacan la lengua,
pero los maizales por estaturas
con su copetito mal rapado
y su cuaderno debajo del brazo
nos saludan con sus mangas rotas.

Los magueyes hacen gimnasia sueca
de quinientos en fondo,
y el sol—policía secreto—
(tira la piedra y esconde la mano),
denuncia nuestra fuga ridícula
en la linterna mágica del prado.
A la noche nos vengaremos
encendiendo nuestros faroles
y echando por tierra los bosques.

Alguno que otro árbol
quiere dar clase de filología.
Las nubes inspectoras de monumentos
sacuden las maquetas de los montes.

¿Quién quiere jugar tenis con nopales y tunas
sobre la red de los telégrafos?

Tomaremos más tarde un baño ruso
en el jacal perdido de la sierra.
Nos bastará un duchazo de arco iris.
Nos secaremos con algún "stratus".

SALVADOR NOVO.

ESTE PAÑUELO

Este pañuelo de blanca batista
de un viejo aroma conserva el encanto
en él sus ojos de triste amatista
caer dejaron el don de su llanto.

Su leve encaje de tejidos ledos
y sus bordados de urdimbres prolijas,
guardan la huella de sus largos dedos
que constelaron las áureas sortijas.

Este pañuelo que tiene en su trama
con invisibles enlaces opresos
los episodios de aquel dulce drama
que subrayaron de rosa sus besos...

Este pañuelo que es como redoma
donde atesora memoranzas mi hastío,
y finge un ala de nivea paloma,
de una paloma que muere de frío...

Este pañuelo de blanca batista
de un viejo aroma conserva el encanto,
en él sus ojos de clara amatista
caer dejaron el don de su llanto...

JOSÉ DE JESÚS NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ.

CIERRO MI CORAZON

Cierro mi corazón, igual que un huerto
conventual que sellaron las piadosas
manos de una abadesa... Ya está yerto
mi espíritu que fuera
un sagrado rosal lleno de rosas.

He arriado mi bandera
de Ilusión, y como un arcaico rito,
todas las flores de mi primavera
las deshojo a la paz del infinito...

Grito de la sirenas,
lírico y musical y agudo grito,
que en las ondas serenas
pugna por me tener... Casto reguero
de lirios de la espuma, y el divino
sol claro y mañanero
que empiedra de diamantes el camino...

Mi corazón desborda llanto; pero
está cerrado al fin, igual que un carmen
conventual, y mañana las curiosas
miradas del burgués, verán que son
alfombradas las tapias con las rosas
del enfermo rosal del corazón.

JOSÉ DE JESÚS NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ.

MATINAL

Como triste princesa bajo la umbría
penumbra misteriosa de los jardines,
vaga del horizonte por los confines
la noche taciturna, la virgen fría.

Paseando su inmensa melancolía
va, con la negra seda de sus chapines,
hollando las estrellas—blancos jazmines—,
que abandonó en las nubes el muerto día.

Y cuando al fin se oculta la soñadora
porque no la sorprenda la rubia aurora,
la luz, alegre arroja bajo su paso

rayos tenues y vagos, tibios destellos,
que ella prende en la sombra de sus cabellos
como fragantes lirios de níveo raso.

FRANCISCO M. OLAGUIBEL.

PROVENZAL

El viento de la tarde, trémulo agita
del plateado olivo la fronda cana,
y del mar rumoroso la voz lejana,
bajo el cielo de estío canta y palpita.

Sólo turba el silencio de la infinita
soledad de esa hora la soberana
canción que entre los tallos de mejorana,
con escala salvaje, el viento grita.

Los himnos estridentes de las cigarras
surgen entre las anchas y verdes parras,
se oye el sordo murmullo que en los cantiles

alza, cuando se estrella, la ruda ola
y, guiada por pitos y tamboriles,
pasa, rápida y leve, la farandola.

FRANCISCO M. OLAGUIBEL.

¡LA-BAS!

De nuestra roja herida la sangre mana,
y lleno de crespones el pensamiento,
batidos por las alas de un rudo viento
vamos a confundirnos en el nirvana.

La razón, de la obscura maldad humana
ilumina el abismo; nuestro talento
se eleva como el torvo presentimiento
de incógnitos dolores, de pena arcana.

¡Oh poetas sedientos de apoteosis!
¡Oh soñadores tristes de fuente pura!
¡Oh, vírgenes marchitas por la clorosis!

¡Venid, y atravesando la selva oscura,
en el corcel sin freno de la neurosis,
vamos al paraíso de la locura!

FRANCISCO M. OLAGUIBEL.

BIEN SUPREMO

Madre: ¿por qué a mis ojos
el mundo entero
era un campo sin flores,
triste y desierto;
y ahora suspiro
sin envidiar los goces
del paraíso?

Los paisajes que un tiempo
me entristecían,
hoy forman el encanto
del alma mía;
mi sueño es dulce
dulce como la gloria
de los querubes.

—Oh madre: ¿por qué cambia
la faz del mundo?
—¡Ay!, no delires, niña,
tu afán es humo,
tan sólo el alma
se transforma al impulso
de la esperanza.

—¿A través de qué prisma
veré la tierra,
que un edén delicioso
mi vista encuentra?

—Lo sé, mi vida:
a través de otros ojos
la tierra miras.

¡Ay!, benditos los sueños
que forma el alma,
al recibir los besos
de la esperanza,
y el bien supremo
que en los amores puros
nos manda el cielo.

MANUEL OLAGUIBEL.

LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS

ELLA

Las dichas del amor son pasajeras,
vosotras a los prados dais la vida,
devolvedme mi amor, aves viajeras,
devolvedme mi "fe", mi fe perdida.

LAS AVES

Dejamos la aridez y los abrojos
en las regiones de perpetuo hielo.

ELLA

Me extraviaron a mí los dulces ojos
de un ser a quien llamaba "ángel del cielo".

LAS AVES

Volvemos a habitar nuestra pradera,
venimos presagiando la alegría.

ELLA

¡Oh!, ¡quién me volverá la primavera,
las flores y la fe del alma mía!...

MANUEL OLAGUIBEL.

PERVINCAS

I

Pervinca, dulce pervinca,
cuyos pétalos son tiernos,
y azules como los ojos
de la que idolatro ciego.
Yo vi tu flexible tallo
de aljófar brillante lleno,
cual pugnaba por besarle
la punta de sus cabellos.
Al fin se inclinó la niña;
y abrióse entonces del suelo
una voz entre suspiros,
como de virgineo pecho.

II

Nosotras queríamos, dicen
las flores, en tu albo seno
descansar, y estremecidas
perfumarnos con tu aliento.
Tú sabes que nuestras hojas
son azules como el cielo,
y que en la tierra nos llaman
emblema de los recuerdos.

Porque pasa nuestra vida,
en abril como en invierno,
sin temer los golpes rudos
de tempestad o de viento.
Mas ya vemos que tus ojos
tienen un azul más tierno;
dicen, inclinan los tallos
melancólicos al suelo,
y las auras que afanosas
volaron lejos, muy lejos,
exclamaban las pervincas
están muriendo de celos.

MANUEL OLAGUIBEL.

IMPRESION

Pesa poco la luz sobre mis hombros.
Fardo ligero me parece el día.
Como recién llegado miro a todos
los vientos.
Acróbata escondido salta mi pensamiento
sobre la cuerda floja de la primer mentira.

¿Habré desembarcado, sin saberlo,
anoche en algún puerto?
Tengo curiosidades de viajero,
y como para un niño, para mí, todo es nuevo.

El sol tiende en la calle sus diseños
entretenido en recortar siluetas.
Ignoro si es abril o si es invierno:
lo dijera el viento
¡si anduvieran desnudas las doncellas!

Para mí todo es nuevo. Han cambiado mis ojos
o la vida ha cambiado.
Todo, ciudad y campo,
me parece distinto o, más bien, olvidado.
Para tan rara alegría:
¿soy un chiquillo que descubre el día
o un viajero recién desembarcado?

BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO.

ROMANCE

Neblina:

dime quién viene.

—La boca que tiene sed;

¡ay, los ojos que no duermen!

Agua novia de la fuente

siempre atisbando,

¿qué te suspende?

—El paso de nuevos pájaros.

Agua mansa resbalando

entre los dedos del ocio...

—¡Líbreme Dios! Voy andando.

Barquichuelos de papel,

flota de nubes extrañas.

—No acerques, no, las pestañas,

porque comienza a llover.

En el pozo negro, frío,

guardo la duda...

—Endereza, pez, al río:

¡me interesa su conducta!

Gota azul:
dime quién viene.
—La boca que tiene sed;
¡ay, los ojos que no duermen!

BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO.

LA BALADA DEL DOLOR INFANTIL

Va el dolor infantil por la orilla del mar...
(una vida que inicia la misión de vivir).
Va la voz infantil pregonando su mal:
llora por una nota que no da su violín...

Van cayendo las hojas con menuda obsesión;
el mar se pone triste por el luto infantil,
y sollozan sus liras, música en oración...
Por la orilla del mar vaga una nube gris.

—Pronto será de noche; ¡niño, te perderás!,
y si no ves la senda, puede robarte el mar...
—No...—dice la voz fina—, ya la luna vendrá
y encontraré la rosa que mi jardín no da.

—Niño—pregunta el viento—, dime: ¿hacia dónde
[vas?;
¿tú crees en los países que el cuento te narró?...
—Voy buscando la nota que mi violín no da,
la rosa venturosa que el amor me ofreció...

Va el dolor infantil por la orilla del mar.
—El mar recoge llanto: él es vaso sin fin—.
—Hijo toma mis perlas, lágrimas son en mí,
ellas saben un cuento para dormir tu afán...

BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO.

DE LA NOCHE RÚSTICA DE WALPURGIS

SINFONÍA DRAMÁTICA

EL RUISEÑOR

Oíd la campanita cómo suena;
el toque del clarín cómo arrebató;
las quejas en que el viento se desata
y del agua el correr sobre la arena.

Escuchad la amorosa cantinela
de Favonio rendido a Flora ingrata
y la inmensa y divina serenata
que Pan modula en la silvestre avena.

Todo eso hay en mis cantos. Me enamora
la noche; de los hombres soy delicia
y paz; y entre los árboles cubierto,

sólo yo alcé mi voz consoladora,
como una blanda y celestial caricia,
cuando mi Dios agonizó en el huerto.

LA CAMPANA

¿Qué te dice mi voz a la primera
luz auroral? "La muerte está vencida,
ya en todo se oye palpitante la vida,
ya el surco abierto la simiente espera."

Y de la tarde en la hora postrimera:
"Descansa ya. La lumbre está encendida
en el hogar." Y siempre te convida
mi acento y te persigue en dondequiera.

Convoco a la plegaria a los vivientes,
plaño a los muertos con el triste y hondo
son de sollozo en que mi duelo exployo.

Y al tremendo tronar de los torrentes
en pavorosa tempestad, respondo
con férrea voz que despedaza el rayo.

EL PERRO

No temas, mi señor; estoy alerta
mientras tú de la tierra te desligas
y con el sueño tu dolor mitigas,
dejando el alma a la esperanza abierta.

Vendrá la aurora, y te diré: "Despierta;
huyeron ya las sombras enemigas."
Soy compañero fiel en tus fatigas
y celoso guardián junto a tu puerta.

Te avisaré del rondador nocturno,
del amigo traidor, del lobo fiero,
que siempre anhelan encontrarte inerme.

Y si llega con paso taciturno
la muerte, con mi aullido lastimero
también te avisaré ... ¡Descansa y duerme!

LA SEMENTERA

Escucha el ruido místico y profundo
con que acompaña el alma Primavera
esta labor enorme que se opera
en mi seno fructífero y fecundo.

Oye cuál se hincha el grano rubicundo
que el sol ardiente calentó en la era.
Vendrá Otoño, que en mieses exuberaba
y en él me mostraré gala del mundo.

La madre tierra soy: vives conmigo,
a tu paso doblega mis abrojos,
te doy el alimento y el abrigo.

Y cuando estén en mi regazo opresos
de tu vencida carne los despojos,
¡con cuánto amor abrigaré tus huesos!

¡LUMEN!

Las sombras palidecen. Es la hora
en que, fresca y gentil, la madrugada
va a empaparse en el agua sonrosada
que ya muy pronto verterá la aurora.

El cielo débilmente se colora
de virginal blancura inmaculada,
y hace del firmamento su morada
la luz, de las tinieblas vencedora.

Sobre las níveas cumbres del Oriente
en ópalos y perlas se deslíe,
que desbarata en su cristal la fuente.

Del vaho matinal se extiende el velo,
y todo juguetea y todo ríe
en la tierra lo mismo que en el cielo.

MANUEL JOSÉ OTHÓN.

IN EXCELSIS

Por sus excelsitudes
eleva la montaña
una oración, como su cumbre, inmensa,
como su cumbre, blanca.

Y como está del cielo
la cumbre tan cercana,
llega muy pronto a Dios esa blancura
convertida en plegaria...

¿Qué pedirá a los cielos
la divina montaña?
Tener siempre su nieve por corona
y sus cimas muy altas.

Y cuando el sol derrita
la nieve inmaculada,
al dolor de las cimas pavoroso
unir, serena, su raudal de lágrimas.

MANUEL JOSÉ OTHÓN.

OCASO

He aquí, pintor, tu espléndido paisaje:
un lago oscuro; ráfagas marinas
empapadas en tinta cremesinas,
y en el azul profundo del celaje;

un tronco que columpia su ramaje
al soplo de las auras vespertinas,
y manchadas de verde las colinas
y de amarillo el fondo del bosque;

un peñasco de líquenes cubierto;
una faja de tierra iluminada
por el último rayo del sol muerto;

y, de la tarde al resplandor escaso,
una vela a lo lejos anegada
en la divina calma del ocaso.

MANUEL JOSÉ OTHÓN.

A MI MADRE

¡Madre, qué gran visión hay en tus ojos!
¿Qué ignota playa del misterio has visto?
Acaso viste desde los abrojos
de tu vida la mística pradera
del Ensueño inmortal de Jesucristo,
cuando sembró la humana sementera,
y lo llevaste dentro de tu pecho
como una joya nueva sorprendida
en el camino árido y estrecho
que atraviesa el pantano de la vida.
¡Madre, qué bendición hay en tus manos!
¡Oh, qué gran bendición! Siempre en mi ruta
cuando me acosan los demonios vanos
y malos, de mi espíritu en la gruta
más hosca y más cerrada,
siendo tu bendición inmaculada
como un soplo de brisa perfumada
que llega de los ámbitos lejanos,
cuando la brega pasa...!

¡Madre, qué bendición hay en tus manos!
Me acuerdo de tu mano grata y grave
como del ala blanca de esa ave
que cruza el pensamiento:

¡Amor! ¡Amor!... De tu mirar suave
como del firmamento
por donde pasó el ave,
el ave luminosa de mi cuento.

MANUEL DE LA PARRA.

EL VIGIA

Grande paz interior, como una esencia
delicada y sutil, como suave
matiz, o como cántico de ave,
se difunde y perfuma mi existencia.
Siento como si hallárame en presencia
de hondo misterio, en un momento grave,
solemne del espíritu. ¡Quién sabe
qué anunciación, qué extraña florecencia!
Y en el gris horizonte, en donde arde,
única estrella, una visión arcana,
mi vida, al tramontar, deja que aguarde
la aparición de mi remota hermana.

¡Quién sabe si, al fin, llegue por la tarde
la que tanto esperé por la mañana!

MANUEL DE LA PARRA.

LA HERMANA ANA

¡Ana, hermana Ana,
sólo se mira el polvo del camino!
¿Lo ves? La tempestad no está lejana:
ya la ráfaga anuncia el torbellino...
¿Sientes pavor?

Así es la vida, hermana:
dolorosa y fatal. Sé que te asombra
mi voz lenta de enfermo:
Es que vengo de lejos, de la sombra
que persigue a mis sueños cuando duermo,
y me siento cansado,
cansado de mi larga caminata;
y por eso en mi voz has escuchado
sollozar como un canto del pasado
el eco de mi triste serenata.

Yo estaba solo y te encontré. Me viste
y tu gran corazón fué el compañero
de todos mis afanes de viajero
por el país del sueño vago y triste.
Y como eres también el solo lazo
que me ata a la vida de los hombres,
a sus cosas y nombres,
apoyada en mi brazo,
reclinando en mi hombro tu cabeza,

llena el alma de mística tristeza,
irás conmigo en el camino obscuro,
hasta llegar al sacro santo muro,
del Templo del Ensueño...

¿De qué patria lejana,
de dónde vienes tú?...

No lo adivino.

¡Ana, hermana Ana,
sólo se mira el polvo del camino!
¿Sientes?... La tempestad no está lejana:
ya la ráfaga anuncia el torbellino...
¿Sientes pavor?...

¡No tengas miedo, hermana!

MANUEL DE LA PARRA.

AL CONQUISTADOR DE ANAHUAC

Sin que después haya visto
el absorto mundo un hombre
que de Hernán Cortés al lado
la historia imparcial coloque.

EL DUQUE DE RIVAS

¡Paso!... A través de la tiniebla umbría
de los remotos tiempos,
tienda su vuelo audaz la fantasía
sobre las verdes cumbres,
del opulento Anáhuac atalaya;
y en las alas atónitas del viento,
deténgase un momento
del golfo azteca en la arenosa playa.

Unas naves allí... Sobre los puentes
la roja llama del incendio humea,
de las olas hirvientes
en el cristal obscuro centellea;
por todos lados pavorosa brilla,
vuela en pavesas ígneas el velamen,
del aire maravilla,
y al crujir el robusto maderamen
se hunde en las aguas la cortante quilla.

“¡Sus! ¡A las armas!—grita en la ribera
mancebo audaz, alzando la cimera
del pavonado casco...—¡Por Castilla!”

Y un viva resonó, tal como suele
el retumbar siniestro
del trueno pavoroso
que en la revuelta esfera se dilata.

Lo mismo que bramando se desata
el aquilón sañudo,
el altivo escuadrón partió ligero,
embrazados la lanza y el escudo,
al redoblar del atambor guerrero.

No sin tornar al golfo la mirada,
allí donde orgullosa se mecía,
en las primeras horas de aquel día,
a la risueña luz de la alborada,
del ave alegre a la primera nota,
del ágil marinero a los cantares,
juguete de los vientos tutelares,
hija del mar, la castellana flota...

.....

.....

Corred, valientes, a la lucha fiera;
detrás, la madre patria; a vuestra vista,
el pomposo laurel de la conquista:
los campos ignorados
donde tejió, riendo placentera,
la cuna de sus glorias Primavera
con las eternas flores de sus prados.

Y era Cortés el que, llevado sólo
de su marcial instinto,
cuando brillaba ya de polo a polo
el sol de Carlos quinto,

iba al fuerte clamor de la victoria,
con su espada no más y su fiereza,
sin corona y sin cetro,
a igualar en los fastos de la historia
la majestad del César con su gloria,
la grandeza de un rey con su grandeza.

¡Y era Cortés!... Marchando valeroso,
lo imposible a sus pies avasallaba,
luchaba con los suyos y triunfaba
contra el poder inmenso del coloso.

Si pudo a Moctezuma
con su ingenio vencer, aún le esperaba,
tranquilo el corazón, fuerte las manos,
el héroe de los héroes mexicanos...

... ..
... ..

Préstame, inspiración, tu sacro numen,
enciende mi alma en ardorosa llama,
y la vibrante trompa de la fama
en las ondas del rápido elemento
deje suelta la voz, el aire atruene,
y en épico cantar mi pensamiento
con enérgica rima el mundo llene.
Firme se apresta la imperial señora
del poderoso Anáhuac a la lucha;
el caudal de sus almas atesora,
y el son guerrero del clarín escucha.
Tiende sobre ella el pavoroso manto
la lóbrega tiniebla; no se abate
su sien altiva a la inconstante suerte,

y resuelta a lidiar hasta la muerte,
lanza sus bravos hijos al combate!
Y el batallar comienza pavoroso;
corre la sangre en río caudaloso,
arde en las plazas la siniestra hoguera,
se ve a su luz desierta la trinchera
y henchido de cadáveres el foso.

¡Todo es gemido y ayes al espacio,
juntos crujen la choza y el palacio,
y se alza el sol de Oriente,
y se hunde en Occidente,
y pasa un día y otro, y otro día
se oculta, y todavía
sangre refleja en su nublada frente!
¡Y sangre se refleja
en la pálida faz de la alta luna,
si es que el humo a su luz el paso deja
para quebrar su rayo en la laguna!

¡Niños, mujeres, débiles ancianos
atraviesan las calles solitarias,
alzan hambrientos temblorosas manos,
en el cielo se pierden sus plegarias,
y mueren entre escombros
al fulgor de cien teas funerarias!
Mas Guatimoc no cede: airado empuña
la sangrienta macana, que se embota
del castellano en la acerada cota.
¡Inútil resistir!... La muerte trueca
cadáver por cadáver, y tirana
la sangre generosa del azteca
mezcla en los surcos con la sangre hispana.

¡Inútil resistir!... Fuerte y altivo,
digno de su rival, a quien esquivo
el hado la faz vuelve, está el guerrero,
el castellano fiero
que a Marte hurtó la poderosa lanza
y el invencible acero,
rayo fulgente que encendió la gloria,
y entre el rudo fragor de la matanza
arranca el verde lauro a la victoria!

¡Oh patria que ensalzó mi idolatría!
no tengas por agravio
que al vencedor de Anáhuac cante el labio
que tus victorias pregonar solía.
Los héroes no tuvieron
nunca patria ni hogar; nunca el profundo
rencor herirles puede, nunca el dolo.
¡La patria de los héroes es el mundo!
¡La gloria de Cortés no es gloria sólo
de la noble Castilla! El cielo quiera
que al resonar mi canto,
y su vuelo al tender sobre las olas
que abrieron paso al pabellón ibero,
desde las verdes playas españolas
su nombre extienda al Universo entero!

Y tú, gigante sombra, que apareces
girando en torno mío,
el galardón recibe que mereces.
Harto el momento impío
te hirió la ingratitud cuando apuraste
el cáliz de la envidia hasta las heces;
pues fué tan grande el mundo
que legaste a tu patria con tu empeño,

que te miró pequeño
ante grandeza tanta...
¡Hoy la posteridad tu nombre canta,
la vil calumnia desarruga el ceño,
y pedestal eterno te levanta!

JOSÉ PEÓN CONTRERAS.

VERSOS

En ese mar del mundo en que se agitan
lo mismo los pequeños que los grandes,
yo sé que has visto, palpitante el seno,
pasar un día mi velera nave.

No sé si las siguieron tus miradas
por la vasta extensión de aquellos mares;
pero sé que ha de hundirse, que una hora
ha de llegar, al fin, en que naufrague.

Tal vez entonces tú, sobre la playa,
risueña, alegre, tus venturas cantes,
y ni aún verás pasar ante tus ojos,
envuelto por las olas, mi cadáver.

JOSÉ PEÓN CONTRERAS.

CESAR EN CASA

Juan, aquel militar de tres abriles,
que con gorra y fusil sueña en ser hombre,
y que ha sido en sus guerras infantiles
un glorioso heredero de mi nombre;

Ayer, por tregua al belicoso juego,
dejando en un rincón la espada quieta,
tomó por voluntad, no a sangre y fuego,
mi mesa de escribir y mi gaveta.

Allí guardo un laurel, y viene al caso
repetir lo que saben mil testigos:
esa corona de oropel y raso
la debo, no a la gloria, a mis amigos.

Con sus manos pequeñas y traviesas,
desató el niño, de la verde guía,
el lazo tricolor en que hay impresas
frases que él no descifra todavía.

Con la atención de un ser que se emociona,
miró las hojas con extraño gesto,
y poniendo en mis manos la corona,
Me preguntó con intención: —¿Qué es esto?

—Esto es—repuse—el lauro que promete
la gloria al genio que en su luz inunda...

—Y tú ¿por qué lo tienes?

—Por juguete,
le respondió mi convicción profunda.

Viendo la forma oval, pronto el objeto
descubre el niño de la noble gala;
se la ciñe, faltándome al respeto,
y hecho un héroe se aleja por la sala.

¡Qué hermosa dualidad! Gloria y cariño
con su inocente acción enlazó ufano,
pues con el lauro sembraba el niño
un diminuto emperador romano.

Hasta creí que de su faz severa
irradiaban celestes resplandores,
y que anhelaba en su imperial litera
ir al Circo a buscar los gladiadores.

Con su nuevo disfraz quedé asombrado
(no extrañéis en un padre estos asombros),
y corrí por un trapo colorado
que puse y extendí sobre sus hombros.

Mirélo así con cándido embeleso,
me transformé en su esclavo humilde y rudo,
y “¡Ave, César!—le dije—, dame un beso.
¡Yo, que muero de pena, te saludo!”

“¡César?”—me preguntó lleno de susto,
y yo, sintiendo que su amor me abrasa,
“¡César!—le respondí—. ¡César augusta,
de mi honor, de mi nombre y de mi casa!”

Quitéle el manto, le volví la espada,
recogí mi corona de poeta,
y la guardé, deshecha y empolvada,
en el fondo sin luz de mi gaveta.

JUAN DE DIOS PEZA.

MI HIJA MARGOT

Tiene Margot un niño a quien adora,
que no nació entre lágrimas y males,
pues se lo dió de cuelga una señora
que lo compró de lance en veinte reales.

No hay un cariño igual a ese cariño
reflejo fiel de abnegación sincera,
pues ni lo entiende ni lo paga el niño
que lo dice mamá y es de madera.

Sin temor de que enferme o que se pierda,
la madre, sabe, de contento loca,
que el niño si le tiran de una cuerda
llora abriendo los ojos y la boca.

¡Si la vierais en horas sosegadas
con qué ternura maternal lo viste,
y con qué melancólicas miradas
se fija en él cuando lo juzga triste!

“¿Qué tienes—le pregunta—, niño mío?
¡Más bonito que tú no habrá ninguno!
¡No llores!... ¿Tienes hambre? ¿Tienes frío?
Duerme mientras te traigo el desayuno.”

Y lo acuesta en su lecho, allí lo abriga,
bajo sus mismas sábanas, lo arropa,
y corre por la leche y por la miga
para darle en los labios sopa a sopa.

Que no las toma el niño es cosa clara,
pero aquí la intención salva un abismo:
Margot en tal desaire no repara,
pues ella se las come y es lo mismo.

Margot, junto a mi padre dulce y quieta,
era siempre su encanto y su consuelo,
y yo vi alguna vez, frente a la nieta,
lágrimas en los ojos del abuelo.

“Estos juegos—me dijo—causan frío,
no sé ni qué revelan ni qué indican:
¡hacen cosas los niños, hijo mío,
que ni los grandes sabios las explican!

¡Cuánto Margot a la virtud promete!
Mira... en su niño están sus ojos fijos...
¡Avergüenza esta madre de juguete
a los monstruos que olvidan a sus hijos!”

Mientras yo, silencioso, meditaba,
Margot, que cuenta cuatro primaveras,
para dormir al niño lo arrullaba
como arrullan las madres verdaderas.

JUAN DE DIOS PEZA.

MI MEJOR LAURO

Con sus seis primaveras muy ufanas,
quebrando con sus pies las hojas secas,
me recitó en el campo una mañana
mi hija mayor *Fusiles y Muñecas*.

Repitiendo mis versos no sabía
que colmaba el mayor de mis antojos;
no me culpéis si oyéndola sentía
lágrimas en el alma y en los ojos.

“¡Bien!—exclamé—, mi niña me interpreta
mejor que todos, aunque a nadie cuadre:
yo juzgarla creí como poeta,
y la estaba juzgando como padre.”

Llegó a la estrofa aquella en que la nombro,
y bajando hacia el suelo la mirada,
vi de pronto ponerse, con asombro,
su faz más que una fresa colorada.

“¿Qué tienes?—pregunté—. ¿Por qué haces eso?
¿Por qué ya nada de tu labio escucho?”
Y ella me respondió, dándome un beso:
—“Me callo aquí, porque te quiero mucho.”

Nada valdrá tu cándida respuesta
para el que en altas concepciones fijo,
medir no pueda en ocasión cual esta
adónde alcanza el corazón de un hijo.

Puedo deciros la verdad desnuda:
como en mis versos comprendió mi duelo,
por no hacerme sufrir quedóse muda,
por no verme llorar miraba al suelo.

Yo, alabando el poder de su memoria,
comprendí, perdonadme lo indiscreto,
que los mejores lauros de la gloria
son los que se cosechan en secreto.

Vale más a mis ojos, siempre fijos
en la eterna verdad, no en falsos nombres,
la lágrima arrancada por mis hijos
que todos los aplausos de los hombres.

Negó a mi numen su fulgor el genio.
En el drama veraz de mis dolores,
el fondo de mi hogar es el proscenio,
y mi padre y mis hijos, los actores.

No busco un lauro que mi frente ciña,
ni pide aplausos mi laúd ingrato;
pero... ¿por qué me olvido de la niña,
que suspendió turbada su relato?

Pronto volvió su faz a estar serena
y a brillar en sus labios la sonrisa,
porque el placer, lo mismo que la pena,
pasan sobre los niños muy de prisa.

“Tus versos voy a continuar diciendo”,
y con más firme voz, soltóse hablando.
¡Inocente!, los dijo sonriendo,
y entonces yo los escuché llorando.

Al terminar, sintiendo hecho pedazos
por el dolor mi corazón ardiente,
me interrogó, cruzándose de brazos
y mirándome el rostro frente a frente:

—¡Ay!, dime padre, cuando tú escribiste
los mismos versos que de oirme acabas,
¿por qué estabas mirándonos tan triste?
Al mirarnos jugar, ¿en qué pensabas?

—Y ¿por qué?, respondí, tan preguntona,
¿indagas los misterios de mi lira?

—Porque soy, tú lo has dicho, *una persona
que charla, que comenta y que suspira.*

—¡Brava razón! ¡Confórmame con eso!
¿No eres la que, si el duelo me avasalla,
*se me cuelga del cuello, me da un beso,
se le saltan las lágrimas y calla?*

—¡Yo soy! ¡Yo soy!—me contestó orgullosa—,
y haciéndome olvidar penas y agravios,
se me colgó del cuello cariñosa,
cerró sus ojos y besó mis labios.

Corrió alegre después tras otros niños,
quebrando con sus pies las hojas secas
y dejándome besos y cariños
en premio de *Fusiles y Muñecas.*

EL GRAN GALEOTO

Margot está en el balcón
con medio cuerpo hacia fuera,
y yo en pie sobre la acera,
dándole conversación.

—Di: ¿Qué quieres, hija mía?

—Írme contigo.

—No puedes;

te mando que en casa quedés,
las niñas salen de día.

—¿De noche no?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no... Ya lo sabrás;

—¿Pero tú adónde te vas?

—Al teatro y al café.

—¡Al teatro! ¿Y es bonita,
la comedia?

—Mucho, sí...

—Entonces llévame allí,
voy a bajar...

—¡Margarita!

—Y al café, ¿cuándo te vas?

—Muy tarde, a la media noche,

—Bien, pues iremos en coche,
así sí me llevarás.

—De noche no puedes ir,
ni al teatro ni al café...

—¿Espantan?

—No.

—Pues ¿por qué?

—Porque no puedes salir,

—Pero di, ¿por qué no puedo?

—Está obscura la ciudad.

—Dices que a la obscuridad
nunca se le tiene miedo.

—Traeré dulces al volver.

—¿Todos serán para mí?

—Todos.

—¿Pero todos?

—¡Sí!

—¿De veras?

—Todos, mujer.

—Así me quedo contenta.

—Bien, pues entra que hace frío...

—¿Te vas?

—Me voy, ángel mío.

—Mis dulces...

—Calla, avarienta.

—¿Qué dices?

—Nada, tesoro.

Que ya me voy, nada escucho.

—¿Me quieres?

—¡Te quiero mucho!

¿Y tú me quieres?

—¡Te adoro!

—Soy obediente.

—Por eso
vives ya tan consentida.

—Un beso...

—Toda mi vida
te mando con este beso.

Pasaban a la sazón,
varias gentes por la acera,
y al oír de tal manera
cortar la conversación,
nos juzgan pechos de lava
que latén de amor en pos,
y dicen: "¡Vaya! ¡Son dos
que están pelando la pava!"

JUAN DE DIOS PEZA.

MI PADRE

Yo tengo en el hogar un soberano,
único a quien venera el alma mía;
es su corona de cabello cano,
la honra su ley y la virtud su guía.

En lentas horas de miseria y duelo,
lleno de firme y varonil constancia,
guarda la fe con que me habló del cielo
en las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscripción y la tristeza
en su alma abrieron incurable herida;
es un anciano y lleva en su cabeza
el polvo del camino de la vida.

Ve del mundo las fieras tempestades,
de la suerte las horas desgraciadas,
y pasa, como Cristo el Tiberíades,
de pie sobre las ondas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores,
y sólo en el deber sus ojos fijos,
recoge espinas y derrama flores
sobre la senda que trazó a sus hijos.

Me ha dicho: "A quien es bueno, la amargura
jamás en llantos sus mejillas moja;
en el mundo la flor de la ventura
al más ligero soplo se deshoja.

"Haz el bien sin temer el sacrificio,
el hombre ha de luchar sereno y fuerte,
y halla quien odia la maldad y el vicio
un tálamo de rosas en la muerte.

"Si eres pobre, confórmate y sé bueno;
si eres rico, protege al desgraciado,
y lo mismo en tu hogar que en el ajeno
guarda tu honor para vivir honrado.

"Ama la libertad, libre es el hombre,
y su juez más severo es la conciencia;
tanto como tu honor guarda tu nombre,
pues mi nombre y mi honor forman tu herencia."

Este código augusto, en mi alma pudo
desde que los escuché, quedar grabado;
en todas las tormentas fué mi escudo,
de todas las borrascas me ha salvado.

Mi padre tiene en su mirar sereno
reflejo fiel de su conciencia honrada;
¡cuánto consejo cariñoso y bueno
sorprendo en el fulgor de su mirada!

La nobleza del alma es su nobleza
la gloria del deber forma su gloria;
es pobre, pero encierra su pobreza
la página más grande de su historia.

Siendo el culto de mi alma su cariño,
la suerte quiso que al honrar su nombre,
fuera el amor que me inspiró de niño
la más sagrada inspiración del hombre.

Quiera el cielo que el canto que me inspira
siempre sus ojos con amor lo vean,
y de todos los versos de mi lira
éstos los dignos de su nombre sean.

JUAN DE DIOS PEZA.

BALADA DE LA MOSCA

Yo soy la mosca azul. La primavera
pintó mis alas de color de cielo;
nacida en un rosal de la ribera,
una tarde de abril tendí mi vuelo.
Vengo toda impregnada del perfume
de la flor que en el prado se consume
y de la suave brisa que murmura,
refresca a la pradera que se abrasa
y luego va a perderse en la espesura.
—Pasa, pasa.

Yo soy la mosca verde. Los ardores
del estío que quema me engendraron.
Mi ser lo formó el polen que las flores
al céfiro fugaz abandonaron.
Soy el incesto del amor fecundo
que eternamente vivifica al mundo.
De la pasión la llama quemadora,
cuando me acerco, al corazón afluye.
Yo de la vida soy generadora.
—Huye, huye.

Yo soy la mosca negra. Díome vida
la descomposición de un organismo,
y con una atracción desconocida
me atrae de la muerte al hondo abismo.

Soy incesto fatídico que zumba
en las abiertas fauces de la tumba.
Voy del anfiteatro al cementerio
do el gusano roedor se multiplica.
Yo te daré la muerte en el misterio.
—Pica, pica.

MANUEL PUGA Y ACAL.

BALADA DE LA MUERTE

Cuando, ya muerta mi ilusión postrera,
en mi pecho le abrí su tumba helada,
una noche llegó a mi cabecera
la misteriosa y pálida enlutada.

Mi corazón se estremeció al sentirla,
pero aunque ella, inclinándose, muy quedo,
“Soy la muerte”, me dijo; yo, al oírla,
ni tristeza sentí, ni sentí miedo.

“Yo soy tu último amor. Juro adorarte
—dijo al besarme con su beso frío—;
tuya, tuya he de ser; no he de dejarte;
quiero que seas para siempre mío.”

Yo la quise estrechar contra mi pecho,
para gozar de sus caricias todas;
pero ella dijo, huyendo de mi lecho:
“Esperemos que pasen nuestras bodas.”

Y las noches así fueron pasando,
y la fiebre avivando mi quimera,
yo siempre preguntándola: “¿Hasta cuándo?”
Ella diciendo siempre: “Espera..., espera.”

Pero, por fin, cedió la calentura,
y una noche (mi alma acongojada,
no ha sentido jamás tanta amargura),
ya no volvió la pálida enlutada.

Y al mirar que la muerte no ha tornado
al lecho en que la espero hora tras hora,
pienso que, cual las otras, me ha dejado,
porque es también mujer y engañadora.

MANUEL PUGA Y ACAL.

DANZA DE GUESHAS

Una guesha de tocado recogido con prolijas elegancias, templa y templa sonriendo el oriental Chamicén de largo cuello, piel de gato y tres clavijas, que batido con el plectro lanza notas de metal.

Y otra guesha de quimono recamado de linternas, y obi excelso, que reluce cual magnífico tisú, borda un baile de posturas, ora crueles, ora tiernas, que en gentil escorzo doblan su cintura de bambú.

Mientras la una guesha baila, la otra guesha tañe y canta, y suave como el zumbo de un insecto es la canción que monótona desliza del panal de su garganta, evocando los idilios y los triunfos del Japón.

Los altivos samurayes y los daimios arrogantes otro tiempo las oyeron apurando verde té, y admiraron sus vestidos y sus cintos coruscantes al través de las doradas transparencias del saké.

EFRÉN REBOLLEDO.

VOTO

Destaparé mis ánforas de esencia
y prenderé mis candelabros de oro,
cuando la diosa pálida que adoro
llene mi soledad con su presencia.

En su pelo de blonda refulgencia
y en su labio odorífico y sonoro
hay el fulgor de un candelabro de oro
y el perfume de un ánfora de esencia.

Vendrá con su ropaje de inocencia.
y hostigando mi ardor con su decoro,
pero, al fin, gozaré de su opulencia
en medio de mis ánforas de esencia
y de mis ardientes candelabros de oro.

EFRÉN REBOLLEDO.

DE GOYA

Tu debes ser, morena, de Sevilla,
bailar jotas al ritmo del pandero,
y ser la maja novia de un torero
que busque en el tendido tu mantilla.

Debes mojar en rubia manzanilla
tu labio mentiroso y hechicero,
y hacer ostentación de tu salero
entonando la alegre seguidilla.

Debes oír, si sales a tu reja,
el son de la guitarra que se queja
de desdén en su idioma de sollozos.

Y terciado el mantón, crujiente y rico,
pasar sobre las capas que los mozos
extienden a tus pies en abanico.

EFRÉN REBOLLEDO.

A UNA RUBIA

Tisúes y crespones soberanos
se unen para formar tu blondo pelo,
y se antoja de suave terciopelo,
según es fino el dorso de tus manos.

Tus pestañas hilaron los gusanos
de seda con solícito desvelo,
y son tus ojos zarcos como el cielo,
cual los montes cerúleos y lejanos.

El encanto sutil de la Gioconda
vaga en tus labios hechiceros, de honda
seducción tus pupilas están llenas,

finge un toque de luz tu ceja flava,
y siendo del país de las morenas,
pareces una diosa escandinava.

EFRÉN REBOLLEDO.

SALUTACIÓN AL ROMERO

"Caminas por el prado, que está de primavera
y, ciego, ¿no contemplas sino el radioso vano?
¿Adónde, adónde, ciego, conduces la carrera
alzando a Dios las palmas que llevas en la mano?

"Ciego del mundo y sabio para mirar el cielo,
sueñas el alma por donde los astros van,
como en la noche obscura, por el Monte Carmelo,
erraba, libre, el alma del místico San Juan.

"La tierra estaba verde, el cielo estaba rosa,
y, lejos, en el cielo, fulguraba una cruz.
Pasaste tú, romero, y no mirabas cosa
sino, en el cielo, la maravillosa luz.

"¿Andabas por el prado que está de primavera,
y, ciego, no miraste sino el radioso vano?
¿Adónde, adónde, ciego, llevabas la carrera,
alzando a Dios las palmas que ofrecía tu mano?

"A mí que, donde piso, siento la voz del suelo
¿qué me dices con tu silencio y tu oración?
¿Qué buscas con los ojos fatigados de cielo,
más alto que la vida y sobre la pasión?

"Romero: en el crepúsculo vuelan los serafines,
en la dorada luz te borras para mí.
Tu alma y el crepúsculo se mezclan, por afines,
y en la tarde tu lámpara arde como un rubí.

"La sacrosanta lámpara donde quemar perfumes;
la de alumbrar, nocturna, la trabajosa senda,
la que ha de velar por ti, cuando te abrumes
en medio de la noche azul, bajo la tienda."

El romero, que estaba en medio de la tarde,
me mira silenciosamente, con claridad:
yo no veo en sus ojos mentira ni alarde,
sino la inmóvil luz de la fatalidad.

La lumbre de la tarde se apaga. Raudo giro
de imperceptibles pájaros vibra con suave son.
Y un grito, y un sollozo, y un canto, y un suspiro
se ahogan en la tarde como en mi corazón.

ALFONSO REYES.

CANCIÓN BAJO LA LUNA

Ellas van coronándose de flores y de espigas;
nosotros dialogando de amor y de fortuna;
y sobre los cabellos claros de las amigas
¡oh, Alemania romántica de ayer!, brilla la luna.

¡Qué noche cristalina y qué deleite raro!
En hilos de la luna la plática se enhebra,
y es nuestra paz más blanca que un pensamiento claro
arrullado a la margen de un lago de Ginebra.

Y suben grandes olas de sueño y de ventura
en la música sola de aquella soledad;
y el agua de la luz lunar se vierte, pura,
se derrama en el cielo, tiembla en la inmensidad.

¿Habláis de amor, amigas discretas, de fortuna,
de clara paz tranquila como la luz lunar,
oh, románticas bajo la lumbre de la luna,
oh, coronadas sobre el oro del espigar?

Hablan de los poetas rubios de la Inglaterra
y las oímos como se oye un manantial;
parece aquélla un hada, va sin hollar la tierra,
canta un verso de Milton sagrado y musical.

Otras al lejos danzan unidas de los brazos,
al ritmo de los versos, de la hojarasca al son,
otra sueña en Ofelia: guirnalda teje, y lazos
de rosas, y, hecha pájaro, se disuelve en canción.

¡Oh, pero la que lleva una estrella en la frente,
sueños de luz, aromas de paz, oh luna, oh luz!
¡Oh, la que lleva una estrella resplandeciente,
y tembloroso el pecho y los brazos en cruz!

¡Oh, no, proclama, amigas; oh, no más, por mi vida!
Ni Ofelia, ni Cordelia, ni Lancelot, ni Childe
Harold... ¡Oh noche, oh luna! Yo sigo suspendida,
sí, suspendida al blanco cuello de mi Oscar Wilde.

ALFONSO REYES.

A MI MUSA

La dulce luz que en tu semblante impera
bajo el oro triunfal de la cimera
de tu rubia y flotante cabellera,
le dice a mi alma que se angustia: "espera".

Cuando me canso de pisar abrojos
y en sangre generosa los pies rojos,
ante el mal de la vida siento enojos,
"lucha", me dicen tus serenos ojos.

Las lindas manos con que me refrenas,
las breves manos con que me encadenas,
más casta que las níveas azucenas,
"vence", me dicen, de ternura llenas.

Si he de esperar, ha tiempo que ya espero;
si he de luchar, lo haré como un guerrero;
si he de vencer, seré pronto el primero;
pero dame tu amor, por el que muero.

JOSÉ PABLO RIVAS.

QUIEN ME DIERA PODER ENTRE LOS HOMBRES

Quién me diera poder entre los hombres
pasar inadvertido,
sin el amor de los hinchados nombres,
mansamente, sin ruido,
de las mundanas pompas escondido.

Quién me diera el cruzar libre y obscuro
por la florida vega,
gozando, a solas, del ambiente puro
que con las flores juega
y en ondas sanas la campiña anega.

Libre y obscuro, como zumba el viento
por las sonantes cañas;
y no gemir bajo el atroz tormento
de estas fiebres extrañas,
que muerden como buitres mis entrañas.

¡Oh genio! ¡Aciago don! ¡Triste trofeo!
¡De la paz enemigo!
¡Peñón en que se agita Prometeo!
¡Irás siempre conmigo;
a la par que mi gloria, mi castigo!

JOSÉ PABLO RIVAS.

CABEZA, NIDO DE MIS ANSIAS LOCAS

Cabeza, nido de mis ansias locas,
alcázar de quiméricos ensueños,
confuso caos de imágenes y formas,
volcán de pensamientos.

Corazón, mundo inmenso de pasiones,
abismo de tristezas y deseos,
gigante lira que, sumisa y dócil,
vibra a todos los vientos.

Cabeza soñadora y vagabunda
que agitas con tus ráfagas mis nervios,
y despeñas mi espíritu y lo abrumas
como corcel sin freno.

Corazón arrogante y generoso
que abrazas mis entrañas con tu fuego,
y vas dejando por mi senda triste
palpitantes fragmentos.

Cabeza y corazón, ¡verdugos míos!:
¡libradme, por piedad, de vuestro peso!
¡Sois una carga demasiado grande
para mi pobre cuerpo!

JOSÉ PABLO RIVAS.

UN RECUERDO

Es un recuerdo dulce, pero triste,
de mi temprana edad;
mi madre me llevaba de la mano
por la orilla del mar.

Alzábanse las sombras de la tarde
como pardo cendal,
y a gritar comenzaba en la cañada
el huaco pertinaz.

Cantaban los turpiales en el bosque
con dulce suavidad,
los penachos del mangle caballero
agitaba el terral.

Y de la selva entre los verdes musgos
se adormecía el caimán,
y bajaban los peces a sus nidos
de concha y de coral.

Zumbaban los insectos en el bosque
en su continuo afán,
y en medio a los rumores, dominando
los tumbos de la mar.

Mas de improviso, atravesando el viento,
escuchóse fugaz
de las campanas de la aldea vecina
tañido funeral.

Detúvose mi madre, y en silencio
la contemplé rezar,
y de llanto llenáronse sus ojos
y se inmutó su faz.

—¿Por qué lloras, mi madre?—la decía
con dulce ingenuidad,
y ella me contestó dándome un beso:
—Es preciso llorar.

Que con lúgubre toque las campanas
anunciándome están
que un hombre, como todos, de esta vida
pasó a la eternidad.

—¿Y tú te has de morir?—la dije entonces,
¿tu amor me faltará?
Y ella, sin contestar, no más lloraba,
y yo lloraba más.

Sobre su seno recliné mi rostro,
y ella con dulce afán
enjugando mis lágrimas decía:
—Vamos, ya está, ya está.

Pocos años después perdí a mi madre:
no ceso de llorar
y en sueños la contemplo cada día;
del cielo viene ya.

Llega y se acerca hasta tocar mi frente
su rostro celestial,
y con acento tierno me repite:
—Vamos, ya está, ya está.

VICENTE RIVAS PALACIO.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1155 E. 58th Street, 3rd Floor
Chicago, IL 60637
Tel: 773-936-5000
Fax: 773-936-5001
www.library.uchicago.edu

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1155 E. 58th Street, 3rd Floor
Chicago, IL 60637
Tel: 773-936-5000
Fax: 773-936-5001
www.library.uchicago.edu

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1155 E. 58th Street, 3rd Floor
Chicago, IL 60637
Tel: 773-936-5000
Fax: 773-936-5001
www.library.uchicago.edu

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1155 E. 58th Street, 3rd Floor
Chicago, IL 60637
Tel: 773-936-5000
Fax: 773-936-5001
www.library.uchicago.edu

A MEDIA NOCHE

¡Suenan las doce! Alegre movimiento
responde a las sonoras vibraciones,
y músicas y gritos y canciones
lleva en sus ondas presurosas el viento.

¡Un año terminó! Surge el momento
que arrastra los ignotos eslabones
de otro año que, preñado de ilusiones,
contempla en su delirio el pensamiento.

Y mientras tanto, el tiempo inexorable
las horas de su reino desprendidas
arroja en el abismo inescrutable.

Donde van las edades confundidas;
y en su carrera sigue infatigable
sembrando cunas y segando vidas.

VICENTE RIVAS PALACIO.

SIN PALABRAS

Aquella tarde floreció en mi alma
todo un jardín de dulces agonías...

Ella estaba a mi lado, dulcemente
matándome de amor. Algo sin nombre
sentíamos vivir dentro nosotros,
llorando en nuestro ser. Ella callaba
con un silencio amargo. Yo veía
sus ojos y después miraba al cielo,
y sus ojos y el cielo estaban tristes,
como todas las grandes lejanías.
El bosque estaba mudo, ni un latido
se escuchaba en las frondas. Solamente
el palpitar cansado
de nuestros dos cansados corazones
sonaba en la quietud de la arboleda
como un ritmo lejano de la vida...
Fué cuando el dulce otoño:
cayó una hoja silenciosamente,
la miramos caer... y en el momento
en que el suelo tocó, moduló el aire
una de esas historias sin palabras
que se oyen una vez y no se olvidan...

Y luego se buscaron nuestros ojos,
y aunque estaban henchidos de preguntas,
¡callábamos... callábamos... callábamos...!

De pronto se escapó de la arboleda,
forzando el vuelo, un pájaro. ¡Tenía
un ala rota!... Fatigosamente
alcanzó la más próxima montaña,
y allí cayó. Su canto entristecido
se dilató en los aires. ¡Era el último!
Fué un cantar misterioso el que escuchamos
venir de la montaña. En él había
todas las dulcedumbres del recuerdo
cantadas con el canto de la muerte:
la fronda, el nido, el césped, la fontana,
los espacios, las ricas sementeras,
y los granos de trigo, y los rastros,
y hasta aquellos labriegos que veía
mañana tras mañana ir a los campos
a consumir sus fuerzas santamente.

Murió el ave... ¿Qué mano y cual saeta
la mataron?... ¿No es ley que toda ala
se ha de romper?... Mirábamos la cumbre,
ella y yo al mismo tiempo... Era un sepulcro...

Se buscaron después nuestras miradas,
y aunque estaban henchidas de preguntas,
¡callábamos... callábamos... callábamos...!

En la serenidad de aquella tarde
el "ángel" lloró lejanamente,
lejanamente... El sol llegó a su linde
y se fué como un héroe desterrado.

Su postrero fulgor tembló en las cumbres,
y en aquellas en que el pájaro muriera
puso como una ráfaga de sangre...
Después se apagó todo...: en el espacio
se difundió el crepúsculo...; caía
en la naturaleza como un duelo
sin esperanza... Y todo estaba triste,
y todo estaba pálido, y en todo
había como un algo fugitivo,
algo que se borrara, que se iba...
¡En todo!... en nuestro mismo pensamiento
y en la faz dilatada de las cosas!
Ella juntó sus manos con mis manos,
miré a sus ojos, y sentí en los míos
toda la eternidad que vi en los suyos.
Todo callaba... Y todo parecía
que se estaba muriendo... ¡Hasta nosotros!

Nos alzamos, y entonces nos sentimos
dos jirones de aquel mismo crepúsculo,
dos sombras solamente de las muchas
en que la naturaleza es envolvía.
Dos sombras... Y emprendimos nuestra marcha,
y otra vez se encontraron nuestros ojos,
y aunque estaban henchidos de preguntas,
¡callábamos... callábamos... callábamos...!

LUIS ROSADO VEGA.

PUESTO EN TI MI PENSAMIENTO

A la dulce emoción de tu presencia,
emigrará mi espíritu hacia el tuyo,
y si nota eres tú, yo seré arrullo,
y si lira eres tú, seré cadencia.

Seré un vaso de amor si eres esencia;
si brisa matinal, seré murmullo,
y raudo colibrí, si eres capullo
que se abre en el vergel de mi existencia.

Si eres ala gentil, yo seré vuelo;
onda suspiradora, si eres río,
y pálido cendal, si tú eres bruma;

arrebolada nube, si eres cielo,
y cálido vapor, si eres rocío,
y encaje de cristal, si eres espuma.

LUIS ROSADO VEGA.

ESTA ES UNA LLUVIA TRISTE

Llueve... Esta tarde parece
que se va a morir la tierra,
que se va a morir de una
inmensurable tristeza.

Llueve... Estoy solo en mi estancia
y estoy solo con mi pena.
El cielo está gris; la lluvia,
llorando, monologea.

Una banda de recuerdos,
como una de aves viajeras,
se me ha metido en el alma
hablando de cosas viejas.

Llueve... Estoy solo en mi estancia,
cercado de cosas muertas:
una carta y un retrato,
y unas difuntas violetas,
y un amor que se parece
a este ramo de violetas...
Llueve... Esta tarde parece
que se va a morir la tierra.

LUIS ROSADO VEGA.

CONJUNCIÓN

La noche es diáfana. Son
"las doce y sereno". Y
(¡do, re, mi, fa, sol, la, sí!)
canta su vieja canción
el parroquial carrillón...

Un vecino se despierta
y echa el cerrojo a la puerta...
Ladra un can... Un gallo, alerta,
canta... Grita una lechuza...
Y por la plaza desierta
Pierrot, sonámbulo, cruza.

La súbita aparición
tiene una gracia oportuna:
¡une al blanco de la luna
el blanco de su ropón!

Entre la noche adelanta
posando apenas la planta:
¡parece que no gravita,
por la virtud infinita
que su espíritu suscita
y su carne solivianta!

Y al hacer un ademán
simple de desperezarse,
sus brazos abiertos van,
como alas, a remontarse!

Mas, al llegar a este punto,
Pierrot despierta aturdido
y de las alturas baja:
a su cara de difunto
y a su aspecto de mortaja
ladra un can despavorido.

... ..

Después de largo rodeo
que ha dado para venir,
en un banco del paseo
Pierrot se acuesta a dormir.

La noche estrellada es una
tibia cámara nupcial,
y en aquella hora oportuna
¡se entrega a Pierrot la luna
en un abrazo inmortal!

SAMUEL RUIZ CABAÑAS.

LA CANCION DE LOS AMIGOS

Este me da su alegría
y aquél me da su consejo...
¡Viva la sabiduría
del fragante vino añejo!

(Una frecuencia de trato
que se hace habitualidad
por la espiritualidad
de compartir vino y plato
en alegre vecindad.
fué el origen inmediato
de nuestra franca amistad.)

Y vínculo indestructible
es nuestra árabe pereza
y este amor inextinguible
por el Arte y la Belleza.

Y con nuestro epicureísmo,
nuestro desdén por lo actual
y el pecado de hablar mal
de todos y de uno mismo.

Devoción de camaradas
que nos resarce y nos premia
de las desdichas pasadas;
¡oh las horas encantadas
de nuestra libre bohemia!

No somos terratenientes,
ni habemos áureo caudal,
ni hacemos cuentas corrientes
con el Banco Nacional.

Mas no sufrimos querellas
de fortuna, por tener
tesoros extraordinarios:

¡la luna, el sol, las estrellas
y un corazón de mujer!

(Somos multimillonarios,
según se ha podido ver.)

¡Olor de rosa y laurel!

¡Amor, gloria, juventud!

¡Bienaventurado aquel
que no piensa en su ataúd!

SAMUEL RUIZ CABAÑAS.

LA CANCIÓN

Yo he vivido mis horas lo mejor que he podido.
No ambicioné riquezas, ni fama, ni laurel;
he procurado siempre dar mi pena al olvido
y, al igual que la abeja, fabriqué rubia miel.

Nunca me hirió la envidia con sus dardos agudos;
jamás el bien ajeno dióme sabor de hiel,
ni del remordimiento sentí los fuertes nudos,
porque fui generosa, consoladora y fiel.

Un día por mi lado cruzó la dicha. Ansiosa,
tendí las manos; pero, cual leve mariposa,
su vuelo alzó ligera, burlando mi inquietud.

Yo la miré perderse bajo el sol abrileno,
y erguida en los divinos mirajes del ensueño,
hilé otra vez mi dulce canción de juventud...

ROSARIO SANORES.

LA CANCION DE LA VIDA VULGAR

Mi existencia no tiene nada de extraordinario:
no registran las hojas vulgares de mi diario
ni un suceso anormal.
¡Oh, mi vida uniforme, monótona, cansada,
donde no ocurre nada
sensacional!

Mis horas son lo mismo que cuentas engarzadas,
todas igual, labradas
en un largo collar.
¡Ni un amor de tragedia que mis nervios sacuda,
ni una caricia ruda
que me hiciera gritar!

Vigilantes mis ojos están abiertos, para
atisbar, cuando cruce, la visión dulce y rara
de la emoción fugaz...
Pero no llega nunca, y en la tarde dormida,
con un largo bostezo, le reprocho a mi vida
su paz...

ROSARIO SANSORES.

VIEJO AMIGO DOLOR

Viejo amigo Dolor, hoy has venido
de nuevo a visitarme.
Era larga tu ausencia, y has querido
venir a consolarme.

Viejo amigo Dolor, ya te extrañaba,
que la dicha es monótona y vacía.
¿Cuándo vendrá?, pensaba,
y, aguardando tu vuelta, sonreía.

¡Pero ya estás aquí! Pálido y grave
llegaste a mí. Con tu mirada suave
me llenaste de sombras las pupilas.

Y temblando en mis párpados, radiosa,
quedó la breve lágrima ardorosa
que prendieron tus manos intranquilas.

ROSARIO SANSORES.

MI CUMPLEAÑOS

Hoy, al romper la hojita blanca del calendario,
recordé con un largo suspiro de ansiedad
los labios de mi madre, que en este aniversario,
al besarme en la frente, me contaban la edad.

Así vi aproximarse mis quince primaveras.
¡Oh, mis sueños de entonces como un bello zafir!);
Después mis veinte, plenos de doradas quimeras;
luego mis treinta...; ahora, ¿para qué proseguir?

El breve calendario, con su cruel laconismo,
me dice en la tristeza negra de su guarismo
cómo se van mis bellos años de juventud.

El otoño se acerca, y en la fresca mañana,
presintiendo las sombras de la noche cercana,
se han llenado mis ojos de una extraña inquietud.

ROSARIO SANSORES.

PLAYERAS

Baje a la playa la dulce niña;
perlas hermosas le buscaré;
deje que el agua, durmiendo, ciña
con sus cristales el blanco pie.

Venga la niña risueña y pura;
el mar su encanto reflejará,
y mientras llega la noche oscura,
cosas de amores le contará.

Cuando en Levante despunte el día,
verá las nubes de blanco tul,
como los cisnes de la bahía,
rizar, serenos, el cielo azul.

Enlazaremos a las palmeras
la suave hamaca, y en su vaivén
las horas tristes irán ligeras,
y sueños de oro vendrán también.

Y si la luna sobre las olas
tiende de plata bello cendal,
oírás la niña mis barcarolas
al son del remo que hiende el mar.

Mientras la noche prende en sus velos
broches de perlas y de rubí,
y exhalaciones cruzan los cielos,
¡lágrimas de oro sobre el zafir!

El mar velado con tenue bruma
te dará su hálito arrullador:
que bien merece besos de espuma
la concha-nácar, nido de amor.

Ya la marea, niña, comienza;
ven, que ya sopla tibio terral;
ven, y careyes tendrá tu trenza,
y tu albo cuello rojo coral.

La dulce niña bajó temblando,
bañó en el agua su blanco pie;
después, cuando ella se fué llorando,
dentro las olas perlas hallé.

JUSTO SIERRA.

JAPÓN

¡Aureo espejismo, sueño de opio,
fuente de todos mis ideales,
jardín que un raro caleidoscopio
borda en mi mente con sus cristales!

Tus teogonías me han exaltado,
y amo ferviente tus glorias todas.
¡Yo soy el siervo de tu Mikado!
¡Yo soy el bonzo de tus pagodas!

Por ti mi dicha renace ahora,
y en mi alma escéptica se derrama,
como los rayos de un sol de aurora,
sobre la nieve del Fusiyama.

Tú eres el opio que narcotiza,
y al ver que aduermes todas mis penas,
mi sangre—roja sacerdotisa—
tus alabanzas canta en mis venas.

¡Canta!, en sus cauces, corre y se estrella
mi tumultuosa sangre de Oriente,
y ese es el canto de tu epopeya,
mágico Imperio del Sol Naciente.

En tu arte mágico—raro edificio—
viven los monstruos, surgen las flores:
es el poema del Artificio
en la Obertura de los colores.

¡Rían los blancos con risa vana!
Que al fin contemplas indiferente
desde los cielos de tu Nirvana
a las Naciones del Occidente.

Distingue mi alma cuando en ti sueña
—cuadro sombrío y aterrador—
la inmóvil sombra de una cigüeña
sobre un sepulcro de emperador.

Templos grandiosos y seculares,
y en tu pesado silencio ignoto,
Budhas que duermen en los altares
entre las áureas flores de loto.

De tus princesas y tus señores
pasa el cortejo dorado y rico,
y en ese canto de mil colores
es una estrofa cada abanico.

Se van abriendo, si reverbera
el sol y lanza sus tibias olas
los parasoles cual primavera
de crisantemos y de amapolas.

Amo tus ríos y tus lagunas,
tus ciervos blancos y tus faisanes,
y el ampo triste con que tus lunas
bañan la cumbre de tus volcanes.

Amo tu extraña mitología,
los raros monstruos, las claras flores
que hay en tus biombos de seda umbría
y en el esmalte de tus tibores.

¡Japón! Tus ritos me han exaltado
y amo ferviente tus glorias todas.
¡Yo soy el siervo de tu Mikado!
¡Yo soy el bonzo de tus pagodas!

Y así quisiera mi ser que te ama,
mi loco espíritu que así te adora,
ser ese astro de viva llama
que tierno besa y ardiente dora
la blanca nieve del Fusi-yama!

JOSÉ JUAN TABLADA.

ONIX

Torvo fraile del templo solitario
que al fulgor de nocturno lampadario
o a la pálida luz de las auroras
desgranas de tus culpas el rosario...
—¡Yo quisiera llorar como tú lloras!

Porque la fe en mi pecho solitario
se extinguió como el turbio lampadario
entre la roja luz de las auroras,
y mi vida es un fúnebre rosario
más triste que las lágrimas que lloras.

Casto amador de pálida hermosura
o torpe amante de sensual impura
que vas—novio feliz o amante ciego—
llena el alma de amor o de amargura...
—¡Yo quisiera abrasarme con tu fuego!

Porque no me seduce la hermosura,
ni el casto amor, ni la pasión impura;
porque en mi corazón, dormido y ciego,
ha caído un gran soplo de amargura,
que también pudo ser lluvia de fuego.

¡Oh guerrero de lírica memoria
que al asir el laurel de la victoria
caíste herido con el pecho abierto
para vivir la vida de la gloria...
—¡Yo quisiera morir como tú has muerto!

Porque al templo sin luz de mi memoria
sus escudos triunfales la victoria
no ha llegado a colgar, porque no ha abierto
el relámpago de oro de la Gloria
mi corazón obscurecido y muerto.

Fraile, amante, guerrero, yo quisiera
saber qué oscuro advenimiento espera
el amor infinito de mi alma,
si de mi vida en la tediosa calma
no hay un dios, ni un amor, ni una bandera.

JOSÉ JUAN TABLADA.

SOLEDADES

Quería, en la misma flor:
de la de ayer, el aroma;
de la de hoy, el color...

Criterio de mariposa.
Al alma por los sentidos.
Por el perfume, a la rosa.

¿Cómo podía expresar
con la palabra—¡tan lenta!—
el corazón, tan fugaz?

Amaba el agua en la fuente.
Pero más en el arroyo.
Pero más en el torrente.

Su manera de ser rubia:
la de una tarde con sol
que se peinara en la lluvia.

JAIME TORRES BODET.

LA SOMBRA

Sol de otoño en las bardas del sendero,
¿por qué alargas mi sombra
del lado en que principian
a cansarse las rosas?

Y tú, luna de invierno,
si voy a media noche por la costa,
¿por qué me echas al mar y me destrozas
en los espejos de las olas rotas?

En vano en lo más alto de las rocas
detengo el paso. En vano alzo la frente
y toco al fin las aspas de la aurora...
¡Que cuanto más mi cuerpo se levanta,
más mi sombra se ahoga!

JAIME TORRES BODET.

LA ESCUELA

El día de ayer en las aulas del colegio
fueron los alumnos en silencio
del todo en sus pensamientos
a contemplar la muerte.

Y el día de hoy
el día a media noche por la noche
fueron los alumnos en silencio
a contemplar la muerte.

El día de ayer en las aulas del colegio
fueron los alumnos en silencio
y hoy en las aulas de la escuela
fueron los alumnos en silencio
a contemplar la muerte.

¡Qué escuela es esta!

LA ELEGÍA DE MIS MANOS

Manos, mis pobres manos, instrumento
de una voluntad frágil, de un dolido
corazón y de un loco pensamiento.
Manos, mis pobres manos, que a la clave
del porvenir obscuro se han tendido
—tal como vuela al horizonte el ave—
en busca de ideal y de esperanza,
de fe, sueño y amor; manos que han sido
enemigas del odio y la venganza.
¡Oh manos de estructura femenina,
que son la herencia de una raza fina,
de cuyo arte magnífico y bizarro
ofrecen arqueológicos ejemplos,
la curva de sus ánforas de barro
y el encaje de piedra de sus templos!

Manos tranquilas, manos laboriosas
que así tocaron, dóciles y buenas,
bien un rosal, sin abatir las rosas,
o un corazón, sin despertar las penas;
y que sufrieron, con gentil desmayo,
la ingratitud, el mal y la mentira,
sin diseñar de la amenaza el rayo
ni conocer el gesto de la ira.

Manos que, con un leve movimiento,
si la ilusión en tacto se transforma,
llevan al insaciable pensamiento
por el mundo infinito de la forma.

Manos que no declaman
la vil comedia, manos que no llaman
al plebeyo motín, ni, en los tumultos,
puñales son que esgrimen los insultos,
ni siervas de las cóleras que braman.
¡Tan hurañas a todos los estragos!
¡Tan dispuestas a todas las justicias!
¡Tan dúctiles a todos los halagos!
¡Tan fáciles a todas las caricias!
¡Nunca su piel morena ha percutido
mancha de Lady Macbeth, delatora!
y, llenas siempre de vital fluído,
curan a un can, levantan a un caído,
y le secan los ojos al que llora,
y bendicen, al pájaro en el nido,
y en el cielo, a la aurora.

¡Oh manos, que en la vida pecadora,
al soñar castidades y ternuras,
fuisteis, en el oculto gineceo,
manos de liviandad, manos impuras
en la fiebre de carne del deseo...
Y que al ir por el mundo todavía,
sonámbulas de bien y de belleza,
aún queréis escribir, día por día,
las voces de una santa poesía
que recuerden mi amor y mi tristeza.
Manos que, en el grotesco
sainete de la humana tontería,

sólo saben trazar el arabesco
de una sutil y plácida ironía...

Ya vuestro ambiente juvenil no es sino
un aire melancólico y adusto,
languidez otoñal que pronto vino
a marchitar vuestra frescura... Es justo...

Ya no os tendéis ansiosas al Destino
para evocar de nuevo el espectáculo
alucinante de un amor divino
y andáis temblonas, cual pidiendo un báculo
que apoyar en las piedras del camino.

Cúmplase la sentencia del oráculo
que vió la delirante Quiromancia
en vuestras líneas... Cúmplase la suerte
que abreviará, en silencio, la distancia
que va de los jardines de la infancia
a los pálidos mares de la muerte.

Y queréis reposar manos... Ya pronto
se apagará la luz en mi tramonto.
Y entonces, en la sombra del olvido,
desnudas de joyeles y esperanzas,
descansaréis, por fin. ¡Manos que han sido
enemigas del odio y la venganza!

Y por vuestras sensuales alegrías,
y por vuestras piadosas intenciones,
y por vuestras dolientes agonías,
y por vuestros impulsos, manos mías,
de limosnas y de consolaciones;
por los vasos de todas las orgías,
y el saludo de todos los cariños;

por las sabidurías
de mover fangos sin manchar armiños,
de ser castas y ser voluptuosas
y de los senos erigir las rosas,
y acariciar la frente de los niños;
por la virtud como por la torpeza,
por la maldad como por la pureza,
por la dulzura con que habéis tocado
el universo azul de la Belleza;
por todos los consuelos que habéis dado,
por todas las caricias que habéis hecho,
por vuestro afán y por vuestra fatiga,
cuando yo duerma en el mortuorio lecho
¡que haya una mano amiga
que suavemente os junte, que os bendiga,
y que os extienda en cruz sobre mi pecho...

LUIS G. URBINA.

DE REMBRANDT

I

... Sí, pobre amiga, prefirió el obscuro
rincón de su taberna, del que un día,
ebrio a la vez de vino y poesía,
se alzó tambaleante e inseguro:

Hincó la mano trémula en el muro,
sacudió la cabeza, hosca y bravía,
y pasó por sus ojos todavía
la luz de un verso misterioso y puro.

Fué un soñador neurótico y divino,
que alumbró el matorral de su locura
con la lámpara de iris de Aladino,

y prefirió a tu amor y a tu hermosura
la embriaguez luminosa de su vino,
su viejo vaso y su taberna oscura.

II

Tú muchas veces le llamaste. En vano
apareció en su noche tu belleza,
y se inclinó tu palida cabeza
hasta besar el dorso de tu mano.

Tu frenesí le pareció liviano;
tu desnudez olímpica, impureza;
y se volvió a mirar a la tristeza,
y a sonreír al Ideal lejano.

Se puso en pie para morir y quiso
como inviolada nieve de la altura
mostrar su sueño, blanco e impreciso;

y prefirió al amor y a la ternura,
su artificial y ardiente paraíso
su viejo vaso y su taberna oscura.

LUIS G. URBINA.

MADRIGAL ROMANTICO

Era un cautivo beso enamorado
de una mano de nieve, que tenía
la apariencia de un cirio desmayado
y el palpitar de un ave en agonía.
Y sucedió que un día,
aquella mano suave
de palidez de cirio,
de languidez de lirio,
de palpitar de ave,
se acercó tanto a la prisión del beso,
que ya no pudo más el pobre preso
y se escapó; mas, con voluble giro,
huyó la mano hacia el confín lejano,
y el beso, que volaba tras la mano,
rompiendo el aire, se volvió suspiro.

LUIS G. URBINA.

MAÑANA DE SOL

Palpitan, como alas de pájaros en fuga,
las velas que sacude la brisa matinal,
y el aire, a flor de onda, menudamente arruga
la seda azul, tramada de estambre de cristal.

De la dorada costa la placidez subyuga,
y tiene el viento puro delicadeza tal,
que al refrescarme el rostro, parece que me enjuga
las lágrimas pueriles el beso maternal.

Una bandada de aves por los espacios sube;
decora la brillante blancura de la nube
y mancha el inviolado zafir de la extensión.

Y en la solemne calma de estas horas divinas,
esparcen, a lo lejos, dos voces femeninas,
quién sabe qué ternura que moja el corazón...

LUIS G. URBINA.

NUESTRAS VIDAS SON LOS RIOS

...Yo tenía una sola ilusión: era un manso pensamiento: el del río que ve próximo el mar y quisiera un instante convertirme en remanso y dormir a la sombra de algún viejo palmar.

Y decía mi alma: "Turbia voy y me canso de correr las llanuras y los diques saltar; ya pasó la tormenta; necesito descanso, ser azul como antes y, en voz baja cantar."

Y tenía una sola ilusión tan serena que curaba mis males y alegraba mi pena con el claro reflejo de una lumbre de hogar.

Y la vida me dijo: "¡Alma, ve turbia y sola, sin un lirio en la margen ni una estrella en la ola a correr las llanuras y a perderte en el mar."

LUIS G. URBINA.

EN LA NOCHE

¡Ay! roto ya de la esperanza el broche,
ansié la muerte, la busqué yo mismo;
y a las negras orillas del abismo,
me habló Jesús en medio de la noche.

Alada brisa que en la sombra salta,
me dijo así su voz: "Aliento cobra,
valor para la muerte es lo que sobra,
valor para la vida es lo que falta."

Y un estremecimiento entre el follaje
(de hojas y aves) murmuró a mi oído
las notas de un cantar nunca aprendido
en las largas etapas del viaje.

Y en reversión hacia la edad primera,
a la voz inefable del maestro,
escuché en mi redor el Padre Nuestro
que repetía la Natura entera.

No fué su voz la dura del reproche,
sino dulce de amor y de ventura;
así en mis fuertes horas de amargura
me habló Jesús en medio de la noche.

JESÚS E. VALENZUELA.

UNA CANCIÓN

Era dorada a fuego
de amor
Ninón.
Tenía luz y vida
de flor
y sol.
Eran de pajarito
primor
y voz.
Sus quince años lucían
Palor
de Orión.
Y sus cabellos rubios
color
de sol.
Ibamos por la vida
de amor
los dos.
Como palabra y eco,
rumor
y voz.
Y como era muy bella
y yo
no soy

Sino algo que camina
sin ton
ni son.

Dejéla que partiera
en pos
del sol...

Y un poco me ha dolido
el co-
razón.

JESÚS VILLALPANDO.

AMPLIFICACIONES

En el cuarto del pueblo,
fantástico y desnudo,
amarillo de luz de vela,
sobrecogido,
mis sienes dan la hora
en no sé qué reloj
puntual y eterno.

La soledad se agranda
como las sombras
en la sábana del muro
como las caras de ayer
asomadas para dentro
en el marco de sus ventanas.

Y el silencio se mueve
y vibra
en torno de la llama blanda,
como el ala—¿de qué presagio?
¿de qué insecto?—que acaricia,
que enfría, que empequeñece.

XAVIER VILLAUERRUTIA.

AIRE

El aire juega a las distancias:
acerca el horizonte,
echa a volar los árboles
y levanta vidrieras entre los ojos y el paisaje.

El aire juega a los sonidos:
rompe los tragaluces del cielo,
y llena con ecos de plata de agua
el caracol de los oídos.

El aire juega a los colores:
tiñe con verde de hojas el arroyo
y lo vuelve, súbito, azul,
o le pasa la borla de una nube.

El aire juega a los recuerdos:
se lleva todos los ruidos
y deja espejos de silencio
para mirar los años vividos.

XAVIER VILLAURRUTIA.

LA ORACIÓN DE LA NOCHE

Aromas inefables de un dorado crepúsculo.
La tarde silenciosa se aduerme en las montañas.
El jardín yace en sombras. Lobreguece. Un minúsculo
soplo de viento ondea. Hace vibrar las cañas.

Muestra el río la garra soberbia de su músculo
y su brazo de azogue se hunde en las entrañas
del paisaje. En la aguja violácea del crepúsculo,
vago jirón de ensueño enhebra sus pestañas.

En la niebla impalpable, bajo el polvo de plata
de la noche estrellada, el hogar es un canto
y abre a los cuatro vientos sus ojos escarlata.

El silencio se aduerme en la paz infinita
de la sombra impregnada de misterioso encanto.
Y la noche, en el campo, sueña y reza contrita.

JESÚS ZABALA.

MEXICANA

En la pauta sonora del campo,
bajo el disco de cobre del sol,
vibra el áureo maizal como un lampo
de luz tornasol.

El labriego se tiende a la sombra
de un mezquite después de yantar.
Un sarape le sirve de alfombra.
¡El cielo es un mar!

La montaña se yergue bravía
cual penacho de oro y añil.
Silba un tren. En la flama de día
se incendia el reptil.

JESÚS ZABALA.

YO BENDIGO LA MUERTE

La muerte es consecuencia natural de la vida.
La vida es una rosa, la muerte es un gusano.
El gusano y la rosa son la vara florida
que a los muertos descorre el velo del arcano.

Si la vida es hermosa, es más bella la muerte.
La muerte nos libera de todos los dolores...
Quien la muerte maldice de seguro no advierte
que hay que limpiar de escoria los más puros amores.

¿Es la tierra el peor o el mejor de los mundos?
(¡Oh los graves problemas insondables, profundos!)
Cada día que pasa la vida se renueva...

Yo bendigo la muerte y bendigo la vida.
Y si la sangre brota de mi punzante herida,
¡una oración al Padre mi corazón eleva!

JESÚS ZABALA.

LA CIGARRA

Hija de Ceres, gala del verano,
despierta la cigarra, el ala tiende ,
y alegre de vivir, rápida hiende
de vibradora luz tórrido oceano.

Ya entre las ramas del sabino cano
el fatigado revolar suspende,
o ya del cacto en la ígnea flor se prende,
que, cual rico joyel, la ostenta ufano.

En el rubio trigal que azul esmalta
el anciano, nos muestra su atavío
el ababol, que en púrpura resalta,

canta el epitalamio del estío,
del alma tierra la pasión exalta,
y muere ebria de aromas y rocío.

RAFAEL ZAYAS ENRIQUE.

PRIMAVERALES

Ya he visto las golondrinas
volver a mi chimenea
pidiendo hospitalidad.
Al pasar por mi ventana
se detienen, y parecen
preguntarme: "¿Cómo va?"

Luego me muestran la prole
que naciera en medio día,
bajo otro cielo, otro sol;
y yo a mi vez les enseño
un rubio niño en mis brazos,
que en el invierno nació.

No temáis al pequeñuelo,
que nunca irá vuestros nidos
insensato a perturbar;
también será amigo vuestro,
y partirá con vosotras,
alegre, migas de pan.

Y cual yo, verá con pena
vuestra partida, el anuncio
del invierno aterrador;
y os dará la bienvenida,
mensajeras del verano,
lo mismo que yo os la doy.

RAFAEL ZAYAS ENRIQUE.

Índice de autores y composiciones.

ACUÑA (MANUEL).—Nació en Saltillo el 27 de agosto de 1849, y murió en México el 6 de diciembre de 1873. En su época se destacó como poeta de brillante inspiración y galanura. Estudió la carrera de Medicina, suicidándose a la edad de veinticuatro años. Su poesía titulada «A Rosario» es popular en toda la América española. Se han publicado varios tomos con sus poesías: Ediciones póstumas.

Nocturno.—A Rosario	pág.	13
Entonces y hoy	—	17

ARGÜELLES BRINGAS (ROBERTO).—Nació en Orizaba, Estado de Veracruz, el 2 de julio de 1875, y falleció en Mixcoac el 1.º de noviembre de 1915. Colaboró en su juventud en la famosa *Revista Moderna*, y perteneció al grupo que publicó la titulada *Savia Moderna*, que fué como una continuación de aquélla. Desempeñó varios empleos públicos, entre otros el de secretario del Museo Nacional. No publicó ningún libro, pero colaboró, además de en las revistas citadas, en otros periódicos importantes de su país.

Fuerza y dolor	pág.	21
Voluntad	—	25

ARMIDA (JOSÉ L.).—Nació en Zacatecas Zacs el 31 de agosto de 1896. Ha colaborado en importantes periódicos de México y ha publicado algunos libros, entre ellos *En Sordina*, *Ave cautiva*, *Breviarium*, *Prosas serenas*, *De la vida que pasa*, *La novia blanca* y *Anfora plena*, su mejor obra. Ha sido muy elogiado por la crítica.

Estados subjetivos	pág.	27
Ve por la vida	—	29

BARRERA (CARLOS).—Contemporáneo. Ha colaborado en importantes periódicos de México y de la América española, habiendo sido juzgado muy favorablemente por la crítica.

De cara al mar	pág.	31
Paisaje subjetivo	—	33

BOLIO (DOLORES).—Poetisa yucateca, que ha colaborado principalmente en periódicos y revistas de su región, destacándose por la delicadeza y sentimiento de sus poemas.

Calendario	pág.	35
Tornasol	—	37

CABRERA (RAFAEL).—Nació en la ciudad de Puebla el 5 de mayo de 1884. Fundó, antes de terminar sus estudios profesionales, en su ciudad natal, la revista literaria *Don Quijote*, con la cooperación de Alfonso G. Alarcón, en la que se han publicado sus principales composiciones. Ha publicado un solo libro, *Presagios*, editado en Puebla en 1912.

Sin palabras	pág.	39
A una sombra	—	41

CASTILLO LEDON (LUIS).—Nació en Santiago Izcuintla, territorio de Tepic, el 17 de enero de 1879. Dirigió, con Alfonso Cravioto, la revista *Savia Moderna*, precursora del Ateneo y sucesora de *Revista Moderna*. Ha sido secretario del Museo Nacional, profesor en la Escuela Preparatoria, diputado en 1912 y director del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología. Es académico de la Academia Mexicana de la Historia y es autor de *Lo que miro y lo que siento*, versos.

El alma de la fuente	pág.	43
Sublunar	—	45

COLIN (EDUARDO).—Nació en la ciudad de México el 19 de junio de 1880. Formó parte de la entusiasta agrupación de jóvenes literatos que fundaron la revista *Savia Moderna*. Estudió Jurisprudencia, obteniendo el título de abogado, habiendo pertenecido a la diplomacia durante breve tiempo, desempeñando el puesto de secretario en las Legaciones Mexicanas de Rusia y España. Ha publicado un libro, *La vida intacta*.

Después de la lluvia	pág.	47
----------------------------	------	----

CRUZ (SOR JUANA INÉS DE LA).—Sor Juana Inés de la Cruz, la llamada *Décima Musa* y la *Monja de México*, nació en San Miguel Repantlo en 1614. Muertos sus padres abrazó la vida religiosa en el convento de San Jerónimo, donde fué un modelo de virtud. La fama de su saber era tal, que todos los virreyes que iban a México querían conocerla, y a veces le consultaban en asuntos graves. Cultivó con buen éxito todos los géneros de la poesía. Contagiada de peste por cuidar a unas atacadas, de ella murió en su convento el 17 de abril de 1695.

Mi retrato.....	pág.	49
Redondillas	—	51

DÁVALOS (BALBINO).—Nació en la ciudad de Colina el 31 de marzo de 1866. Fué colaborador de la *Revista Azul* y otro periódico de aquella época. Estudió leyes y obtuvo el título de abogado, ingresando en 1905 en la carrera diplomática, habiendo desempeñado importantes puestos en la Embajada México de Wáshington y en las Legaciones de Londres y Portugal. Ha publicado tres obras: *Ensayo de crítica Literaria* (1901), *Los grandes poetas norteamericanos* (1901) y *Las ofrendas* (poesías), sin fecha.

Mis versos van siendo viejos	pág.	55
Entonces	—	57

DELGADO (JUAN B.).—Nació en Querétaro, y falleció en México el año 1929. Ha sido diputado al Congreso de la Unión, secretario particular del vicepresidente Pino Suárez, cónsul general en Nicaragua (1908), desempeñando después varios cargos diplomáticos en Roma, Madrid, Guatemala, Honduras, El Salvador y Colombia. Fué ministro plenipotenciario en Nicaragua. Autor de numerosos libros, entre los que se destacan los titulados *París*, *Las canciones del Sur*, *El país de Rubén Darío* y *La rosa encantada*. Era Académico de la Lengua.

La rosa encantada	pág.	59
La visión de los camellos	—	61

DÍAZ MIRÓN (SALVADOR).—Nació en Veracruz el 14 de diciembre de 1853, y falleció en 1928. Es uno de los poetas más grandes de México y uno de los más discutidos. «Su carácter personal, sus duelos y aun sus prisiones—dice un biógrafo suyo—le han creado una especie de personalidad, que

es la que conoce el vulgo; su poesía honda, rica y sabiamente trabajada, es la que le ha valido el aplauso de los inteligentes.» Es autor de tres tomos de poesías, destacándose el titulado *Lascas* (1906).

Música fúnebre	pág.	63
A ella	—	65
Lance	—	67
Deseos	—	69
A Gloria	—	71

ESQUIVEL PREN (JOSÉ).—Contemporáneo. Ha publicado tres tomos de poesías: *Simpliciter* (1922), *La vida en los ojos* (1925) y *Entre el mar y la montaña* (1928). Colaborador en las más importantes revistas de México, y especialmente en los periódicos de Mérida de Yucatán, su ciudad natal.

Balada de la tarde	pág.	75
Demasiado silencio	—	77

ESTEVA (ADALBERTO A.).—Nació en Xalapa, Estado de Veracruz, el 17 de agosto de 1863. Abogado, periodista, diputado al Congreso de la Unión de 1890 al 1912, delegado de las Cámaras Federales de México en las fiestas del Centenario de las Cortes de Cádiz. Fué director del Departamento del Trabajo, en la Secretaría del Comercio e Industria, y después cónsul general de México en España. Ha publicado dos tomos de poesías: *El libro del amor*, con prólogo de Manuel Gutiérrez Nájera, y *El libro azul*, con premio de Salvador Díaz Mirín. También publicó 14 tomos de la conocida obra *Legislación mexicana*, y otros libros de textos para las escuelas del país.

Su última carta	pág.	79
Nox	—	83

ESTRADA (GENARO).—Nació en Mazatlán el 2 de junio de 1887. Hizo sus estudios en las escuelas del Rosario y Culiacán, de Sinaloa, y en el colegio Rosales, del mismo Estado. Periodista en Sinaloa y en la ciudad de México. Corresponsal de guerra en 1911. Secretario y profesor de la Escuela Nacional Preparatoria. Corredor de Bolsa en 1916. Funcionario de 1917 a 1921 en el Ministerio de Industria y Comercio, y desde 1921 en la Secretaría de Relaciones. Después, secretario, encargado del Despacho y director del Archivo Histórico Diplomático Mexicano y de las Bibliografías Mexicanas. Ha publicado *Poetas Nuevos de México* (1916), *Visionario*

de Nueva España, Pero Galín y varios folletos con estudios diversos.

Silencio	pág.	85
Empeño	—	87

FERNÁNDEZ GRANADOS (ENRIQUE).—Nació en la ciudad de México el 4 de junio de 1867. Se inició en las letras desde muy joven, siendo muy elogiado por el ilustre e inolvidable maestro de todos: Manuel Gutiérrez Nájera («El Duque Job»). Usó el seudónimo de «Fernangrana», habiendo colaborado en los más importantes periódicos y revistas del país. Fué empleado de Hacienda, secretario de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española y profesor de Literatura en las Escuelas de Altos Estudios y Preparatoria. Ha publicado 16 libros, entre obras originales y traducciones, destacándose el titulado *Mirtos y Margaritas*, edición definitiva de 1894.

A Heberto	pág.	89
Octubre	—	91

FERNÁNDEZ LEDESMA (ENRIQUE).—Contemporáneo. Sus poesías se han publicado especialmente en revistas y periódicos importantes de la capital mexicana.

Mis ojos van a ti	pág.	93
-------------------------	------	----

FLORES (ESTEBAN).—Contemporáneo. Poeta muy inspirado y elegante. Sus versos se distinguen por su delicadeza y armonía.

De viaje	pág.	97
----------------	------	----

FLORES (MANUEL M.).—Nació en San Andrés Chalchicomula (Estado de Puebla) en 1840. Murió ciego en México el 20 de mayo de 1885. Fué poeta lírico y épico, siendo famosa su *Oda a la patria*, que fué comparada con el célebre *Canto a la batalla de Junín*, del insigne ecuatoriano Olmedo. Publicó varios libros, siendo el mejor de ellos el titulado *Pasionaria*.

Ausencia	pág.	99
Visión	—	101
Mi sueño	—	103

FRÍAS (JOSÉ D.).—Contemporáneo. Su firma se ha destacado siempre en la pléyade de poetas modernos de su país.

Un sonreír profundo	pág.	107
---------------------------	------	-----

GÓMEZ PALACIO (MARTÍN).—Contemporáneo. Es uno de los más fecundos y más celebrados poetas del México actual.

La ciudad búcaro	pág. 109
La ilusión del camino	— 111

GONZÁLEZ GUERRERO (FRANCISCO).—Poeta cultísimo y excelente colorista.

A un poeta	pág. 113
------------------	----------

GONZÁLEZ LEÓN (FRANCISCO).—Sus poesías se han publicado principalmente en periódicos y revistas hispanoamericanas. Ha publicado un libro de poesías muy notable, titulado *Campanas de la tarde* (1922), prologado por el ilustre poeta Ramón López Velarde.

Vespertina	pág. 115
¿Dónde?	— 117

GONZÁLEZ MARTÍNEZ (ENRIQUE).—Nació en Guadalajara, Jalisco, el 13 de abril de 1871. Es poeta de excelsa inspiración, y figura entre los más destacados de la América Española. Ha ocupado importantes puestos en su país; ha sido diputado, y Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de México en España. Autor de numerosos libros, muchos de ellos agotados: *Preludios* (1903), *Lirismos* (1907), *La Hora Inútil* (1916), *Silenter* (1916), *Los Senderos Ocultos* (1917), *El Libro de la Fuerza, de la Bondad y del Ensueño* (1917), *Parábolas y Otros Poemas* (1919), *La Palabra del Viento* (1921), *El Romero Alucinado* (1925) y *Las Sesles Furtivas*. Tiene también un tomo de versiones de poetas franceses, titulado *Jardines de Francia*, editado en 1915. En 1930 ha publicado un magnífico volumen, titulado *Poesía* (1909-1929), donde ha reunido una selección de su labor lírica de veinte años.

Parábola del huésped sin nombre.....	pág. 119
Mañana los poetas	— 121
Las tres cosas del romero	— 123
Balada de la loca fortuna	— 125

GONZÁLEZ ROJO (ENRIQUE).—Nació en Sinaloa, Sin., el 25 de agosto de 1899. Hizo sus primeros estudios en la provincia, y los terminó en la Escuela Nacional Preparatoria de México. Muy joven se dedicó al periodismo, que abandonó para desempeñar distintos puestos consulares en el extranjero.

Estuvo al frente del Departamento de Bellas Artes de la Secretaría de Educación de México (1923-24). Ha publicado *El Puerto* (1924), y *Espacio* (1926).

Campana neumática	pág. 127
Primavera	— 129
Caída rápida de estrellas	— 131

GOROSTIZA (JOSÉ).—Es uno de los poetas jóvenes más brillantes de México. Su obra *Canciones para Cantar en las Barcas*, publicada en 1925, le consagró definitivamente, siendo hoy uno de los líricos más prestigiosos de la nueva generación.

La orilla del mar	pág. 133
Una pobre conciencia	— 135

GUTIÉRREZ NÁJERA (MANUEL).—Nació en la ciudad de México el 22 de diciembre de 1859, y falleció el 3 de febrero de 1895, a los treinta y seis años, quedando su obra diseminada en revistas y periódicos, de donde fué recogida por su viuda, que editó su obra poética en dos tomos (París, Bouret, 1909), con un prólogo de Justo Sierra. Fué el maestro de toda la juventud literaria de su época y uno de los precursores del modernismo. Sus principales obras son: *Cuentos frágiles* (México, 1883); *Obras de Manuel Gutiérrez Nájera* (dos volúmenes en prosa—el tomo primero con prólogo de Luis G. Urbina, y el segundo con prólogo de Amado Nervo); *Hojas sueltas* (artículos diversos, México, 1912); *Prosa* (Cuentos y crónicas), San José, Costa Rica; *Amor y lágrimas* (Poesías escogidas), San José, Costa Rica; *Manuel Gutiérrez Nájera: Sus mejores poesías*, Madrid, 1916; *Cuentos de Manuel Gutiérrez Nájera*, México, 1916. Escribió un prólogo para el libro *Mirtos*, de Enrique Fernández Granados (México).

La Duquesa Job	pág. 137
Mis enlutadas	— 141
A mi madre	— 145
El hada verde	— 149
Para un menú	— 151

PICAZA (FRANCISCO A. DE).—Nació en la ciudad de México el 2 de febrero de 1863, y falleció en Madrid hace pocos años. Desempeñó varios cargos diplomáticos importantes, y durante muchos años fué ministro plenipotenciario de su país en Madrid. Es autor de numerosas obras de poesía, historia y crítica literaria. Entre sus tomos de versos se desta-

can dos, muy elogiados por la Prensa: *Lejanías* y *La Canción del Camino*.

Aldea andaluza	pág. 153
Castilla	— 155
Alegria castellana	— 157
Estancias	— 159

JUNCO (ALFONSO).—Nació en Monrey el 25 de febrero de 1896. Ha publicado: *Por la Senda Suave* (1917), *El Alma Estrella* (1920), *Posesión* (1923) y *Florilegio Eucarístico* (1926). Ha publicado también algunos opúsculos, y es colaborador del diario *Excelsior*, de México, desde octubre de 1926.

El madrigal de la amada	pág. 161
En tus llagas escóndeme	— 163

LÓPEZ (RAFAEL).—Nació en Guanajuato, capital del Estado del mismo nombre, el 4 de diciembre de 1875. Ha publicado un solo libro, titulado *Con los ojos abiertos*, muy bien acogido por la crítica, que le prodigó grandes elogios. La poesía de Rafael López parece tocada con un leve simbolismo francés, que la hace muy moderna e interesante.

Las tres gracias	pág. 165
La vendedora de flores	— 167

LÓPEZ FUENTES (GREGORIO).—Ha colaborado en los principales periódicos de su país, donde comenzó a destacarse desde muy joven.

Vuelo de Garzas	págs. 173 y 174
-----------------------	-----------------

LÓPEZ VELARDE (RAMÓN).—Nació en Jerez, Estado de Zacatecas, el 15 de junio de 1888. Estudió Jurisprudencia, dedicándose mucho tiempo al periodismo. Entre sus obras merece especial mención *La Sangre Devota*, versos, editada en México en 1916.

Tu palabra más fútil	pág. 175
Como en la salve	— 177
A la gracia primitiva de las aldeanas	— 179
Mi corazón se amerita	— 181
Se transmuta mi alma	— 183
Mi prima Agueda	— 185

LOZANO JR. (RAFAEL).—Ha residido algún tiempo en Europa, principalmente en París, donde publicó una revista literaria titulada *Prisma*, donde colaboraron los principales literatos hispanoamericanos y europeos. Es autor de varios

libros de poemas, mereciendo especial mención *El libro de los cabellos de oro, de los ojos azules y de las manos blancas.*

El flautista azteca pág. 187

MARÍA ENRIQUETA.—Nació esta ilustre poetisa, la más afamada de la América Española, en Coatepec el 19 de enero de 1872. «Tocó en suerte a México ser la cuna de esta poetisa—dijo el diario madrileño *Los Lunes del Imparcial*—. María Enriqueta tiene el primer lugar entre las escritoras de América.» Ha sido objeto en su país de extraordinarios homenajes, en reconocimiento de sus altísimos méritos literarios. En Coatepec se le ha erigido un monumento, debido al escultor español Victorio Macho, que ha hecho la estatua en bronce. Entre sus numerosas obras se destacan: *Rumores de mi Huerto* (poemas), *Rincones Románticos* (poesía), *Album Sentimental* (poemas con ilustraciones de la autora) y la novela *El Secreto*.

Cuando el amor parte pág. 189
Paisaje — 191
Aspiración sencilla — 193
A las diez — 195

MARTÍNEZ ALOMIA (SALVADOR). — Diplomático ilustre, que desempeñó importantes puestos en diferentes países. Poeta brillante y sentimental, su firma prestigiosa apareció durante muchos años en los más destacados periódicos de su nación.

Crepúsculo pág. 197

MEDIZ BOLLO (ANTONIO).—Contemporáneo. Ha desempeñado importantes cargos diplomáticos. Actualmente es ministro de su país en Costa Rica. Es autor de varios libros de poesías.

Canto a España pág. 199
Manelich — 203
Un trofeo — 207

MIMENZA CASTILLO (RICARDO).—Nació en Mérida, Yucatán, el 13 de diciembre de 1888. Historiador y poeta de gran cultura. Su libro de poemas *Los Pájaros de Barro* le consagró como lírico de delicada inspiración. Tiene publicadas otras obras, en prosa y verso, y algunas dramáticas; es profesor de educación primaria superior e inferior (1925) y especial

de Literatura (1915). Desde 1905, y en diversas ocasiones, catedrático de instrucción primaria y de Literatura general, española, patria y sudamericana en el Instituto Literario del Estado (1915) y en la Escuela Normal de Profesores (1917), y ha dirigido revistas de educación. De 1920 al 1925 ha sido director del Museo Yucateco. Ha desempeñado diversos empleos públicos, y ha obtenido premio en más de diez Juegos Florales.

El ciego que canta	pág. 209
La voz del poeta	— 211
El bordador	— 213

MONTERDE (FRANCISCO).—Nació en la capital de México el 9 de agosto de 1894. Ha publicado numerosas obras, destacándose las tituladas *El Madrigal de Cetina* y *El Secreto de la Escala*: Narraciones coloniales (1918); *Manuel Gutiérrez Nájera, Ensayo Crítico* (1925), y *Kid* (novela). Profesor de Literatura en la Escuela Nacional Preparatoria desde 1922 y fundador de la revista *Antena*, que dirigió cinco meses.

Si andas por el sendero	pág. 215
-------------------------------	----------

NERVO (AMADO).—Nació en Tepic el 27 de agosto de 1870, y murió en Montevideo (Uruguay) el 24 de mayo de 1919, siendo ministro de México en aquel país y en la República Argentina. Publicó numerosas obras, entre ellas: *Pascual Aguilera*; *El Bachiller* (traducido al francés con el título de *Origéne*) y *El domador de almas* (prosa); *Perlas Negras*, *Místicas*, *Poemas*, *Lira Heroica*, *El Exodo y las Flores del Camino*, *Los Jardines Interiores* y otras muchas, que merecieron gran éxito. Fué uno de los más grandes poetas de la América española y uno de los que más han influido en la juventud literaria de su país.

La vieja llave	pág. 217
Tan rubia es la niña que... ..	— 221
En paz	— 223
A Kempis	— 225
Pasas por el abismo de mis tristezas.....	— 227
La montaña	— 229
Expectación	— 231

NOVELO (JOSÉ J.).—Nació en Valladolid (Yucatán) el año de 1867. Fué diputado por la Unión y desempeñó otros im-

portantes cargos públicos. Como poeta, se distinguió siempre por la corrección y galanura de sus versos.

A mi madre	pág. 233
A un poeta	— 235

NOVO (SALVADOR).—Nació en México el 30 de julio de 1904, y figura en la vanguardia de la nueva generación de poetas mexicanos. Ha publicado numerosos libros, destacándose los titulados *Ensayos* y *XX Poemas*, publicados ambos en 1925. Jefe de la Sección Técnica Editorial de la Secretaría de Instrucción Pública.

Naufragio	pág. 237
Viaje	— 239

NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ (JOSÉ DE JESÚS).—Nació en Papantia, Estado de Veracruz, el 27 de abril de 1887. Poeta e historiador de justa fama. Su poesía es siempre delicada y llena de inspiración. Ha publicado varios libros, entre los que se destacan *El Rebozo* (1914) y *Holocaustos* (1915).

Este pañuelo	pág. 241
Cierro mi corazón	— 243

OLAGUIBEL (FRANCISCO M.).—Nació en la capital mexicana el 6 de noviembre de 1874. Ha sido diputado de la Unión y subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores. Además de poeta brillante, se destacó siempre como orador elocuente.

Matinal	pág. 245
Provenzal	— 247
¡Là-bas!	— 249

OLAGUIBEL (MANUEL).—Contemporáneo. Ha colaborado en los principales periódicos mexicanos y en algunas revistas sudamericanas.

Bien supremo.....	pág. 251
La vuelta de las golondrinas	— 253
Pervincas	— 255

ORTIZ DE MONTELLANO (BERNARDO).—Nació en 1899. Su poesía se distingue por su sencillez y delicadeza. Ha publicado tres libros: *Avidez* (1921), *El Trompo de Siete Colores* (1925) y *Red* (1928).

Impresión	pág. 257
Romance	— 259
La balada del dolor infantil	— 261

OTHÓN (MANUEL JOSÉ).—Nació en San Luis de Potosí el 14 de junio de 1858, y murió en la misma ciudad el 28 de noviembre de 1906. Cultivó la literatura escénica con fortuna, contándose entre sus dramas dos muy notables: *Después de la muerte* y *Lo que hay detrás de la dicha*. Como poeta lírico supo destacarse brillantemente, haciendo famosos sus *Poemas Rústicos*. Publicó, además de este libro, otros tres: *Poesías* (1880), *Noche Rústica de Walpurgis* (1908) y *El Himno de los Bosques* (1908).

De la noche rústica de Walpurgis	pág. 263
"In excelsis"	— 267
Ocaso	— 269

PARRA (MANUEL DE LA).—Nació en Sombrerete, Estado de Zacatecas, el 29 de marzo de 1878. Entre sus obras debe citarse especialmente *Visiones Lejanas*, editada en México en 1914.

A mi madre	pág. 271
El vigía	— 273
La hermana Ana	— 275

PEÓN CONTRERAS (JOSÉ).—Nació en Mérida (Yucatán) el 12 de enero de 1843, y murió el 18 de febrero de 1907. Terminó la carrera de médico a los diecinueve años. Ha publicado numerosas obras en verso, entre las que se destacan las tituladas: *Ecos*, *Romances Históricos Mexicanos*, *Poesías Líricas* y *Trovas Colombinas*. Peón Contreras ha sido el primer poeta dramático de México. Singularmente romántico, su poesía se distinguió por lo fácil y sonora, pudiendo en esto comparársele al inmortal Zorrilla. Dió a la escena también muchas obras, justamente aplaudidas, sobre todo las tituladas: *María la Loca*, *El Castigo de Dios*, *El Conde de Santiesteban*, *Un Idilio a la Niñez*, *El Conde de Peñalva* y *Soledad*.

Al conquistador de Anahuac	pág. 277
Versos	— 283

PEZA (JUAN DE DIOS).—Nació en México el 29 de junio de 1852, y murió en la misma ciudad el 16 de marzo de 1910. Fué el más conocido de los poetas de su época y uno de los más populares de América. Su principal obra, *Cantos del Hogar*, tuvo enorme éxito, y se la saben de memoria todos los niños mexicanos. Publicó otros muchos libros, y su

firma, durante muchos años, engalanó las columnas de los más importantes periódicos americanos.

César en casa	pág. 285
Mi hija Margot	— 289
Mi mejor lauro	— 291
El gran Galeoto	— 295
Mi padre	— 299

PUGA Y ACAL (MANUEL).—Pertenece a la generación del inmortal Manuel Gutiérrez, al que le unió una gran amistad. Fué uno de los mejores líricos de su época, y las revistas de su país se engalanaron con sus poemas, llenos de inspiración y galanura.

Balada de la mosca	pág. 303
Balada de la muerte	— 305

REBOLLEDO (EFRÉN).—Nació en Actopán, Estado de Hidalgo, el 9 de julio de 1877, y falleció en Madrid el 11 de diciembre de 1929. Desempeñó importantes cargos diplomáticos en Guatemala, Japón y, últimamente, en Madrid, donde ejercía el puesto de consejero de la Legación de México. Era también abogado, pero no ejerció particularmente su profesión. Era un artista del verso brillante. Amado Nervo escribió, con motivo de la aparición de su obra *Guarzos*, en 1902: «Yo le llamaría más bien alto artífice que alto poeta. Friamente cincela, pule, labra. Disloca, ductiliza, engarza. Conoce muchos hondos secretos del ritmo y de la rima; el verso es su esclavo.» Entre sus numerosas obras se destacan las tituladas *Joyeles* (editada en París en 1907), *Rimas Japonesas* (editada en Tokio en 1909) y *Joyelero* (impresa en Madrid en 1929).

Danza de Gueshas	pág. 307
Voto	— 309
De Goya	— 311
A una rubia	— 313

REYES (ALFONSO).—Nació en Monterrey (Nuevo León) el 17 de mayo de 1889. Ha ocupado importantes cargos diplomáticos, siendo embajador de México en Río de Janeiro, después de haber desempeñado igual puesto en Buenos Aires. Es una de las figuras intelectuales de más prestigio y talento de su nación. Autor de numerosos libros, entre los que se destacan los titulados *Simpatías y Diferencias* (tres tomos) y *El Cazador*.

Salutación al romero	pág. 315
Canción bajo la luna	— 317

RIVAS (JOSÉ PABLO).—Nació en Veracruz el año 1865, y murió en Madrid, hace varios años, víctima de fatal accidente. Publicó varios tomos de poesías y algunas novelas, y estrenó con éxito varias obras dramáticas.

A mi musa	pág. 319
Quién me diera poder entre los hombres	— 321
Cabeza, nido de mis ansias locas.....	— 323

RIVAS PALACIO (VICENTE).—Nació en México el 16 de octubre de 1832, y murió en Madrid el 22 de noviembre de 1896, siendo ministro de su país en España. Fué miembro correspondiente de la Academia Española de la Lengua, gobernador de los Estados de México y de Michoacán, diputado y senador de la Unión y ministro de Fomento. Publicó numerosos libros, destacándose los titulados *Calvario y Tabor* y *Páginas en Verso*. Fué también periodista, sobresaliendo sus artículos por la intención irónica y epigramática que sabía imprimir en ellos.

Un recuerdo	pág. 325
A media noche	— 329

ROSADO VEGA (LUIS).—Nació en Valladolid, Estado de Yucatán, el 21 de junio de 1876. Aunque apenas ha salido de su tierra natal, su nombre es muy conocido en toda América. Ha publicado cuatro libros muy notables: *Sensaciones* (México, 1902), *Alma y Sangre* (Mérida, 1906), *Libro de Ensueño y de Dolor* (Mérida, 1907) y *Vaso Espiritual*.

Sin palabras	pág. 331
Puesto en ti mi pensamiento	— 335
Esta es una lluvia triste	— 337

RUIZ CABAÑAS (SAMUEL).—Es uno de los poetas modernos más elogiados por la crítica.

Conjunción	pág. 339
La canción de los amigos	— 341

SANSORES (ROSARIO).—Brillante poetisa yucateca, que desde hace algunos años reside en La Habana, desde donde colabora en los principales periódicos hispanoamericanos. Es autora de varios libros de poesías.

La canción	pág. 343
La canción de la vida vulgar	— 345
Viejo amigo dolor	— 347
Mi cumpleaños	— 349

SIERRA (JUSTO).—Nació en la ciudad de Campeche, Estado del mismo nombre, el 26 de enero de 1848, y falleció el 13 de septiembre de 1912, cuando desempeñaba las funciones de ministro de su país en Madrid. Se le llamó el Maestro, y lo fué realmente de dos generaciones. Publicó numerosas obras en prosa y verso, entre las que se destacan: *Historia Patria* (París, 1894), *Cuentos Románticos* (París, 1896) y *Antología del Centenario* (dos volúmenes). Fué director de la Academia Mexicana de la Lengua. Posee la Encomienda de la Legión de Honor y las Ordenes de Carlos II e Isabel la Católica.

Playeras pág. 351

TABLADA (JOSÉ JUAN).—Nació en la ciudad de México el 3 de abril de 1871. Es poeta brillante y originalísimo y prosista culto y ameno. Ha cultivado también la crítica, y mostró en el periodismo excepcionales condiciones, siendo muy leídas sus elegantes crónicas. El literato Luis G. Urbina dijo en 1902 que, después de Rubén Darío y de Manuel Gutiérrez Nájera, era Tablada «el propagandista más avanzado de la actual estética francesa». Observador minucioso e inteligente de las cosas del Japón. Entre sus obras se destacan las tituladas *Florilegio* y *Hiroshigué*.

Japón pág. 353
Onix .. — 357

TORRES BODET (JAIME).—Nació en México el 17 de abril de 1902, y es uno de los poetas jóvenes que han conseguido más renombre en México, ocupando el cargo de secretario de la Legación Mexicana en Madrid. Ha publicado, entre otros libros, *Fervor* (1918), *El Corazón Delirante* (1922), *Canciones* (1922), *Nuevas Canciones* (1923), *La Casa* (poemas, 1923), *Los Días* (1923), *Poemas* (1924), *Biombo* (1925) y *Poesías* (1926).

Soledades pág. 359
La sombra — 361

URBINA (LUIS G.).—Nació en México el 8 de febrero de 1868. Ha desempeñado importantes puestos públicos en su país, algunos de carácter diplomático. Ultimamente ha realizado trabajos de investigación muy importantes en el Archivo de Indias, de Sevilla. Es poeta esencialmente romántico, y sus composiciones, en su mayoría tristes y llenas de delicadeza, tienen un sello inconfundible, que retratan su des-

tacada personalidad. Ha publicado numerosas obras, entre las que sobresalen: *Puesta de Sol*, *Lámparas en Agonía*, *Antología Romántica* y *Glosario de la Vida Vulgar*.

La elegía de mis manos	pág. 363
De Renbrandt	— 367
Madrigal romántico	— 369
Mañana de sol	— 371
Nuestras vidas son los ríos	— 373

VALENZUELA (JESÚS E.).—Nació en Guanaceví (Durango) el 24 de diciembre de 1856, y murió en la ciudad de México el 20 de mayo de 1911. Fué un poeta fecundo, de gran inspiración, y descolló entre los literatos de su época por su sentimentalismo e inspiración. Fundó y dirigió la famosa *Revista Moderna*, donde colaboraron todos los escritores y poetas mexicanos más afamados.

En la noche	pág. 375
-------------------	----------

VILLALPANDO (JESÚS).—Perteneció a la nueva generación de poetas mexicanos, y murió cuando hacía concebir mayores esperanzas en su porvenir brillante para el arte.

Una canción	pág. 377
-------------------	----------

VILLAUURUTIA (XAVIER).—Nació en 1903, y ha publicado un solo libro, titulado *Reflejos*, donde se contienen sus mejores poesías líricas.

Amplificaciones	pág. 379
Aire	— 381

ZABALA (JESÚS).—Es uno de los poetas jóvenes de más lisonjero porvenir. Es abogado. Ha editado un solo libro, *Jardines de Provincia*, que se imprimió en San Luis de Potosí en 1919 y está agtado, y otro libro, *El Disco de Newton*, superior al anterior.

La oración de la noche	pág. 383
Mexicana	— 385
Yo bendigo la muerte	— 387

ZAYAS ENRIQUE (RAFAEL).—Nació en Veracruz el 24 de julio de 1848. Abogado, periodista y poeta lírico y dramático. Poeta fecundísimo y notable, cuyos trabajos fueron laureados en muchos certámenes literarios. Fué diputado y cónsul de Méjico en San Francisco de California, además de haber desempeñado otros importantes cargos públicos.

La cigarra	pág. 389
Primaverales	— 391

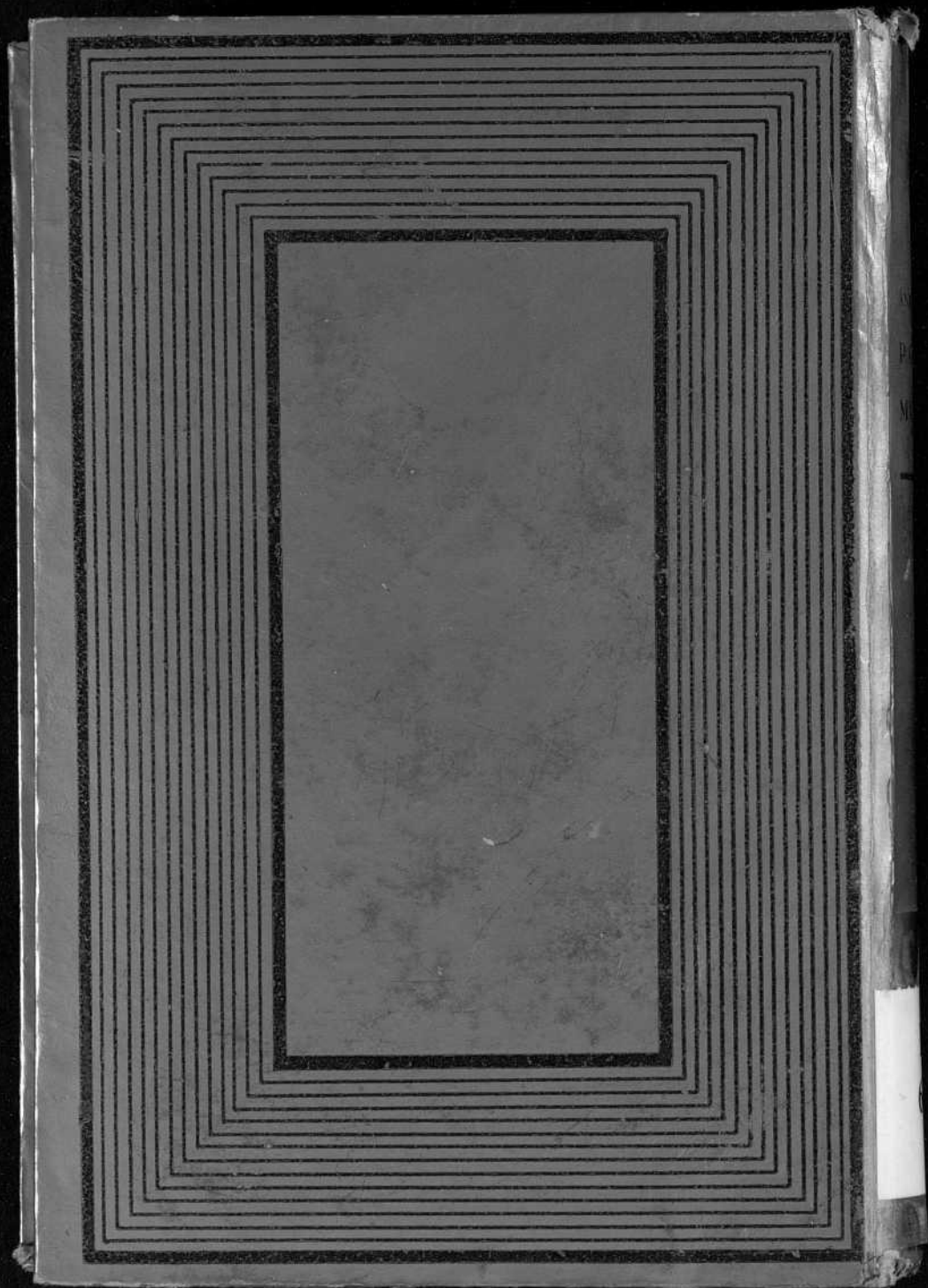


B.P. de Soria



61179498

DR 6640



EDUARDO DE ORY

ÁNTOLOGÍA DE
POESÍA
MEXICANA



DR
6640